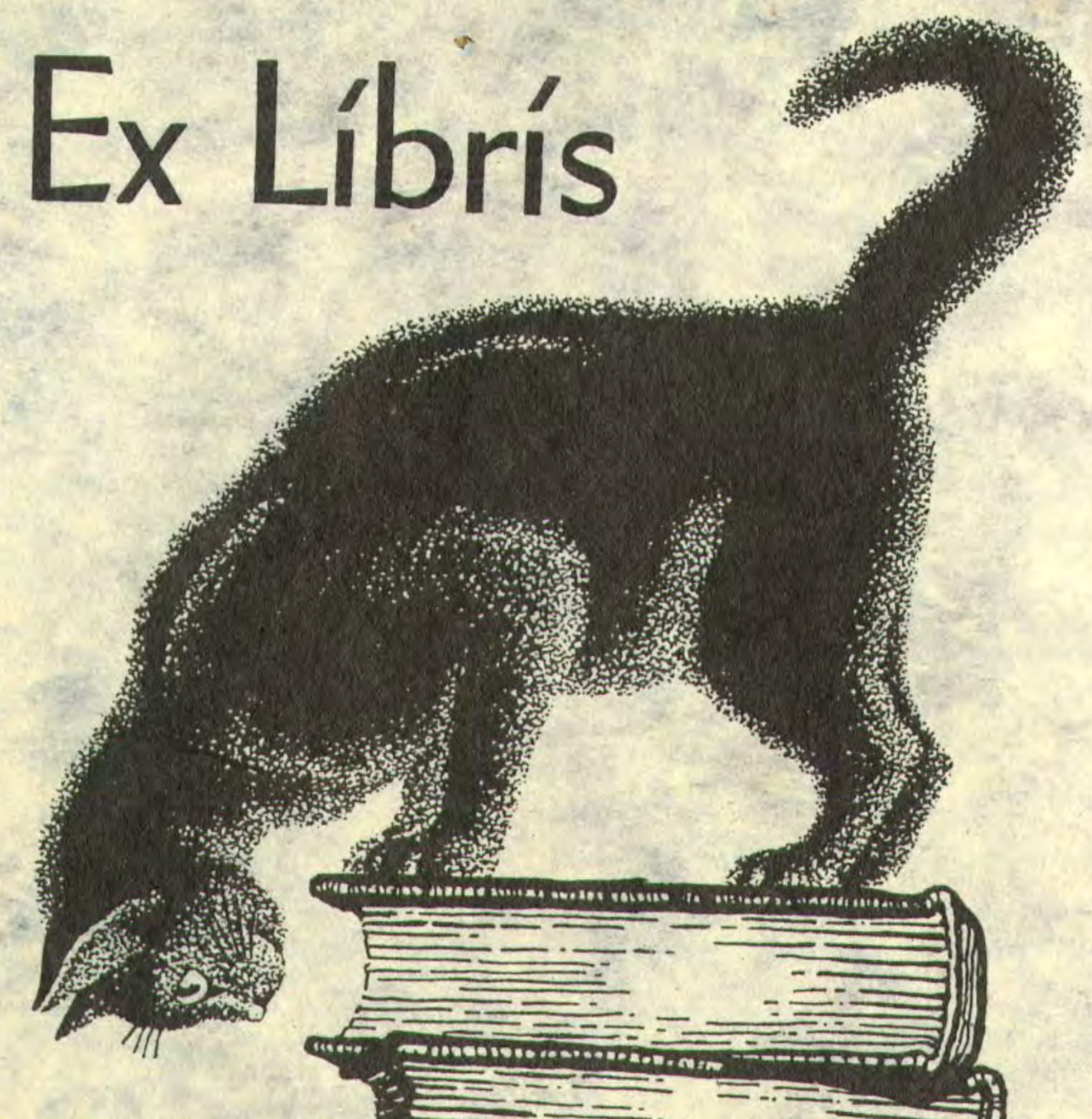


LEYENDAS HISTORICAS.

Ex Líbrís



Pilar Moreno de Angel

LEYENDAS HISTORICAS

BOVES, MORILLO, LATORRE

POR

CONSTANCIO FRANCO V.,

AUTOR DE UNA HISTORIA SOBRE LA "GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA DE COLOMBIA"; Y DE LAS "BIOGRAFÍAS
DE LOS PRÓCERES."

ENTREGA PRIMERA

BOGOTÁ

IMPRESA DE VAPOR DE ZALAMEA HERMANOS.

1885

LEYENDAS HISTÓRICAS.

JOSÉ TOMÁS BOVES.

I

Ya que hemos hecho los *Rasgos Biográficos* de muchos de los más nobles y levantados caracteres de aquella magnífica generación de héroes y pensadores que consagraron su vida entera á la Independencia de la América meridional, nos imponemos ahora la tarea de enseñar á la juventud estudiosa á los más célebres Capitanes, que, opuestos en sentimientos y en ideas á nuestros próceres y mártires, lucharon con mano fuerte en favor de la tiranía. Forzoso es conocer la cantidad de heroísmo, de esfuerzos y de constancia, empleados por los realistas para conservar un despotismo de tres siglos, á fin de poder apreciar debidamente la tarea de los libertadores que fundaron la Patria libre, haciendo sacrificios dignos de la historia y de la inmortalidad !

Además, el mejor método conocido para hacer didácticamente estudios históricos, es el biográfico. La biografía da á conocer al hombre, que es el autor de los acontecimientos que forman la parte narrativa de la historia; quien representa así el bien como el mal; todo lo que es noble y ruin; lo que es elevado y, por consiguiente, sublime; lo que es bajo y, en consecuencia, infame y execrable.

Sucede también que, ya por el genio, el heroísmo ó por especiales circunstancias, uno ó pocos hombres representan toda la historia de una época dada, apareciendo como la encarnación viva de los sucesos que son dignos de la narración. Así se ve que cada pueblo tiene un héroe ó sabio á quien nombra con profundo respeto, atribuyéndole el mérito de las instituciones más alabadas y de los más fecundos progresos, y tiene también, por contraposición, otro ú otros caudillos deshonrados por haber cometido todas las maldades posibles.

Conocer por la biografía estos tipos, grandes por la bondad ó maldad de sus hechos, es aprender no solamente la historia sino su filosofía, porque hay particularidades cuya trascendencia sirve al espíritu para deducir consecuencias generales que sirven de medida para poder comprender y apreciar lo que ha sido un pueblo en un tiempo dado, y lo que puede ser en el porvenir según las leyes inflexibles del mundo moral.

A la luz de los conceptos anotados, para cono-

cer la historia de la revolución de la Independencia de Colombia, bastaría inquirir á fondo la vida de Bolívar, de Sucre, de Páez, de Santander, de Nariño y de otros héroes republicanos como éstos, aunque de distinto modo característicos, y saber asimismo en sus detalles la de BOVES, Morillo, Latorre, Monteverde, Antoñanzas, Zuazola, Tolrá, Enrile, Sámano, Canterac, Aimerich y otros caudillos del despotismo, que dejaron honda huella en esa *vía-crucis* por la cual pasó la libertad en veinte años de devastadora contienda.

II

¿ Por qué al hacer las biografías de los realistas que lucharon en la magna guerra á que nos hemos referido, damos comienzo á nuestra tarea con BOVES ?

Hé aquí las razones que para ello tenemos :

Porque BOVES fué uno de los primeros que saliendo á la arena revolucionaria, sirvió á su causa con un heroísmo tal que parecía tocar los límites de la demencia;

Porque este caudillo era, por inclinación natural, el tipo de la maldad, habiendo sido quien, en menos tiempo, derramara é hiciera derramar más sangre americana;

Porque dotado de pertinaz, astuto y osado ingenio, fué el que dió más tormento á la República naciente; y

Por último, porque aquel insigne malvado era el más popular entre los batalladores de su época, habiendo llegado su fama á tal punto que, aun hoy día, nadie quien lo nombre deja de aplicarle el calificativo de fiero, de infame ó de sanguinario!

III

BOVES era natural de Gijón en Asturias, una de las grandes regiones en que estaba dividida la primitiva España. Nació en el siglo pasado, hacia el año de 1770.

Los asturianos descendientes de los antiguos ligures y amalgamados después con los celtas, heredaron de éstos sus costumbres, sus hábitos y su manera de vivir frugal y sencilla, hasta tanto que Augusto los obligó por la conquista á recibir la cultura romana.

Antes de Augusto, encerrado aquel pueblo por una áspera y elevada cadena de montañas casi inaccesibles al Sur; y las embravecidas olas del mar Cantábrico al Norte: al favor de sus encumbradas cerranías, selvas intransitables y caudalosos ríos, apenas era conocido de las naciones extranjeras; pero tan luégo como fué presa de la avara Roma y los sátrapas lo obligaron á descender de sus riscos para fijarse en los llanos, empezó una existencia ruidosa, haciéndose en breve célebre por la pasión que contrajo á las armas.

Invadido el país más luégo por los árabes, se libraron los asturianos de su yugo en una guerra larga y desastrada dirigida por Pelayo, haciendo inmortales su nombre y su heroísmo en la jornada de Covadonga. Siendo este país un Reino desde entonces hasta el siglo X, en que Alfonso III, apellidado el Grande, lo redujo á provincia.

Con el tiempo, los asturianos, á la influencia benéfica de una nueva civilización, hubieron de abandonar sus belicosas costumbres y se hicieron sufridos, aunque conservaron la firmeza de su carácter; trabajadores y honrados hasta hacer proverbial su virtud.

Fué de esta raza, la más noble de España, de la que descendió BOVES, el cual no heredó de las muchas cualidades de sus mayores sino el valor, pues que, por lo demás, todas las manifestaciones de su instinto iban marcadas con el sello de la perversión.

Aquel hombre no era, como se ha creído, un ignorante. Verdad es que tampoco tenía mayor ilustración, pero es evidente que había aprendido en su niñez á leer, escribir y contar; bastándole estos conocimientos para ejercer la profesión y hacer la carrera á que lo impulsaban sus inclinaciones.

Sábese de él que hasta la edad de veinte años ejerció en Gijón el oficio de comerciante, que era el de su padre, y que á esta edad, dando rienda suelta á su *ingenio*, abandonó la casa paterna y se dedicó á la vida de pilotín.

Buscando aventuras comerciales y guerreras, estuvo en esta profesión, no se sabe si honradamente ó nó, por mucho tiempo; mas es lo cierto que apenas aprendió el arte de navegar y tomó conocimiento de los mares, el mal instinto recobró en su ánimo el poder de un imperio irresistible, y de pilotín pasó á pirata.

De todos los hombres que han brillado en la escena del vandalismo, los que más han llamado la atención son los que trabajan en el mar. Colocados en medio de dos infinitos, el agua y el cielo; teniendo por asiento las olas embravecidas y por único concierto los huracanes y la tempestad, la diversidad y grandeza de las facultades naturales y artificiales que es preciso adquirir para ejercer el crimen en presencia de Dios que está visible en lo alto, sujetando al mismo tiempo la suprema fuerza del elemento que está debajo, asombran y fascinan, obligando á la imaginación á poner esta especie de bandidos por encima de los que trabajan en tierra. Para desafiar en suelo firme la ignominia y la muerte, sólo se necesita de ese heroísmo que tiene en poco el honor y la vida; mas para desafiarlas en el Océano, además del valor que raya en temerario, son menester ciertas condiciones de inteligencia y de carácter que ponen al hombre en aptitud de reírse, no solamente del juicio de sus semejantes, sino de las iras de la naturaleza y de las leyes divinas.

En 1803 BOVES, que era segundo de una cuadrilla de piratas que al mando de José Rubeny hacía sus presas en el mar de las Antillas, asaltó y sostuvo rudo combate con la tripulación de un buque mercante que venía con destino á la isla de Curazao. Preso el buque, después de haber sido trasladado su cargamento á la embarcación aventurera, fué incendiado y degollados los tripulantes que no habían perecido en la refriega.

A poco de este suceso, BOVES fué cogido y juzgado por las autoridades españolas por el hecho que queda referido y otros de no poca importancia, condenándosele al suplicio de la horca!

No se sabe por qué esta pena le fué conmutada por la de ocho años de prisión en las mazmorras de Puerto-Cabello; mas sí se tiene conocimiento de que algunos meses después de que el pirata asturiano estuvo cumpliendo su condena, ocurrió á unos comerciantes españoles, apellidados los Joves, que trabajaban en la Guaira, y á quienes había servido con lealtad en un tiempo, y que merced al influjo de éstos en el Gobierno de Venezuela, dirigido por Vasconcelos, salió de la prisión y fué confinado á Calabozo.

En Calabozo, parece que por de pronto se operó en la conciencia de aquel malvado una transformación completa. Acordándose probablemente del ejemplo de su padre, que había sido un honrado trabajador, llamado Antinoo Rodríguez, la luz moral hizo

presión en el espíritu, y rompiendo con su pasado de una manera brusca y violenta, dió de mano á sus hábitos próximamente cumplidos, y, como en su primera juventud, se dedicó á la profesión de mercero. Tal debió ser su arrepentimiento, que por vergüenza de sus hechos recientes renegó hasta del apellido que le había dado su padre, y se puso el de BOVES que ha conservado en la historia.

IV

Traficando se hallaba BOVES en cosas menudas y de poca valía, pero no por esto con mala ó contraria suerte, cuando empezó á dejarse sentir el rumor de la ola revolucionaria que más tarde había de sucumbir con el Gobierno de la Metrópoli en las Colonias americanas.

Aquilatado el entusiasmo de los patriotas en favor de la libertad, en 1810 procedieron á quitar del mando de la Capitanía general de Venezuela á don Vicente Emparán. BOVES, que se hallaba por cualquier circunstancia en Caracas el día de la caída de este Magistrado, 19 de Abril, formó entre la *plebe* de los conjurados, y hay constancia en los archivos de aquella ciudad, de que cuando el pueblo rodeó la casa del Ayuntamiento en donde los vocales iban á deponer al más alto de los Gobernantes de la Capitanía, apenas el Canónigo Cortés Madarriaga informó á la multitud de que Emparán quedaba sin el man-

do, BOVES, lanzando su sombrero al aire, aplaudió la libertad naciente.

Sábese también que poco después, habiéndose puesto en armas algunos pueblos de Venezuela en favor de la causa del Rey, BOVES entró de soldado en el Ejército que se puso á las órdenes del benemérito patriota Marqués de Toro, y que al lado de éste peleó briosamente en las jornadas de Coro y Sabaleta, ocurridas el 28 y 30 de Noviembre del año citado; acompañando luego en su calidad de Oficial á otros Jefes republicanos hasta fines de 1811 en que volvió á Calabozo trayendo sobre sus hombros las presillas de Capitán.

A principios de 1812, arrepentido de haber servido á la causa de la Independencia, volvió con el frenesí propio de un renegado á tomar el puesto que le correspondía en las filas realistas. ¿Cuál fué el motivo ostensible que lo lanzara en el camino de la desertión?

Hélo aquí:

Habiendo sido nombrado Jefe civil y militar de la plaza de Calabozo el Comandante Antonio Escalona, con facultades omnímodas como era usanza en aquellos tiempos tempestuosos, cometió la injusticia de llamar á BOVES al servicio militar en calidad de soldado; éste, que tenía su grado de Capitán, bien ganado en los campos de batalla, sintió humillado su orgullo y rehusó entrar en la fuerza confundido con la baja ralea. Escalona, hombre de mal genio,

lo redujo entonces á prisión, le cometió algunos ultrajes personales y le confiscó parte de los pocos bienes que tenía.

Indignado el asturiano con estas ofensas, encendió en su pecho el fuego del odio y juró vengarse de los patriotas, haciendo extensiva á todos ellos su ira irreconciliable. Así fué que, habiendo recobrado su libertad en Junio del año aludido, abrazó con toda decisión la carrera militar y se puso al servicio de los realistas.

V

Forzoso es que antes de dar á conocer los hechos guerreros de este hombre, convertido en el tipo del furor; aborreciendo á todo el género humano y vengándose perpetuamente de él, como si todo él lo hubiera ofendido, enseñemos su fisonomía material y moral, puesto que hay caudillos que exaltando la imaginación desean ser conocidos en todos sus detalles.

BOVES era de regular estatura, huesoso, blanco encarnado; de espesa barba que sentaba muy bien á su fisonomía; muñecas gruesas semejantes al puño del tigre, y de grandes ojos chispeantes.

Tenía modales bruscos é imperativos; una voz fuerte y bronca; hablaba poco y no se sonreía sino en presencia de una gran catástrofe, de un gran peligro ó de una suprema desgracia.

Acostumbrado á la vida de marino, gozaba de

una agilidad muscular portentosa: estirándose, encogiéndose ó doblándose con sorprendente facilidad según las circunstancias.

Respecto de su persona moral, era sanguinario por instinto; mas desde el día en que fué ultrajado se volvió cruel por sistema, espiando siempre el momento de lavar con sangre una injuria recibida.

Su crueldad, que no reconocía límites, ni se paraba ante ninguna consideración, hizo escuela entre los españoles americanos, contando entre sus más afamados discípulos á Antoñanzas, Yáñez, Zua-zola, Morales, Cerveriz y Puy.

Obedeciendo á sus naturales inclinaciones y creyendo, por otra parte, que en aquella aciaga y calamitosa época, matar, incendiar y saquear era una necesidad política, iba como un torrente á la destrucción de todo cuanto se le oponía ó creía inconveniente á sus fines. Empero, conservando por lo común en medio de aquellos vértigos horribles su carácter indolente de marino, pasaba adelante sin detenerse á gozar con la expiación de sus víctimas, ni menos, á pesar de las costumbres de su juventud, á enriquecerse con sus despojos, los cuales abandonaba á sus parciales, pues que no gustaba de merodear en los surcos sembrados de cadáveres.

Fundador en Venezuela de la verdadera tiranía, tuvo Tenientes que se pusieron á su nivel, y á los cuales, por esa especie de hermandad que el crimen

establece, tributaba las más sinceras simpatías y prodigaba los más altos encomios.

A Zuazola, que era un mercenario vil, hubo de elevarlo á una gran categoría militar y hasta hacerle tributar veneración, por el hecho que vamos en seguida á referir: en Marzo de 1813, después de un triunfo que obtuvo este feroz vizcaino en el sitio de Magueyes sobre un pequeño destacamento de republicanos, ocupó la villa de Aragua, poblada de pacíficas gentes, y en el acto, sin distinción alguna, hombres y mujeres, ancianos y niños, fueron víctimas de los más atroces suplicios. A quiénes hacía quitar la cutis de los pies para que anduvieran sobre cascos de vidrio; á quiénes hacía cortar de raíz la nariz para mofarse luégo de su fealdad; á quiénes hacía coser espalda con espalda; á quiénes mandaba arrancar las orejas, variando y combinando los suplicios de mil maneras!!

En seguida de estas espantosas escenas sin segundo en la historia de la barbarie, envió como trofeos de su valor y celo en favor de la causa realista, cajones de orejas y narices á varios de sus conmlitones, y en especial á BOVES, quien agradeciendo y encomiando la habilidad de Zuazola, puso en los sombreros de sus soldados aquellas narices y aquellas orejas chorreando sangre, haciéndoselas usar á semejanza de escarapelas!

BOVES era capaz de trepar en la escala del crimen hasta esas cimas horribles en que una especie

de demencia cínica, se apodera de los grandes malvados para enseñarlos como el prototipo de la perversión.

Hombre atento á todo y penetrante, silencioso, medio sociable ó asaz uraño según las circunstancias; siempre de gran perspicacia, astuto en grado superlativo, era en cierto modo extraordinario. Representación fiel de un bellaco de espíritu templado, de esos que ni siquiera se cuidan de poner bajo la máscara de la hipocresía ni sus instintos ni sus obras.

Infatigable, su conducta guerrera causaba asombro á sus copartidarios y admiración á sus enemigos.

Inteligente, combinaba con acierto y ejecutaba de continuo evoluciones, que aumentaban de día en día su celebridad.

Decidido por la carrera militar, podía exclamar con el poeta:

“ Mis arreos son las armas,
Mi descanso es el pelear.”

Aquel caudillo en quien había algo de grande y mucho de pequeño; algo de gigante y mucho de enano, siempre violento, no tan sólo con los hombres sino con la Providencia, que no lo había hecho Hércules para hundir de un golpe de mano á la humanidad, audaz y soez, jugaba en los acontecimientos relativos á la guerra de la Independencia de un modo sorprendente, de tal manera que, á pesar de

no poderse, tal vez, dar cuenta, del por qué de lo que á sus pies pasaba, de por qué obraba de este ó de aquel modo, ni de la significación verdadera de aquella lucha titánica que había de variar la forma de la civilización en todo un continente, hubo momentos en que tuvo atada á su propio destino la suerte de millones de hombres!

Si BOVES hubiera sido virtuoso y tenido nó la idea, que no le faltaba, sino la luz de la ciencia que da vigor á la idea, haciendo vivos y penetrantes los esplendores del genio, empresa mucho más difícil hubiera sido para los patriotas de la antigua Colombia la de ver lucir sobre sus cabezas el sol de la libertad.

VI

Unido BOVES á Antoñanzas á los pocos días de su evasión de la cárcel de Calabozo, siguió con éste para la provincia de Cumaná, de donde volvió en seguida á Barcelona con el fin de servir á las órdenes del Mariscal de Campo don Juan Manuel Cajigal, que defendía por esas tierras la causa del Rey, por orden del entonces Capitán general de Venezuela, don Domingo de Monteverde.

Perdidos Antoñanzas y Cajigal por consecuencia del arrojado de ese grupo de valientes jóvenes, que al mando del General Santiago Mariño se pronun-

ciaron contra la tiranía en el islote de Chacachacare, BOVES, con una pequeña fuerza montada, convencido de que por sí mismo podía hacer la guerra, pues que su instinto le decía ser superior á todos los otros Jefes realistas, se internó á mediados de 1813 por los llanos de Caracas, resuelto á no obedecer otro dictamen que el de su voluntad. Desde este momento empieza la *gloria* para aquél lidiador formidable, que, por fortuna para la libertad, pasó pronto como pasa el rayo, dejando la huella de sus estragos!

Jinete intrépido y ágil y lancero poderoso, ningún teatro más á propósito para dar cima á sus aspiraciones que el piélago de las llanuras; ni ninguna gente más al colmo del deseo para sus atrevidas empresas, que los salvajes, sufridos y valerosos habitantes de los desiertos.

Atraer á los llaneros á su partido con toda especie de halagos y de promesas, fué el plan meditado de BOVES. Resultado que no era difícil, pues que no siendo militar este caudillo, en la acepción genuina de la palabra, ni gustando del orden en la organización, poco esfuerzo tenía que emplear para hacerse seguir por aquellos hombres á quienes no iba á obligar el régimen duro de la disciplina de los cuerpos reglados, ni ponía límites en el desorden y el pillaje.

De manera que, á principios de Septiembre, BOVES recorría las llanuras del Apure con un cuerpo considerable de soldados de caballería, armados to-

dos de lanzas y llevando algunos trabuco y espada, vistiendo un corto calzón que apenas les pasaba de las rodillas, una camisa ancha y holgada que les cubría medio muslo y un sombrero redondo de grandes alas.

Apenas se sintió fuerte, pretendió obrar sobre la provincia de Caracas, con el fin de inquietar á Bolívar, que por entonces creía salvada la República, y embarazarlo en los planes de campaña que tenía para la completa pacificación del país.

En efecto, hallándose el Coronel Carlos Padrón con setecientos infantes de línea en el caño de Santa Catalina, BOVES le cayó el 27 del mes citado con mil jinetes, é hizo terrible mortandad en los patriotas; avanzando inmediatamente después sobre la villa de Cura, cuya población fué desapiadadamente puesta á saco.

De Cura pasó sin demora á Calabozo con el ánimo de permanecer allí algunos días y levantar un grande Ejército; pero el Libertador, que empezaba ya á sospechar de todo cuanto podía ser capaz aquél aventurero si lo dejaba organizarse convenientemente, mandó con mil quinientos jinetes al Coronel español Campo Elías, que era un hombre tan activo y valeroso como BOVES, para que, uniéndose á mil infantes que mandaba el Comandante Miguel Uztáriz, fuera sin pérdida de tiempo en su persecución.

BOVES, que como por encanto, había elevado su

Ejército á dos mil hombres de á caballo y quinientos infantes, esperó á pie firme á Campo Elías el 14 de Octubre en el sitio de Mosquitero. Reñida fué la lucha, siendo al principio favorable á los realistas; mas, hallándose en la última extremidad el Jefe patriota, ordenó un ataque vigoroso, simultáneo y general sobre todas las filas enemigas, y en dos horas de horrible batalla de cuerpo á cuerpo, en que fueron muertos más de dos mil combatientes, BOVES se retiró del campo con sólo treinta jinetes que le quedaban libres, dirigiéndose al pueblo del Guayabal sobre la orilla izquierda del Apure.

Empero, más tardó este insigne guerrero en ser destruído que en volver á rehacerse en sus guaridas, allegándose nuevos soldados y recursos. Imposibilitados los patriotas para perseguirlo por de pronto, á consecuencia de tener otras atenciones preferentes é indeclinables, el déspota asturiano, debido á sus esfuerzos é ingenio, y merced á una circular que dió á todos los vientos, en la cual prometía el pillaje de todas las poblaciones patriotas á los individuos que se le unieran, reunió prontamente cuatro mil jinetes, y cayó el 8 de Diciembre sobre el Coronel Aldao que, con mil quinientos infantes, resguardaba el paso de San Marcos del río Guárico, pereciendo todos estos servidores del derecho heroicamente, y ocupando BOVES en seguida y de nuevo á Calabozo.

A partir de este triste y funesto suceso que puso término á los desastres de la guerra de Venezuela

en el año de 13, Bolívar adquirió el pleno convencimiento de que BOVES era un lidiador temible, así por el prestigio que recobraba sobre las masas, que por miedo á su ferocidad ó por admiración á sus hazañas llegaron á tributarle culto, como por su intrepidez y actividad. Así, se penetró de que en adelante era preciso é indispensable, en cuanto lo permitieran los movimientos generales de la campaña, prestarle la debida atención, no fuera que por descuido diera muerte á la revolución enseñoreándose de la República naciente.

VII

Para fines de Enero de 1814, habiendo reunido BOVES en Calabozo una fuerza de siete mil hombres de todas armas, emprendió marcha hacia la villa de Cura con la osada pretensión de tomar á sangre y fuego la heroica ciudad de Caracas, y declararse allí, como lo había hecho Monteverde, Jefe Supremo del Gobierno del país.

Sabedor Campo Elías de este movimiento de los realistas, les salió al encuentro con cuatro mil hombres, tomando el 2 de Febrero posiciones ventajosas en el sitio de la Puerta. El 3 por la madrugada, BOVES acometió con singular arrojo á los republicanos, quienes con extremada impavidez resistieron las impetuosas cargas de sus enemigos; mas á eso de las cuatro de la tarde todo había terminado, quedando la

victoria á favor de los tiranos. La persecución que se hizo á los vencidos que no murieron en la batalla fué horrenda; cerca de mil fueron alanceados bárbaramente; deshonrando BOVES en esta ocasión, más que en otras, su triunfo y su heroísmo, pues que el verdadero valor que por lo común es generoso aún cuando se halle en pechos incultos, se compadece siempre del infortunio, mirándolo al través de las leyes que consagran los sentimientos humanitarios.

El vencedor, en vez de reposar en la Puerta de la ruda faena porque acababa de pasar, mandando dar muerte á los heridos de su ejército que no podían seguirlo, "á fin de evitarse el estorbo que podían causarle," impetuoso se lanzó en el acto sobre la Victoria, plaza fuerte resguardada por el invicto General José Félix Rivas.

Llegado que hubo á las inmediaciones de esta ciudad, el 12 del mes citado, la atacó á las ocho de la mañana con desesperado vigor. Cruenta fué esta lucha para ambos combatientes, pues que la sangre inundó todas las calles de la población; pudiendo haber triunfado los realistas, á pesar del denuedo y resignación de sus contrarios, quienes estaban resueltos á defender la plaza hasta la extremidad del sacrificio, si á las once de la mañana del día siguiente fuerzas de repuesto no aparecen á la retaguardia de los acometedores, los cuales, en atención á esta nueva, se retiraron en buen orden hacia Cura, dejando mil muertos en el campo de batalla.

En Cura hizo BOVES cita á todos los Jefes realistas que tenía cercanos, con el propósito de formar una gran masa de fuerza que arrojar sobre el Libertador, quien había tenido que retirarse del sitio de Puerto-Cabello, temeroso de lo que pasaba en el centro de la provincia de Caracas, para establecer su cuartel general en San Mateo, á donde llegó el 29 de Febrero con mil novecientos infantes y seiscientos jinetes.

BOVES, á quien los descalabros irritaban en vez de inmutar su valor, habiendo aumentado sus tropas tomó camino de San Mateo con siete mil quinientos hombres, en su mayor parte de caballería. El 25 del mes en referencia llegó al pequeño pueblo de Cágua, poniéndose á tiro de fusil de los republicanos, y al rayar el alba del 28, después de haber estudiado el campo enemigo y tenido con las avanzadas de éste algunos combates parciales, arrojó gran parte de su Ejército sobre la línea principal de los libres, que comandaba el Libertador en persona. Violento y desastroso fué el choque, el cual, tomando á cada instante un aspecto más aterrador y trágico, se hizo general á eso de las tres de la tarde en todas las líneas de batalla; abandonando el campo al acercarse la noche la fuerza realista para situarse en las alturas que al Occidente dominan la explanada de San Mateo.

¿Quién ganó la batalla? En este particular ha habido opiniones encontradas, pero es lo cierto que

el realismo no la perdió. Bolívar mismo, ocupándose de este suceso en un documento oficial, dice: "Tan resueltas y constantes fueron las cargas que recibieron nuestros cuerpos, y de tal manera se les agitó y desangró, que si el enemigo no se retira, probablemente nos hubiéramos perdido." BOVES jamás había estado tan espléndido como en aquella lucha: llevaba cogidas de los dientes las riendas de su brioso corcel y peleaba con una lanza en cada mano; perdió tres caballos que montaba y puso término á la acción de aquel día, por consecuencia de haber recibido una grave herida de lanza hacia el lado izquierdo del pecho, que lo obligó á retirarse á Cura en busca de curación, después de haber alojado bien sus tropas, con orden de que se mantuvieran firmes en las posiciones que les fueron señaladas.

Repuesto un tanto de sus dolencias, volvió al lado de los suyos el 19 de Marzo siguiente, y al otro día, no pudiendo contener la impaciencia que lo atormentaba, empezó de nuevo sus cargas formidables saliéndole siempre mal sus intentos.

Desesperado por la resistencia y escaso yá de municiones, dispuso que en la madrugada del 25 una fuerte columna de tropas con él á la cabeza, rompiendo á cualquier costo una línea de batalla, penetrara en el campo de los patriotas y tomara el ingenio de San Mateo en donde estaba el parque! Esta arriesgada operación fué ejecutada con tanta pericia como audacia, y en el ánimo de los soldados

libres hubo un momento de incertidumbre respecto del éxito favorable de la contienda; mas cuando BOVES creía cercano el término de su empresa y estaba para cosechar la victoria, se oyó una terrible detonación que puso fin á aquel duelo glorioso! Ricaurte había puesto fuego al parque, y dando su nombre á la inmortalidad, subía envuelto en luz al cielo de los héroes predestinados, habiendo salvado en aquel momento supremo la República!!!

BOVES, si nó aterrado, porque su espíritu era inaccesible á esta especie de conmoción, á lo menos sorprendido de aquel acto heroico que hizo grande estrago en sus tropas, mandó tocar retirada á las doce de la mañana y desfiló en buen orden hacia su campamento.

Este acontecimiento y la circunstancia de haber tenido fidedigna noticia de que se aproximaba á paso redoblado el Ejército de Occidente, comandado por el ínclito General Mariño, lo obligaron á levantar el 30 el sitio de San Mateo; no yá para volver la espalda al enemigo sino para dirigirse sobre aquella nueva fuerza con cuatro mil hombres que aún le quedaban.

Mariño, que tenía poco más ó menos el mismo número de soldados, tomó posiciones ventajosas en el sitio de Bocachico, y con la altiva conciencia de un lidiador sereno, esperó á su implacable adversario. El 31, á las nueve de la mañana, acometió el frente y el ala derecha del enemigo, encontrando en

ambas partes una resistencia asaz heroica, y á eso de las doce hizo extensiva la batalla al ala izquierda que dirigía Mariño, haciendo en aquella línea estragos horribles con su caballería. A las cinco de la tarde, á semejanza del Cid Campeador, se batía el atleta asturiano con un denuedo sin segundo, viéndose obligado, mal de su grado, á retirarse á las seis de la noche, por carecer absolutamente de municiones, dejando tendidos en el campo tres mil muertos!

BOVES con mil doscientos jinetes que salvara, se encaminó á Valencia, plaza sitiada á la sazón por el Ejército de Ceballos; pero al día siguiente de su retirada de Bocachico, el General Mariano Montilla, destacado de San Mateo por orden de Bolívar, le picó la retaguardia, molestándolo de tal suerte, que logró hacerle más de doscientos muertos y trescientos prisioneros.

El 3 de Abril, después de mil contratiempos que por cierto no llegaron á abatir la grandeza de su ánimo, consiguió unirse á Ceballos, que tenía yá en la última extremidad al afortunado y benemérito General Rafael Urdaneta, que era quien defendía á Valencia; mas, apenas se combinaban aquellos dos déspotas para dar un asalto á la plaza y tomarla á cualquier costo, tuvieron noticia de que el Libertador venía en defensa de los sitiados, y les pareció prudente abandonar el campo; tomando BOVES con la fuerza que le pertenecía la vía de Calabozo, en donde se rehizo con admirable prontitud, pues que

este hombre, ya por el prestigio que había adquirido, y ya porque no se paraba en medios, reparaba fácilmente sus pérdidas y hacía la guerra á la libertad con una actividad que sus contrarios no podían evitar ni rivalizar.

Al promediar de Junio, se movió de Calabozo con cinco mil jinetes y tres mil infantes en busca de Mariño, que comandaba el Ejército libre más cercano y mejor organizado. Avisado éste de tal movimiento, avanzó sobre el glorioso sitio de La Puerta, á donde á su llegada se le unió Bolívar, y haciendo ambos una fuerza de seis mil hombres, esperaron á su implacable enemigo. El 15, escarmentado el Jefe español con los descabros que el Libertador le había dado en San Mateo y aleccionado ya en la escuela de la experiencia, dispuso militarmente sus cuerpos para la batalla, y á las diez del día atacó á los republicanos con tal furia é impulso, que á las seis de la tarde, después de haber hecho una gran mortandad, superior en mucho á la de cualquier otro hecho de armas de aquella guerra á muerte, obtuvo la más espléndida victoria de que caudillo alguno se vanagloriara jamás; salvándose el Libertador, Mariño y otros Jefes de caer en poder del enemigo, merced á la oscuridad de la noche.

Mil trescientos prisioneros de aquella jornada desgraciada fueron pasados por las armas, y á más de trescientos heridos baldados, pertenecientes á las filas realistas, se les acabó de matar, "por un acto

de piedad, dijo BOVES, y para que no fueran obstáculo á los rápidos movimientos del Ejército!!"

En acto continuo el insigne guerrero marchó en dirección á la Victoria, población que ocupó el 17, destacando de allí una división con destino á la heroica ciudad de Caracas; luego de lo cual continuó su marcha con el grueso de su fuerza sobre Valencia, ocupada por aquel entonces por el valeroso Coronel Juan Escalona. El 20 se puso al frente de la ciudad, é inmediatamente propuso una capitulación á los defensores de la plaza, la que habiendo sido rechazada, dió lugar á un sitio riguroso, en que eran así de terribles como de frecuentes las acometidas de los sitadores.

El 9 de Julio, habiendo perdido ya Escalona las dos terceras partes de su fuerza, y falto de víveres para atender á la manutención de los soldados que le quedaban, resolvió capitular, celebrándose al efecto un Convenio en el cual se comprometía BOVES á respetar la vida y las propiedades de todos cuantos individuos estuvieran en la plaza.

Dos días después del Tratado, siendo usanza en los caudillos realistas no cumplir jamás sus promesas á los patriotas, BOVES, volviendo la espalda al compromiso contraído, asesinó á casi todos los vencidos é infinidad de patriotas respetables de Valencia, poniendo á saco la ciudad y permitiendo que sus Tenientes y brutal soldadesca ejecutaran actos de pillaje tales, que ni aun siquiera mereció respeto

el honor de las mujeres ; las cuales, en defensa de su honra, se acogían á los templos, creyéndose resguardadas en la casa de Dios, en donde eran violadas al pie de los altares, cuyas aras fueron salpicadas de sangre!!

Nublado el cielo de la Patria por los descalabros últimamente referidos y por algunas otras victorias cosechadas por los déspotas, BOVES, á pesar de ser Cajigal el Capitán general de Venezuela por aquella época, se declaró Jefe absoluto, civil y militar, de las provincias que habían conquistado sus armas, y empezó á echar los cimientos de la más espantosa tiranía que pueblo alguno haya sufrido ; ordenando á sus conmitones para que sin conmiseración alguna dieran muerte á todo patriota que cayera en sus manos y le confiscaran sus bienes, “en defensa y por amor á la causa de su Majestad el serenísimo Rey su señor, don Fernando VII.”

Gozando se hallaba de sus victorias, cuando supo que el malogrado é intrépido General Manuel Piar había obtenido algunos triunfos en jurisdicción de la provincia de Barcelona, merced á los cuales lograra poner una fuerza de dos mil hombres, é inmediatamente se lanzó sobre él con pasmosa celeridad, y lo venció el 16 de Octubre en la Sabana del Salado, pereciendo casi todos los soldados republicanos, acuchillados por sus enemigos.

En el acto, sin dar respiro á su gente, se vino sobre Maturín, en donde los Generales Rivas y

Francisco Bermúdez habían hecho, debido más que á otra cosa, á las persecuciones y ferocidad del despotismo, un acopio de cuatro mil hombres armados, resueltos á morir en la contienda lidiando como buenos, ó á salvar la libertad. Noticiosos los Generales patriotas del movimiento de BOVES, salieron á su encuentro y lo esperaron en el valle de Urica. El 5 de Diciembre al amanecer, llegó á este sitio el feroz tirano y formó su Ejército constante de siete mil hombres, en dos líneas paralelas é iguales de infantes, con la caballería á los costados. Al ver los Jefes patriotas estas disposiciones, y convencidos de la superioridad de las fuerzas que iban á combatir, comprendieron que era indispensable compensar las ventajas del enemigo con un grande arrojó de su parte, ofreciendo un grado á cada Oficial y una recompensa pecuniaria á cada soldado si la batalla se ganaba. BOVES, inmóvil, aguardó el ataque, y apenas principió éste á las once de la mañana, hizo obrar simultáneamente todas sus tropas, convirtiéndose de acometido en acometedor ; pero halló tal denuedo en los soldados libres, que á la una de la tarde estaban perdidosos los realistas. Fué entonces, al ver volver grupa á un cuerpo de su caballería, cuando después de haber hecho los mayores esfuerzos para contener á sus jinetes aterrados, viendo un pelotón de gente encima que abaleaba y lanceaba á diestra y siniestra, sintió encabritarse su caballo, haciéndose indócil á la voz y al freno, siendo éste el

instante preciso en que un oscuro soldado republicano le atravesó el pecho de un lanzazo, derribándole en el acto al suelo. A poco murió lanzando al cielo horriblas blasfemias.

VIII

Por lo que se ha visto, BOVES, militar incorrecto, toda vez que ignoraba por completo los principios de la táctica y la estrategia, luchó contra los más hábiles, intrépidos y aleccionados Jefes republicanos, venciendoles en lid leal y franca gloriosamente.

Derrotó á Bolívar, el vencedor en Boyacá, Carabobo y Junín; derrotó á Mariño, el héroe de Cumaná y Guayana; derrotó á Piar, el coronado por la victoria en el Juncal y San Félix; derrotó á Rivas, á Bermúdez y á muchos otros militares más, de alta nombradía por sus hazañas admirables, su saber y su valor indomable; debiendo tenerse presente que en sus triunfos sobre estos preclaros lidiadores nunca usó de la encrucijada, del asalto traidor, ni de ningún otro medio infame.

BOVES no ocultaba sus movimientos al enemigo, ni trataba nunca de sorprenderlo; antes por el contrario, frecuentemente le daba la ventaja de tomar posiciones, atrincherarse, formarse á su acomodo para la batalla, y luego le caía como una centella por el frente, por los flancos, por la espalda, haciendo estragos espantosos. Vencedor, no daba cuartel; vencido, no lo pedía!

La República naciente tuvo temor de aquél Satanás, y á fe que tenía razón; pues que apenas se incorporó al realismo, su nombre fué el centro vivo de la insurrección contra la libertad, produciendo por todas partes el efecto de un reguero de pólvora.

De mediados de 1813 á Diciembre de 1814, hizo prodigios como guerrero, yendo de victoria en victoria hasta adquirir una justa fama, que lo ha hecho pasar á la historia patria, de la cual no será posible arrancar su nombre. "Casualidad, dice Baralt, que semejante enorme patán y feroz bandolero haya podido tocar la gloria!" Nó; nosotros creemos que para trepar á ciertas cimas, yá se tome por el camino del bien, yá por el del mal, no basta ser estúpido, sino que se necesita tener genio.

Napoleón grande, Washington grande, Bolívar grande, esto no ofrece ninguna dificultad para el espíritu; pero cuando se trata de Nerón, de Atila, de Sila, de BOVES, el criterio se ofusca y les niega la superioridad, lo que es una injusticia.

Bolívar era un héroe coloso; BOVES un héroe monstruo. Así, toda la diferencia entre estos dos guerreros gigantes, estriba en que el primero fué más correcto que el segundo, y en que la gloria para el segundo es sombría, pertenece á las tinieblas; en tanto que la gloria del primero es brillante, corresponde á la luz.

BOVES era tan espléndido en la derrota, como cruel en la victoria. Perdido, se retiraba del campo

de batalla á paso corto y con ánimo firme, á la sombra de un reguero de metralla que lo perseguía; y como Anteo, después de una caída, volvía á levantarse en el acto, rehaciéndose como por encanto. Victorioso, acuchillaba sin piedad al vencido y hacía que sus bárbaras legiones trituraran con las patas de sus caballos á los muertos y á los heridos, hasta convertirlos en masa informe!

Incapaz, nó de amor, pero ni de mero cariño en favor de sus semejantes, jamás llegó á enternecerlo la desgracia; mas en presencia de las grandes catástrofes, soltaba cierta especie de carcajada que lo hacía horrible!

No obstante esto, cuentan las crónicas de aquellos tiempos tormentosos, que en una ocasión nublaron las lágrimas sus expresivos y grandes ojos. Hé aquí la causa de este singular enternecimiento: BOVES amaba su caballo, una bestia negra del color de su alma, á la que llamaba Antinoo, en recuerdo á la memoria de su padre. En este caballo, intrépido como su amo, en que libraba todas sus batallas, se hallaba montado el 28 de Febrero en la lucha de San Mateo, y allí fué muerto de un balazo el brioso animal que tantas escenas sangrientas había presenciado. Siendo esta la causa de las únicas lágrimas que en su vida derramara aquel famoso adalid de la guerra de nuestra Independencia, á cuyo recuerdo van unidas, como merecido castigo, las maldiciones de la posteridad y la reprobación de la historia.

PABLO MORILLO.

I

Dignos del noble orgullo patrio son todos los acontecimientos que componen la magna guerra de la Independencia de Colombia. Parece que Dios que, como á los hombres, señala á las naciones el rumbo que deben seguir en su marcha hacia el porvenir, templó la saña implacable de los mandatarios peninsulares en el vivo fuego de la tiranía, y dió al mismo tiempo á los siervos de aquellos hombres mimados por la fortuna, el sacrosanto sentimiento del deber, para que puestos en intransigente antagonismo, se sucediera esa lucha colosal y por demás sangrienta, que ha llenado al mundo con su fama, y que figurará como uno de los principales episodios históricos en las evoluciones por que ha pasado la humanidad.

En quince años de devastadora y pertinaz contienda, de 1810 á 1825, qué variedad y grandeza de sucesos, dignos todos de eterna recordación! La libertad y la virtud en lid abierta con el despotismo, producen dos especies de hombres: los héroes y los verdugos, que se chocan perpetuamente con intrepidez inaudita, dejando para la historia páginas de gran valor, monstruosas unas y otras espléndidas.

Después de trescientos años de ominosa servidumbre, cuando aún las Colonias vivían en plena oscuridad de los principios que consagran la dignidad y el derecho del hombre, ver levantarse unos pocos adalides que, amantes de la justicia, arrojan á la cara de sus tiranos el guante de la insurrección; de una guerra á muerte á la que ha de sobrevivir ó la raza de los libres ó la raza de los déspotas, es, sin duda, provocar un duelo magnífico, cuya sublimidad merece perpetua apoteosis.

Y lo que más asombro inspira es que aquel grupo de invictos lidiadores y probos ciudadanos, al incitar el colosal conflicto que había de variar por completo los destinos de los pueblos de América, no contaban con más recurso que aquel que da á los hombres de valeroso corazón y levantado espíritu, la confianza en el porvenir y esa profunda fe que producen las grandes y generosas ideas.

Fué al impulso, pues, de un filantrópico sentimiento, como nuestros ilustres progenitores con una abnegación sin ejemplo y aceptando de antemano la muerte, único premio que había de coronar sus patrióticos esfuerzos, asumieron la responsabilidad de esa guerra titánica, cuyo conjunto es maravilloso y cuyos incidentes, yá horribles y yá magníficos, merecen alabanza.

Empero, como los acontecimientos no se verifican por sí solos, toda vez que nada se mueve sin una fuerza ó voluntad superior que determine el movi-

miento, forzoso es, al considerar esas tremendas evoluciones sociales en las que la filosofía reconoce con entera certidumbre la acción directa de la Providencia, conocer la parte que en los sucesos corresponde á ciertos hombres predestinados, y estudiar individualmente el carácter de éstos, representado en su vida activa, á fin de dar el respectivo relieve al cuadro general de la historia; en cuyo estudio adquiere la experiencia las más fecundas enseñanzas.

Obedeciendo á este concepto, nos proponemos hacer la reseña biográfica de don PABLO MORILLO, desde luégo que este caudillo representa un papel de altísima importancia en la guerra de nuestra Independencia nacional, abarcando un período de seis años, acaso el más notable de aquella heroica lucha á muerte, en que tanta sangre generosa se vertió con una abnegación digna de la causa de la libertad y del honor de la Patria.

II

Don PABLO MORILLO, Conde de Cartagena, y Lugar-Teniente General de los Ejércitos españoles, condecorado con la Cruz de honor de Isabel la Católica, vino al mundo en la Fuente de Malva de la Provincia de Toro en España, en la noche del 27 de Octubre de 1777.

Nació de un matrimonio de paisanos, ó lo que es lo mismo, de padres de humilde sangre según las

preocupaciones aristocráticas de su época. Razón por la cual no trajo al mundo otra posición que la muy oscura de su familia, la cual se ocupaba en el cultivo de una pequeña heredad que era todo su patrimonio.

En su niñez aprendió á leer y escribir; género de ilustración, bastante reducida por cierto, que constituía las aspiraciones intelectuales del vulgo de su tiempo.

Hasta 1795, siguiendo las prácticas é indicaciones del poder paterno, y sin otro horizonte que el bien limitado de su condición, ejerció el oficio de pastor, llevando una vida inocente y sencilla, propia de los humildes quehaceres á que estaba sometido.

En 1796, debido á las influencias de un amigo de su padre, fué enviado á Salamanca con el fin de hacer algunos estudios literarios que lo prepararan para entrar en la carrera eclesiástica; mas, cuando su inteligencia empezaba á adquirir el desarrollo natural que proporciona la enseñanza, hubo de cansarse de las letras, y separándose de los claustros tomó servicio en las tropas de la marina real en calidad de soldado.

MORILLO, al dar este paso, obedecía tan sólo á sus propios deseos. Faltándole vocación para el sacerdocio, ministerio que requiere tantas y tan sublimes condiciones de espíritu y de carácter, no se sintió con fuerzas bastantes para ser misionero de esas

grandes y generosas ideas que purifican nuestra alma elevándola por encima de las miserias y vanidades del mundo; y dando corriente á sus inspiraciones se lanzó en la carrera militar, en la cual creyó encontrar mejores horizontes para sus instintos.

Llega en breve la primer guerra de España con la Francia; guerra á que dió lugar la ciega y torpe política de Carlos IV, y la ambición del astuto Ministro de este Monarca, don Manuel Godoy, Príncipe de La Paz, y MORILLO, dotado de esa inmensa cualidad del valor, que ha trasformado tantas nulidades en *hombres de Estado*, se batió briosamente en varios encuentros, adquiriendo en esta campaña el grado de Sargento.

Poco después, hallándose al servicio de la escuadra española que entró á Tolón, cuando esta plaza fué entregada por torpes combinaciones diplomáticas á los ingleses, se le ascendió á Capitán de fragata, en atención á su inteligente y heroica actividad en varias operaciones militares, en las que la fortuna, esquiva para unos hasta la crueldad y generosa para otros hasta el cinismo, hubo de mostrársele próspera.

Desde entonces empieza para este hombre una vida enteramente nueva: vida de peripecias, de triunfos y honores, sin que la mirada más perspicaz pueda darse cuenta, ni siquiera suponerse, hasta dónde aquel humilde pastor, metamorfoseado de repente y por una casualidad en escolar y de escolar en guerrero, pueda escalar para su nombre

una posición que lo ha hecho trágicamente célebre, dándole un puesto en la historia.

III

Sucede con frecuencia que el amor propio de nacionalidad imprime cierto carácter al escritor, que le hace en ocasiones perder la imparcialidad, compañera inseparable de la historia, y en especial de aquella parte que se refiere á retratar á los hombres que han sido autores distinguidos en los acontecimientos.

Ante el juicio de una crítica justiciera, dice Mr. de Lamartine: "Para la posteridad no debe haber ni compatriotas ni extranjeros, ni amigos ni enemigos, ni vencedores ni vencidos, no debe haber más que obras y hazañas," toda vez que, no reconociendo la fama fronteras, de la conducta de los elegidos para desempeñar ciertos papeles en el escenario de la ciencia, de la inteligencia ó del heroísmo, es que se forman las glorias de la humanidad, á las cuales la especie, por respeto á sí misma, debe homenaje y en ocasiones hasta culto.

Hay también el error de creer que no se puede ser grande sino cuando tomando por un determinado camino, se trepa á cierta cima. Para nosotros hay la grandeza que da la virtud, como la que dan la capacidad científica, el genio y el heroísmo; y

hay también, aunque tristemente célebre, la grandeza del crimen.

Sería una insensatez negar el dictado de grande al piadoso Vicente de Paúl, como al sabio Newton, al intrépido Bayardo ó al sombrío Torquemada, porque teniendo determinadas condiciones carecían de otras, más ó menos apreciables, según los juicios de los hombres.

En España se hizo de la palabra *grande* un nuevo título de nobleza desde el tiempo del denodado Carlos V; título que se aplicaba especialmente á los guerreros afortunados, á los cuales les era permitido el honor de cubrirse en presencia del Rey y de recibir un tratamiento especial. Costumbre que llegó hasta el tiempo de Fernando VII, quien dividió á los grandes de la Nación en tres clases, tocando en suerte á MORILLO el pertenecer á la segunda, que era la de aquellos que tenían puesto en las ceremonias reales y podían cubrirse delante del Monarca después de haberle hablado.

Ahora bien, teniendo el mérito sus escalas, pues que las cualidades humanas no están sujetas á la misma medida, don PABLO MORILLO, por más que el criterio público se empeñe tan sólo en considerarlo como un miserable, torpe y desvergonzado tiranuelo, ávido de dinero y ambicioso de mando, para los que conozcan su vida será tenido, á pesar de su mala conducta, como un hombre notable, no solamente por

el valor que lo distinguía, sino también por el talento y la audacia.

Vulgo en su niñez, llegó á adquirir en su patria una posición respetable, entrando en la nobleza que lo distinguió por una larga vida de servicios á la Monarquía é instituciones de su país, á favor de las cuales jugó de continuo su existencia con admirable abnegación.

Habiendo pasado su juventud en la ignorancia, llegó á convencerse de que para obtener un puesto de alguna importancia en la escala de las distinciones sociales, le era preciso cultivar su inteligencia, y á poco de haber sentado plaza de soldado, á pesar de los continuos quehaceres de su profesión, se dedicó al estudio y logró adquirir bastantes conocimientos científicos en la carrera militar, llegando á ser además un escritor de redacción fácil y castiza.

Verdad es que en la guerra de América cometió grandes faltas y crímenes horrorosos, llevando en Venezuela y Nueva Granada mucha gente al cadalso y al destierro, y empobreciendo las poblaciones con cuantiosos donativos superiores en mucho al estado de su riqueza ; pero estos hechos injustos, cometidos casi siempre con inaudita crueldad, si bien le quitan la gloria de aparecer como bondadoso guerrero y probo Magistrado, no oscurecen el brillo de sus hazañas, ni borran los inmensos esfuerzos que prestó á la causa de sus convicciones.

Muerto á fines de 1814 José Tomás Boves, hom-

bre de gran prestigio guerrero, de voluntad indomable, de heroísmo sin límites, activo hasta el prodigio, y cruel como pocos de cuantos pisaran las Colonias americanas en aquellos tiempos aciagos y tempestuosos en que la muerte hacía á cada paso abundantes cosechas, apareció MORILLO en 1815, militar de las mismas aptitudes de aquél é igualmente sanguinario, pero más correcto en todo, supuesto que se había dado una mejor educación.

Gran trabajo costó á los patriotas vencer á Boves, y su caída, que fué un derrumbamiento para la causa realista, se sucedió con su muerte, acaecida el 5 de Diciembre del año anotado, en la memorable batalla de Urica. Del mismo modo, para triunfar de MORILLO, poniéndolo en la necesidad de regresar á España admirado del heroico comportamiento de sus contrarios, tuvieron éstos que hacerle una larga campaña, aceptando toda especie de contratiempos y resignados á todo sacrificio. Haber vencido á aquel renombrado y célebre caudillo, es precisamente una de las glorias de Bolívar y de cuantos á ello contribuyeron ; pues que tal hombre, cuyo odio á la libertad era irreconciliable, era tan denodado y pertinaz en la guerra como astuto en su conducta política.

IV

La historia militar de don PABLO MORILLO empieza á acentuarse visiblemente desde el 21 de Octu-

bre de 1805, día en que las Escuadras combinadas de Francia y España, pretendieron humillar el honor inglés en el cabo de Trafalgar.

El eminente marino Horacio Nelson, que era quien debía salvar la dignidad británica, en presencia del enemigo, arengó á sus soldados con una sencillez elocuente, recordándoles estas tres palabras que conducen á los valientes á la cima del heroísmo: la *patria*, el *deber* y la confianza en la *victoria*; y al instante mismo mandó al Comandante Hardy, su Capitán de pabellón, forzar velas, cayendo éste como un huracán sobre la línea francesa que ocupaba la vanguardia.

Rota esta línea, los acometedores se lanzaron sobre la fuerza de retaguardia española; teniendo entonces lugar una lucha terrible en la que los navíos se cruzaban unos á otros, causándose extraordinarios estragos, como jamás habían tenido lugar sobre la superficie de las aguas!

A las ocho horas de batalla, cuando la victoria parecía fluctuar, ya en favor de la Inglaterra y ya en favor de las fuerzas coaligadas, á las que comandaba el valiente Almirante Villeneuve, que fué por algún tiempo juguete de las olas y blanco de la metralla enemiga, el triunfo hubo de proteger á Nelson, coronando con su vida el hecho más significativo para su nombre de cuantos guerrero alguno haya obtenido jamás.

MORILLO peleaba en aquel día á bordo del navío

Plutón, mandado por el intrépido Capitán Cosmao, de quien era segundo, y cuando esta embarcación, cuyos mástiles destrozados por la metralla no podía sostener yá sus velas, permaneciendo como un tronco desmembrado juguete de mortíferos fuegos, se botó á nado y pasó á mandar un bajel amigo, cuyo Jefe había muerto; salvando al grito de *Viva la España*, la bandera de este navío que una bala acababa de echar al agua, é izándola de nuevo en el lugar que le correspondía en medio de un vivo fuego.

Debido á increíbles golpes de audacia, MORILLO evitó el ser prisionero en Trafalgar, y pudo regresar con muchos de sus compañeros á España lleno de laureles; recomendándosele como el más brioso soldado de cuantos compusieran la Escuadra que asistió á aquel duelo formidable.

Poco después, indignado con Carlos IV por haber cedido á Napoleón la Luisiana, en pago del título de Reina para su hija y de altos honores para el Ministro Godoy, sin que tan humillantes sacrificios impidieran la invasión del territorio español por las tropas francesas, fué de los insurreccionados en Aranjuez con el Conde de Montejo en 1808; insurrección que proclamó Rey á Fernando VII, Príncipe entonces de las Asturias.

En el año anotado, habiéndose instituído la Junta suprema de Sevilla, con el fin de salvar la dignidad y soberanía de la Nación de la invasión extranjera, fué nombrado Jefe de un Regimiento que

se formó en Agamonte, y allí colectó muchos recursos de víveres y dinero, levantando al mismo tiempo dos Divisiones de á tres mil hombres, que puso á órdenes del General Galuzo, que era quien comandaba las fuerzas que iban á hacer la defensa de España.

Galuzo hizo á MORILLO su Ayudante de campo con el título de Comandante, y le confió el mando de una columna de tropas ligeras, destinadas á espiar los movimientos de los franceses y á obrar sobre ellos en distintos radios. Comisión que desempeñó con sorprendente tino y arrojo, haciendo á los invasores en varios atrevidos encuentros un gran número de prisioneros que llevó á Sevilla, y á los cuales trató, á pesar de las leyes á que la guerra somete al enemigo extranjero, con marcada benignidad, como fué reconocido por el Coronel Bramonte que cayó en sus manos.

En virtud del comportamiento á que se acaba de hacer referencia, y teniéndosele ciega confianza, se le envió á Galicia con seis mil hombres en persecución del General Ney, más tarde Príncipe de Moskowa; haciendo en esta vez una campaña tan rápida y feliz que le mereció grandes encomios y el título de Coronel efectivo.

MORILLO dió á las tropas del gran Mariscal francés la heroica batalla de Vigo, que aun cuando de escasos combatientes por no haber peleado en ella más de diez mil hombres de una y otra parte;

fué famosa por los hechos de valor que en ella se cometieron y los propicios resultados para la causa española; entre los cuales se encuentran la toma de esta plaza, que era de suma importancia, y la ocupación del puente de San Payo, magnífica posición militar. Viéndose Ney obligado, en vista de estos contratiempos, á abandonar la Galicia.

Fué en esta época, 1810, cuando el valeroso soldado á que nos estamos refiriendo, organizó el Regimiento de infantería llamado de La Unión, que tanto se distinguió en la guerra de la Península, peleando en más de cuarenta acciones. Batallón que en América, bajo el nombre de Valencey, hizo ruda y larga faena, siendo el único cuyos restos se salvaran en 1821 en la batalla de Carabobo y volvieran, en parte, á España, á dar testimonio del denuesto de los libres americanos.

Después de la campaña de Galicia, MORILLO continuó sirviendo con distinción á su patria: primero en Extremadura á la cabeza de algunos cuerpos de guerrilleros, á quienes hacía ejecutar sorprendentes evoluciones, pues que era extremada su pericia para la guerra de partidas; después, al lado del intrépido General Ballesteros en la provincia de Barcelona; y luégo á órdenes del Marqués de la Romana y de su sucesor Mendizabal, en la peligrosa campaña sobre el Portugal contra el intrépido Mariscal Massena.

Cuando Mendizabal fué derrotado, 19 de Febrero de 1811, en las alturas de Santa Engracia, el Regi-

miento de La Unión, comandado por MORILLO, fué el sólo á quien cupo en suerte librarse de caer en poder del enemigo. Formado en cuadro, sostuvo en retirada, por cuatro días consecutivos, diez y siete cargas de caballería, y después de haber hecho estragos en las filas de sus perseguidores, logró retirarse á Elvas, cuarenta leguas distante del campo de batalla, sin haber perdido más de una sexta parte de las plazas que lo componían; logrando su Jefe en aquel poblado, reunir los dispersos restos del Ejército español y levantar de ligero nuevas tropas, que fueron entregadas al General Castaños.

Castaños envió á MORILLO, ascendido ya á Brigadier, sobre la provincia de Córdoba, con tres mil hombres destinados á entretener á los franceses; pero habiendo sido tomada la ciudad de Valencia por el benemérito General Suchet y además una gran parte del territorio de la citada provincia, tuvo que replegarse sobre Extremadura; hallándose en seguida en la batalla del Arroyo de Molinos, en donde el General Girard fué batido por Castaños, dejando en el campo siete mil muertos y tres mil prisioneros, entre ellos al Duque de Aremberg.

De principios de 1812 en adelante, MORILLO tuvo el honor de servir á la vanguardia de las fuerzas españolas incorporadas al Ejército de Lord Wellington, y frecuentemente mereció los elogios de este hombre eminente, por su pericia, inteligencia militar, sumisión é intrepidez.

Acompañando á Wellington en su famosa marcha hacia las fronteras francesas, por la que todos los hombres peritos en asuntos de guerra lo han considerado como uno de los primeros tácticos de su tiempo, se halló en la formidable y gloriosa batalla de la Vittoria que puso fin á la dominación francesa en España; recibiendo en este duelo espantoso una herida de metralla en el muslo de la pierna derecha al rendir una línea de cañones cuyos mortíferos fuegos diezmaban á sus compatriotas; por cuya hecho mereció que se le otorgara sobre el campo de batalla el título de Mariscal.

Victoriosa y pacificada la Península, en todo lo cual MORILLO había desempeñado un papel que hará siempre honra á su genio militar y á su valor, fué uno de los primeros que reconoció á Fernando VII, vuelto al Trono de sus mayores, como Soberano absoluto de España é Indias, jurando como leal vasallo las banderas de este Monarca, tan infeliz y débil en sus combinaciones políticas como apasionado en sus juicios.

V

Por lo expuesto se vé que no hay hasta aquí en la vida de don PABLO MORILLO nada que pueda merecer recriminaciones, ni siquiera ligera censura. No se cuenta que en sus campañas en defensa del honor de su patria, nubiera cometido acto algu-

no que pueda hacerlo aparecer como un hombre perverso ó malvado ; antes por el contrario, hasta 1814, época en que fué nombrado Jefe del Ejército expedicionario sobre Venezuela y Nueva Granada, la historia lo elogia por mil títulos que le dieron renombre, y en especial por haberse formado á sí mismo debido á constantes esfuerzos.

¿Cómo vino este caudillo á América á comprometer su buen nombre, violando de continuo el deber y la virtud y cometiendo los más horribles atentados contra el derecho de sus semejantes ?

Fácil es comprenderlo.

En las guerras de la Independencia, los criollos americanos no eran para los monarquistas españoles seres racionales pertenecientes á la raza humana. Gobernadas por tres siglos las Colonias al rigor del látigo y del más duro despotismo civil, los realistas creían que debían manejar á los rebeldes contra las instituciones de la madre Patria, como á bestias feroces ; lo mismo que habían tratado á los indígenas los conquistadores, que merecieron por esta conducta del noble padre Las Casas, Obispo de Chiapa, los más terribles anatemas.

Acostumbrada la España á ser obedecida sin réplica, el hecho de insurreccionarse contra ella era á sus ojos la ingratitud más horrorosa, el delito más inicuo de cuantos pudieran cometer los americanos ; crimen sobre el cual debían venir terribles castigos, y en especial el de la muerte, que según las antiguas

preocupaciones de la nobleza, era un derecho del señor sobre el súbdito, del vencedor sobre el vencido.

Hase también, por otra parte, observado, que los sentimientos humanitarios no caben en hombres que por determinada educación se creen superiores á los demás y aun de distinta raza ó sangre, pues como muy bien lo ha dicho un célebre historiador, y de esto hay infinitos testimonios, “ la conmiseración y la piedad sólo tienen valor y se ejercen entre iguales.” Verdad es que los criollos de América descendían de los españoles ; ¿ pero es que éstos reconocieron alguna vez, hasta tanto que la victoria los obligó á ello, tal descendencia ?

Don PABLO MORILLO, que estimaba como una honra el hecho de haberse levantado de humilde cuna ; llevando en sus venas pura sangre española no llegó jamás á pensar, á pesar de su nacimiento, que los habitantes del Nuevo Mundo fueran otra cosa que parias, cuyo único destino era sufrir y obedecer, sin tener siquiera ni el derecho de exhalar la más humilde queja !

En infinidad de documentos oficiales dirigidos al Gobierno de su país, vése con frecuencia que aquél hombre daba á los americanos los más duros calificativos ; apellidándolos constantemente de “ cuadrilla de estúpidos malvados,” de “ infame *canalla*, á quien es necesario esterminar, pues que no sirve para nada, ni siquiera merece el aire que respira.”

El desdén más profundo del Gobierno penin-

sular para con sus Colonias, á las que no consideraba en el fondo sino como simples factorías, que habían de suministrar á la Corona parte de lo que necesitaba para sus cuantiosos gastos, atrajo sin duda el desprecio individual de los españoles para con los americanos. De manera que, este menosprecio y el odio que levantó en el alma de los caudillos extranjeros la insurrección que proclamaba la Independencia, pueden ser un buen indicativo del modo como fueron tratados los rebeldes, "baja canalla," por otra parte, en el concepto poco piadoso de sus antiguos señores.

No había, pues, que exigir de MORILLO, caudillo enteramente militar, clemencia para con los criollos, á quienes venía á sujetar á su antigua y larga obediencia; una piedad, decimos, que no contribuía á formar parte del espíritu nacional de su país. Así es que, él llegó á América con opiniones de antemano prejuzgadas, y creyó que debía tratar á los colonos con el mismo látigo con que de continuo se les había manejado en la paz, y con tanto mayor razón, "cuanto que se exhibían ingratos para con la madre de quien merecían todo, desde la vida hasta el estado civil."

Si las grandes faltas, como el crimen premeditado, merecen en alguna ocasión, no el ser justificadas, porque para hacer el mal jamás hay derecho, sino algún viso de disculpa, es cuando por carencia de una buena educación, la conducta se determina bajo

preocupaciones radicales que constituyen vicios de inteligencia, tanto más imperiosos cuanto que es imposible sustraerse á ellos sin creer que se comete una gran traición á la conciencia.

En el concepto de MORILLO, la benevolencia para con los rebeldes, lo repetimos, era un crimen; y sufriendo el engaño de todos cuantos en olvido de los sentimientos humanitarios se echan por el camino siempre oscuro de la tiranía, creyó que era cortando cabezas como volvía á los pueblos insurreccionados al regimen de la obediencia. Este error, sin duda lamentable, por los estragos que fueron su consecuencia, le quitó definitivamente á la España el dominio sobre sus Colonias.

Hagamos un ligero retrato moral de aquél hombre, antes de verlo obrar cumpliendo su cometido en la Capitanía general de Venezuela y el Nuevo Reino de Granada.

VI

Sabemos ya cuales fueron su nacimiento y el oficio que ejerció en su niñez. Conocemos asimismo la educación que recibiera en su juventud, fuera de la sociedad de buen tono y de los claustros.

El trato continuo con las personas de su clase y la soldadesca, dió á sus modales cierta especie de brusquedad que lo exhibía con frecuencia soez; en ocasiones en el porte y de continuo en el lenguaje.

Duro por naturaleza, se dejaba arrastrar por

movimientos repentinos de cólera; y cuando estaba dominado por la rabia era capaz de las más bajas y criminales acciones.

Dotado de talento natural y de alguna imaginación, obraba en ocasiones, cuando no se dejaba llevar por el odio, con cierta cordura, y se expresaba con facilidad.

Estando de buen humor, lo que no le era muy frecuente, se manifestaba jovial.

Tenía una franqueza cínica que se hermanaba con su brusquedad, pues á cada cual decía lo que de él pensaba sin ambages ni reticencias.

Amigo de estudiar los tácticos y formado en los campamentos, era severo sostenedor de la disciplina y el orden en todos los ramos; gozando de cierta dulzura estudiada para con sus soldados á fin de que le prodigarán su estimación.

Hombre de organización fuerte y de increíble movilidad, no tenía miedo ni de los climas, ni de las estaciones, ni de las distancias.

Valeroso como el que más, nunca reconocía superioridad en el enemigo, ni juzgaba en su vanidad que pudiera ser vencido por nadie.

No carecía de ciencia para la guerra, y si bien no tenía el juicio suficiente para dictar todo un plan de campaña, gozaba de la malicia del caso y de la audacia y el criterio suficientes, para dirigir los movimientos determinados é imprevistos en el campo de batalla.

En su país no había sido ni pedante, ni cruel, ni ambicioso, pero apenas pisó la América se engrió tanto, se volvió tan inclemente y le devoró tal codicia por el dinero, que se cree ver en él á uno de los primitivos conquistadores ó colonizadores, semejantes á los hermanos Pinzones ó los Almagros.

Tenía un aire marcial acentuado, y era un militar distinguido: bravo, activo, perseverante, calmado en el peligro, pronto á tomar un partido en los supremos momentos, fértil en recursos; infame ó recto para emplear la violencia ó la seducción según conviniera.

Por lo general, á excepción de don Pascual Enrile, su consejero, no razonaba nunca con nadie, ni consigo mismo, pues que encerrado en sus ideas se creía absoluto y bastaba que algo pensara para que lo llevara á cabo sin réplica.

Magistrado tiránico y de no muy alta visión política, cabalgaba como un chalán sobre la autoridad que tenía entre manos, creyéndose correcto en el Gobierno aun cuando sus decisiones llevarán impreso el sello del absurdo.

Experimentaba de continuo, insistamos en ello, cóleras horrendas, iras lúgubres, arrebatos de pasión que lo hacían temible, y cuando por consecuencia de estos trasportes ascendía de déspota ó monstruo, no se conformaba tan sólo con atropellar la ley y la virtud, sino que iba en su delirio hasta gloriarse de sus depravados procedimientos.

Cuando enviaba al cadalso á un gran ciudadano, “de esos hombres ilustres con cuya muerte siente con mayor claridad nuestro espíritu los fecundos y celestes destinos de la inteligencia humana,” tenía la singular osadía de ir á presenciarse el suplicio y hubo una ocasión en que llegó á insultar á la víctima que tenía por delante.

Su alma, al menos mientras estuvo en América, no resonó jamás al choque de ninguna idea generosa, de ningún pensamiento benévolo, y llegó á tal punto su fatuidad, que habiéndolo reconvenido en una ocasión el digno Mariscal don Miguel de Latorre, á fin de evitarle que cometiera una horrenda injusticia, concluyó diciéndole satisfecho de sí mismo: “No de otro modo procedía César.”

MORILLO llegó al través de mil aventuras y de innumerables dificultades, á la posesión de lo que él creía su genio, al conocimiento de su fuerza y de su destino; y tan pronto como fué asediado por el amor propio, que es un mal consejero, se dió á obrar según sus lúgubres pensamientos, en completo olvido de los principios morales que trazan á los hombres la senda por donde se llega á esa cima que constituye la verdadera celebridad.

Su conducta en América, si, como hemos dicho anteriormente, tiene la causa atenuante de las antiguas preocupaciones de raza y del derecho que tenía la España sobre sus Colonias, no podrá jamás ser absuelta. Por su crueldad, que era más meditada y

horrenda que la de Boves, hubiera sido expulsado de Grecia en tiempo del dominio de los siete tiranos.

Se dirá que no es justo pedir al hombre lo que la naturaleza no le hizo y condenarlo por no haber tenido las cualidades propias de un cargo que la necesidad ó la Providencia quiso cometerle; pero á pesar de todo, forzoso es confesar que en nadie existe el derecho al esterminio y que los verdugos son siempre dignos de execración, y con más veras aquellos que no siendo estúpidos, como el animal que destroza por instinto, tienen la conciencia de sus actos.

Por lo demás, la personalidad guerrera de MORILLO era, como dicen los geómetras, “un término medio ó un medio proporcional,” entre el vulgo y los héroes; entre lo real y lo ideal. Jefe parecido á tantos otros que enseña la historia de las guerras, que el vulgo comprende por hallarlos en cierto modo semejantes á él, capaces de hacerse adoptar por las distintas especies que comprende la variedad humana; y de mandar al pueblo, por casualidad, en nombre de los héroes verdaderos; y á los héroes verdaderos, por un hallazgo, en nombre del pueblo.

VII

La expedición encargada á don PABLO MORILLO con el glorioso título de *Pacificador*, se dió á la vela en el puerto de Cádiz el 24 de Enero de 1815,

y arribó á Puerto Santo en las bellísimas costas de Cumaná el 3 de Abril de dicho año.

Componíase dicha expedición de diez mil hombres de desembarco, pertenecientes á las divisiones y Regimientos más aguerridos y meritorios de cuantos habían luchado contra los franceses en las guerras promovidas por Napoleón I.

Venía la fuerza expedicionaria en el navío San Pedro de Alcántara, de sesenta y cuatro cañones; tres fragatas; veintisiete buques menores de á diez y ocho, y veinticinco navíos de armada.

Apenas hubo arribado el *Pacificador* á la Costa-firme, Francisco Tomás Morales, segundo que había sido del sanguinario Boves, prestó al Jefe expedicionario ciega obediencia; poniendo á sus órdenes cinco mil hombres disciplinados y aguerridos y veinte buques armados en guerra.

Impuesto MORILLO por Morales, de que era la isla de Margarita la única provincia de Venezuela que aún persistía en no reconocer el Gobierno real, aceptado á la sazón en toda la Capitanía á consecuencia de los funestos contratiempos ocurridos á los libres en el año de 1814, resolvió dirigirse á aquella isla, pasando al pueblo de Pampatar el 9 del mes citado.

Los patriotas margariteños, á pesar del valor que los distinguía, que por entonces era ya proverbial, no contando con más de cuatrocientos hombres en armas, resolvieron no presentar resistencia á la enor-

me fuerza que iba á acometerlos; y confiados, por otra parte, en una Proclama de MORILLO en la que les ofrecía el “perdón y el olvido por su participación en la revuelta,” hubieron de someterse sin la menor resistencia.

El *Pacificador*, después de mandar jurar obediencia á Fernando VII en toda la isla, y de arreglar á su acomodo la administración pública, nombró á don Antonio Erraiz Gobernador de la provincia, y marchó luego con su Ejército en dirección á Cumaná, dejando á Erraiz las siguientes instrucciones:

“Que sacara á los margariteños que habían sido desafectos á la causa del Rey, un empréstito en metálico de ochenta mil pesos por lo menos;

“Que no permitiera salir de la isla, bajo ningún pretexto, á los emigrados que hubieran tomado parte en la revolución, ni á sus mujeres, ni á sus hijos;

“Que si ocurría un nuevo alzamiento en alguna de las provincias de Venezuela, se apoderara y redujera á prisión á todos los que habían sido insurgentes, y á cuantos juzgara sospechosos; y

“Que formara un Consejo de guerra, para juzgar sumariamente á los que de palabra ó por obras, manifestaran un espíritu poco adepto al Gobierno de su Majestad.”

Con este programa, que fué cumplido al pie de letra por Erraiz, empezaba el *Pacificador* á echar los cimientos de la más dura tiranía que haya pesa-

do sobre los hombres. Despotismo que, á pesar de los males que acarrea á su causa, no desmintió un sólo día durante su permanencia en las Colonias cuya pacificación se le había encomendado.

En Cumaná procedió lo mismo que en Margarita, y tan luégo como hubo dictado por aquellos lados las medidas que juzgó convenientes á la completa subyugación de las provincias orientales de Venezuela, para lo cual dejó á sus Tenientes las instrucciones y el Ejército del caso, se dirigió á la Guaira, embarcando en su Escuadra á Morales, á quien recobró por su odio á los libres un gran cariño, y cuatro mil soldados de la fuerza expedicionaria.

De la Guaira, después de haber dejado otra parte de sus fuerzas en Puerto-Cabello, se dirigió á Caracas, en donde sus pobladores, creyendo en la magnanimidad del Jefe realista, lo esperaban, si nó con entusiasmo, porque esto era imposible en los hijos de aquella libre y heroica ciudad, al menos resignados con la suerte que la Providencia les había deparado por de pronto.

VIII

Al pisar MORILLO á Caracas, se hizo cargo del empleo de Capitán General de Venezuela, que desempeñaba por entonces don Juan Manuel Cajigal; y como Fernando VII lo había autorizado ple-

namente "para obrar como lo juzgara más conveniente á la pacificación de sus amados señoríos," empezó á gobernar discrecionalmente y de acuerdo con el odio que profesaba á los rebeldes americanos.

Habiéndose perdido la Caja de guerra del Ejército peninsular con el incendio del navío San Pedro, ocurrido el 21 de Abril en la isla de Coche, lo primero en que pensó fué en hacerse á recursos pecuniarios, exigiendo de los patriotas caraqueños, en 19 de Mayo siguiente, una Contribución de guerra de trescientos cincuenta mil pesos en dinero.

Era esta una enorme suma en aquellos aciagos tiempos. Caracas, capital de la Capitanía, había suministrado en cinco años consecutivos de lucha, cerca de seis millones en numerario para hacer frente á la revolución; ¿cómo pretender que sus hijos, y ni siquiera todos, sino los que formaban en las filas independientes, sacaran, en tan enorme cantidad, moneda acuñada de donde no la había?.....

Todavía más: ¿era posible que en un plazo de cinco días, como lo pretendía el *Pacificador*, se pusieran á su disposición trescientos cincuenta mil pesos? Se ofrecieron alhajas de plata y oro, y otros bienes de esos en que las familias ponen su cariño, ya por venir de sus abuelos ó ya por alguna otra circunstancia, pero nada de esto fué aceptado. El fin era conseguir dinero y se consiguió á fuerza de arbitrariedad por una parte y de sacrificios por otra; la tiranía produce sus milagros!

Mas como esta Contribución no alcanzaba ni siquiera para llenar las exigencias del Ejército realista en quince días, MORILLO, dando de mano á toda humana consideración, creó una Junta llamada de Secuestros, que se instaló inmediatamente; la cual tenía por objeto tomar y vender los bienes:

“Primero: de todos los caudillos ó fautores de la revolución;

“Segundo: de los que hubieran llevado armas contra el Rey;

“Tercero: de los que hubieran asesinado ó ultrajado de obra, á algún individuo amigo de la causa realista;

“Cuarto: de los que hubieran promovido de algún modo la rebelión contra su Majestad y las instituciones de la Patria;

“Quinto: de los que, por cualquier medio, dando recursos ó consejos, hubieran ayudado á la causa de los independientes; y

“Sexto: de los que hubieran emigrado del territorio de la Capitanía, por miedo á las tropas reales.”

Semejante criminal y estúpida providencia, que se llevó á cabo con un rigor superior al que usaban los antiguos Emperadores romanos para castigar las faltas de sus esclavos, llenó de lágrimas y de miseria á las familias más respetables de Venezuela; pereciendo muchas de ellas de desesperación y de hambre, al furor implacable de la codicia realista.

Agréguese á esta medida, que no era otra cosa

que un saqueo hecho á mano armada bajo el patrocinio de la autoridad, la creación de Consejos permanentes de guerra, compuestos de Oficiales expedicionarios; los cuales Consejos tenían por mira juzgar cualesquiera delitos de rebelión, sin que en los procesos pudiera tomar parte la Real Audiencia, institución antiquísima que MORILLO suprimió de un puntapié por ser inútil á sus propósitos y estar por demás en el nuevo mecanismo administrativo que pensaba fundar, y se caerá en la cuenta de cómo los venezolanos, á quienes tampoco se permitía apelar á los Tribunales ordinarios, eran víctimas del más horrendo despotismo militar.

Una vez que el *Pacificador* creyó arreglado el Gobierno de Venezuela, para lo cual no hizo otra cosa que dictar medidas como las que hemos apuntado, nombró á don José Ceballos por Teniente General del Rey en Caracas, y encargó al Brigadier don Salvador Moxo, hombre ruin, atrabiliario y cruel, de la dirección de las fuerzas que quedaban en el territorio de la Capitanía. La que juzgó, si nó pacificada en absoluto, al menos en impotencia para tornar nuevamente á la guerra; razón por la cual hubo de despedirse de sus parciales como para no volver más á aquella tierra, que dejaba sumida en tan honda desgracia, presa de rapaces tiranuelos; en la esperanza de que seguiría humillando á su arbitrio las demás Colonias, haciéndose soberano de medio Continente.

Pretendiendo llevar á cabo sus propósitos, volvió la punta de su espada en dirección al Nuevo Reino de Granada, y el 3 de Julio partió de Caracas para Puerto-Cabello, de donde se dió á la vela el 10 para Santa Marta, con una expedición que debía obrar en las costas de la Nueva Granada, compuesta de nueve mil hombres: cuatro mil venezolanos escogidos á órdenes de Morales, y cinco mil europeos bajo la inmediata inspección del Mariscal Latorre.

Apenas hubo pisado el territorio patrio, dirigió una proclama á los granadinos en la cual les decía: "Apresuráos á arrojar de entre vosotros á los autores de vuestros males, á aquellos que viven y se gozan de la desgracia universal. Desaparezcan estos miserables á la vista de unas tropas que no vienen á verter la sangre de sus hermanos, ni aun la de los malvados, si se puede evitar. Ellas protegerán al débil y sepultarán á los sediciosos."

Arreglado en Santa Marta el plan de campaña sobre Cartagena, que era la plaza más fuerte de la América del Sur, el Jefe expedicionario mandó por tierra la vanguardia compuesta del Ejército venezolano, dando órdenes á Morales, á quien había cobrado mucho cariño y apellidaba "*El terror de los malvados*," para que tomara determinadas posiciones y se diera á esperar á los soldados extranjeros que debían seguirlo.

Sabedores los patriotas de la marcha del enemigo sobre Cartagena, se prepararon para defender la

plaza, y merced á un alistamiento general que se hizo, se reunieron tres mil doscientos libres; quienes poseídos de la elevada y cruenta misión que iban á llenar en breve, hicieron la resolución de morir como buenos y leales, antes de poner el cuello á la cuchilla de la tiranía.

El 14 de Agosto, cuando MORILLO juzgó á Morales próximo á la Ciudad heroica en las posiciones convenidas, se embarcó haciendo rumbo hacia ella, llevando por su segundo á don Pascual Enrile, Brigadier de la Marina real.

Amigo de proclamar y de hacerse sentir en todas ocasiones, dirigió á los cartageneros desde las playas de Sabanilla una enfática y amenazante Proclama, en la cual se encuentra el siguiente acápite: "Miserables: si os hacéis sordos á lo que os digo; si os atrevéis á volver vuestras armas contra las de su Majestad, el Rey nuestro Señor, el país será en breve convertido en un vasto desierto."

El 18 del mes citado las fuerzas realistas se presentaron á la vista de Cartagena y empezaron, contra la manifiesta voluntad de Latorre, á estrechar la plaza por mar y tierra; cometiendo el *Pacificador* actos de increíble crueldad, como el asesinato del benemérito Coronel venezolano Pedro Villapol, del comerciante José María Portocarrero, y de otros patriotas no menos distinguidos que cayeron inadvertidamente en sus manos, á varios de los cuales les mandó dar muerte clavándoles puntillas de

hierro en el cráneo. Género de suplicio hasta entonces desconocido y que mataba de dolor á las víctimas !

Después de dos meses de un bloqueo riguroso en el que los patriotas sufrieron toda especie de calamidades, y entre ellas la peste que se cebó especialmente en los ancianos y los niños, y el hambre que obligó á los pobladores de Cartagena á comer carne de caballo, de burro, de rata y hasta cueros de res secos y en ocasiones podridos, MORILLO empezó el 25 de Octubre, con violencia inaudita, el bombardeo de la plaza ; cometiéndose en el asecho, por una y otra parte, proezas de incomparable heroísmo.

El 4 de Diciembre, habiéndose agotado á los sitiados todos los víveres y municiones de boca, empezaron las gentes á morir de necesidad ; habiendo día en que perecieron hasta trescientas personas !

El día 6, justamente á los ciento ocho días de principiado el asedio, el Jefe español, después de haber perdido tres mil hombres de sus tropas, pudo entrar á Cartagena : debido á que los patriotas, reducidos á una cuarta parte y escasos en absoluto de comestibles, evacuaron la ciudad en dirección á Jamaica y á los Cayos de San Luis.

Cartagena perdió en el sitio algo más de seis mil personas de su población pasiva, que murieron á los rigores de la peste y por falta de recursos alimenticios, y cuando el Ejército vencedor la ocupó,

no encontró por las calles sino esqueletos ambulantes que demandaban compasión.

No es de este lugar el ocuparnos de los incidentes de aquella larga contienda, en la que el heroísmo y el honor recorrieron todas sus escalas dejando para la historia un monumento cuyos detalles y conjunto forman la página más brillante de nuestros anales patrios : dejamos solamente consignado el hecho de aquel gran duelo que fué la primer resistencia que el patriotismo naciente hizo á MORILLO en sus campañas de América.

Al día siguiente de la victoria, el *Pacificador* envió á Morales á tomar posesión de los castillos de Bocachica, y una vez verificado esto, aquel feroz malvado hizo publicar un bando ofreciendo perdón y amnistia á todos los paisanos que se presentaran dentro de tercero día ; los cuales confiando en la promesa de semejante monstruo, que había llenado á Venezuela de asombro por sus crímenes, se hicieron visibles, y, reduciéndoseles á prisión inmediatamente, fueron degollados en número de cuatrocientos á orillas del mar.

A pesar del mal estado económico y social en que habían quedado los habitantes de Cartagena, que por un favor de la Providencia sobrevivieron á la funesta catástrofe del sitio y ocupación de la ciudad, MORILLO se apoderó de toda la mercancía que existía en la plaza ; repartió é hizo efectivo, con sobra de dureza, y usando del sistema del terror, un emprés-

tito en dinero de doscientos cincuenta mil pesos ; levantó de nuevo el extinguido *Tribunal de la Inquisición* ; é instituyó, como en Caracas, el Consejo permanente de guerra, para conocer de las causas por delitos de rebelión. Corporación que dirigida por el *Pacificador* en persona, llenó las cárceles de patriotas y llevó al patíbulo á muchos distinguidos ciudadanos, y entre ellos al General Manuel Castillo ; al distinguido ingeniero don Manuel Anguiano, español europeo que había seguido la causa de la Independencia ; á los doctores abogados Martín Amador, Pantaleón Ribón, Antonio José Ayo, José María García de Toledo y Miguel Granados ; y al gallardo ciudadano inglés Santiago Stuard : habiéndoseles confiscado sus bienes á las familias de las ilustres víctimas.

A los dos meses de la ocupación de Cartagena, MORILLO hubo de abandonarla, dejando en la plaza mil quinientos hombres de línea para que la custodiaran y vigilaran sobre las costas ; dividiendo el resto del Ejército en cuatro Columnas para atacar á la vez las provincias internas de la Nueva Granada. Al benemérito General Latorre, hombre distinguido por su benignidad, cultos modales, pericia militar, inteligencia y valor, lo envió de vanguardia en dirección á Ocaña, punto en donde debía reunirse con don Sebastián de la Calzada, que acababa de llegar de Venezuela con algunas tropas ; y él, con su Estado Mayor y una fuerza de mil hombres, tomó

poco después la misma vía de Latorre en marcha para Bogotá.

El *Pacificador*, en su saña implacable contra los libres, opinaba que para subyugar las Colonias volviéndolas al régimen de su pasada servidumbre “era preciso obrar á sangre y fuego, sin consideración alguna,” y en este concepto, á semejanza de Sila, hacía rodar cabezas sin término, escogiendo las más simpáticas é interesantes al porvenir de Colombia.

Lo cierto es que en la naciente República no había habido un realista tan terrible, ni tan temido, y sobre todo, tan sanguinario y despiadado. En su viaje de Cartagena á Ocaña, entre infinidad de hechos que cometió, dignos todos de un bárbaro de los primitivos tiempos, dió muerte á más de veinte ciudadanos, haciendo descuartizar en Mompox al célebre Jefe republicano Fernando Carabaño, después de haberle mandado extraer los ojos ; y en Ocaña, al hermano de aquel desventurado, á quien se le aplicaron antes del suplicio infinidad de tormentos.

El 6 de Mayo de 1816 Latorre y Calzada ocuparon sin resistencia alguna á Bogotá, pues que los patriotas en armas, impotentes para defenderse, se habían dividido, tomando unos la vía del Sur en compañía del Presidente de la Unión, doctor José Fernández Madrid, y otros, la de los llanos de Casanare, á órdenes del General Manuel Serviez. Latorre, al ocupar la capital, convencido de que

no era el terror el medio conducente para afianzar la paz, sino la clemencia que desarma todas las iras y aplaca todos los odios, expidió un decreto de indulto para todos los comprometidos en la revolución; prometiéndoles el olvido de lo pasado si se hacían partidarios del régimen español ó al menos no volvían á hostilizar el Gobierno real.

MORILLO, sabedor de esta conducta de Latorre, que lo hizo con justa razón bastante simpático á los independientes, hubo de improbársela desde Zipaquirá, dándole en el acto las órdenes más enérgicas para que sin pérdida de tiempo "aprehendiera y asegurara en estrechas prisiones á cuantos hubieran tenido parte ó figurado de algún modo en los trastornos ocurridos;" mandato que aquel militar honrado no quiso llevar á cabo, pero al que dió fiel cumplimiento Calzada, reduciendo á prisión el 22 del mes citado á más de trescientas personas notables.

MORILLO entró á Bogotá el 26, víspera del día en que se le esperaba con regocijos públicos; dando á comprender á los habitantes de la capital con esta conducta sobrado despreciativa, que no debían esperar de él ningún rasgo de benevolencia. A lo que en verdad no debían atenerse, pues que sobre ser la piedad para con los americanos impropia de su carácter, se hallaba aguijoneado en sus rencores por don Pascual Enrile, de quien diremos dos palabras de paso, por ser este sujeto el principal instigador de los infames procedimientos del Jefe español.

IX

Era este Enrile natural de la Habana, é hijo de padres distinguidos que gozaban de títulos de nobleza.

En su juventud se dedicó al estudio de la literatura y de las ciencias naturales; y luégo al de la jurisprudencia, alcanzando el grado de Bachiller.

Por los años de 1790 á 92 entró en la carrera militar, que era por entonces oficio de nobles, y comenzó á servir en clase de Guarda marino; hallándose después en la Escuadra que tomó á Tolón, en donde hizo relaciones con MORILLO.

De Tolón vino más tarde á Santo Domingo con el General Aristizabal, portándose en esta expedición con energía y arrojo; y luégo regresó á la Península, en donde continuó sirviendo en la Escuadra que mandaba el General Mazarredo, siempre con la reputación de experto y buen Oficial.

En la guerra de España con los franceses hizo parte del Ejército español, y acabó de sentar su fama de valoroso y diligente, obteniendo grados superiores en la milicia.

Al volver los Borbones al trono, merced en gran parte á los esfuerzos del Conde de Wellington, Fernando VII lo nombró segundo de la expedición enviada á la Costa-firme y Comandante General de la Escuadra que lo condujo.

Ningún compañero mejor para MORILLO que Enrile: astuto y solapado, no había empresa por vil y cruel que fuera que no le pareciese en el orden de lo natural; y cuando arrojaba la piedra con que había de herir á alguien, escondía la mano y señalaba otro culpable.

Tenía un aire sombrío y la penetración propia de un hombre que á la inteligencia cultivada, agrega la malicia que da el conocimiento de la vida.

Gustaba de la adulación, y en especial de que se le tuviese por un talento superior y se le considerara consumado jurista.

La única cosa que amaba verdaderamente en el mundo era el dinero, y no miraba los cargos públicos como honores tributados á la fortuna ó al mérito, sino como obligaciones necesarias para conseguir riquezas.

Odiaba á la humanidad y especialmente á aquellos de sus miembros que sobresalían por el genio ó el carácter, á todos los cuales hubiera querido cortar la cabeza de un solo golpe como lo deseaba el Emperador Calígula del pueblo romano.

El día en que iba á ser ejecutado el eminente Francisco José de Caldas, se le excitó para que hiciera suspender la ejecución por unos pocos días, hasta tanto que el sabio terminaba unos trabajos que estaba para concluir, útiles á la ciencia, y á tan justa petición dió la siguiente respuesta: "Que se cumpla sin demora la sentencia. La España no necesita de sabios."

Sanguinario por excelencia y más leído é inteligente que MORILLO, tenía sobre éste una poderosa influencia, de la que usaba y abusaba á su arbitrio según convenía á sus miras.

Un mal instinto es temible, pero se ha observado que cuando está abandonado á sí mismo, puede ser susceptible de rasgos de generosidad. Dos malos instintos reunidos, complementándose el uno al otro, hacen un monstruo siempre en acción é incapaz de nada noble.

MORILLO y Enrile eran estos dos malos instintos, unidos por las mismas ambiciones y el lazo del odio hacia los demás. De aquí la razón por la cual, haciendo tanto mal y cometiendo tanto error, dejaron mares de sangre y de lágrimas á su paso por la América, sin que nunca hubieran sentido el más insignificante enternecimiento en presencia del infortunio.

X

Una vez MORILLO en Bogotá, reprendió duramente á Latorre por la benevolencia con que había tratado á los republicanos, y aun á la población entera que le había dado culta acogida, é inmediatamente lo mandó sobre los llanos de Casanare en persecución de Serviez.

El *Pacificador* deseaba á todo trance deshacerse de Latorre; hombre que por su firme y humanitario

carácter se oponía siempre, con viril entereza, á las medidas violentas y sobre todo al pillaje ; por creer, además, que semejantes procedimientos eran inconducentes y aun perniciosos para el fiel cumplimiento de la ardua misión que en parte se le había confiado.

Bajo la suprema inspección de MORILLO las prisiones se multiplicaron, así en la capital como en todas las provincias del Reino, poniéndose entre cadenas á hombres eminentes á quienes se trataba con excesiva dureza ; y apellidando *rebeldes*, lo que constituía un crimen sin igual para los déspotas, á cuantos los realistas tenían á bien denunciar por la menor expresión, escrito particular ó documento público, que se hallara en los Archivos del Gobierno General y del de Cundinamarca, que por un descuido culpable dejaron en las Oficinas los Jefes independientes.

El Jefe español se creía desde luégo en país conquistado, y encerrando el derecho de conquista en aquella célebre frase de los Galos : *Ay de los vencidos !* juzgaba como los antiguos que, la muerte del enemigo era un derecho del vencedor sobre el vencido, al cual podía dejársele la vida á beneplácito de su dueño, por un beneficio especial, pero jamás la libertad ni los bienes.

Si en vez de este torpe criterio que lo condujo á extremidades horrorosas, haciéndolo pasar á la historia como un Eróstrato digno de perpetua ignomi-

nia, se contenta con ejercer la Soberanía, y conserva á los hombres que creía conquistados la vida, la libertad y la propiedad, la gratitud pública lo hubiera colmado probablemente de simpatías y dádole elementos para que llenara su misión ; pero violando á todo trance la justicia, tropezó al fin con lo que menos esperaba, esa oposición sistemática, diligente y heroica que el patriotismo supo oponerle y á que tuvo que ceder, perdiendo su fama y sacrificando su gloria y su causa.

Como en Caracas y Cartagena, MORILLO estableció en Bogotá un Consejo permanente de guerra para juzgar á los patriotas, presidido por el Gobernador de la ciudad, don Antonio Casano, de inmortal memoria, y compuesto como de costumbre de Oficiales del Ejército español. En el modo de enjuiciar breve y sumariamente á los rebeldes, no era lo más singular que sus Jueces, dependientes del déspota que los subyugaba, fueran parciales de los supuestos reos, sino que no se permitiese á éstos levantar pruebas en su justificación, ni siquiera defenderse por escrito ó de palabra ; pudiendo contar todo el que era llevado ante aquella especie de infame pretorio, con que su fin era rendir la vida en el patíbulo.

Instituyó también el tirano otro Tribunal militar, llamado Consejo de purificación, ante el cual tenían que presentarse los que deseaban obtener indulto, por haber tomado directa ó indirectamente

la más leve participación en la guerra ; á los cuales, antes de amnistiarlos, se les castigaba con multas, trabajos en los caminos públicos y hasta con la pena de azotes, según la gravedad de sus compromisos en la revolución.

La tercera invención de MORILLO en Bogotá fué el establecimiento, como lo había hecho en Venezuela, de la Junta de secuestros, que tenía por fin arrebatár á los patriotas los bienes de fortuna que tuviesen, poniendo á sus familias en el más completo desamparo. A los que imploraban su compasión para que les dejara siquiera una pequeña parte de sus haberes para atender á la subsistencia, les decía con sobra de arrogancia : “Vuestros padres, vuestros hijos, hermanos y esposos han sido traidores al Rey, y por lo tanto deben perder sus bienes y sus vidas.”

El memorable Consejo de guerra empezó sus asesinatos el 8 de Junio del año últimamente citado, con el fusilamiento del General de brigada don Antonio Villavicencio, y continuó causándole las mayores pérdidas á la Patria, matándole sus más virtuosos, inteligentes y preclaros hijos.

Entre las víctimas de este Tribunal, ó mejor dicho, de MORILLO y Enrile, que alcanzan á más de mil setecientas, figuran los eminentes patricios Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Joaquín Camacho, José Gregorio Gutiérrez, Miguel Pombo, Crisanto Valenzuela, Frutos Gutiérrez, Jorge Lo-

zano, Francisco A. Ulloa, José María Dávila, José María Cabal, Antonio Baraya, Custodio Rovira, Liborio Mejía, y muchos más de alta talla moral, dignos del reconocimiento de los pueblos agradecidos y de la posteridad.

A las viudas é hijas de las víctimas, reducidas á la más lamentable miseria, se las confinaba á lugares lejanos de Bogotá, y el Gobernador Casano las recomendaba á los Jueces y Curas párrocos de los lugares del confinamiento, como impías, irreligiosas y de malas costumbres, para que fueran víctimas de los continuos ultrajes del fanatismo religioso y de la permanente fiscalización de las autoridades civiles.

Otro de los medios de que se valió MORILLO para desolar y afligir á la Nueva Granada, fué la apertura de caminos públicos. Deseando darlas de progresista, á fin de conseguir nuevos honores aparentando méritos para ante el Gobierno español, emprendió á la vez trece extensas vías : “la de Girón al Pedral, sobre el río Sogamoso ; la de Zapatoca al Magdalena ; una de Vélez al Carare ; dos en la provincia de Tunja, que debían conducir á los llanos de Casanare, y otra de Cáqueza á los de San Martín ; la de Sonsón á Margarita ; la de San Luis á Cáceres, sobre el río Cauca ; la de Urrao al Atrato ; la de Ibagué á Cartago, atravesando el Quindío ; la de Anchicayá á Buenaventura ; la de Pamplona á Tunja, y la de Bogotá á Honda.”

Los granadinos que habían sido afectos á la causa de la libertad, estaban obligados á trabajar en estas vías ; y hase calculado que debido á deletéreas influencias climatéricas, á la mala alimentación y á lo duro de los trabajos, murieron en poco tiempo más de tres mil operarios! Esto sin utilidad para el país, pues que algunos de los tales caminos, siendo como es de pronta y vigorosa la vegetación de los climas ardientes de los trópicos, en menos de un año estuvieron cerrados é intransitables ; y otros no pudieron conservarse porque empobrecidos los pueblos con enormes exacciones fiscales, el comercio disminuyó sobremanera y el poco movimiento de tráfico, que aun permitía la tiranía, continuó haciéndose por las antiguas rutas.

Deseando, por último, el *Pacificador* y Enrile, “destruir de raíz los heréticos principios que proclamaba la Independencia,” mandaron en 20 de Septiembre, instalar con gran aparato, así en la capital del Reino como en las provincias, el *Tribunal del Santo Oficio*; previniendo que en un día dado los padres de familia concurriesen con sus hijos, bajo las más severas penas si no lo hacían, á las respectivas iglesias parroquiales á jurar nueva protestación de fe, “que los hiciera para en adelante buenos y obedientes, como en su amor lo deseaba su Majestad el Rey.”

La crueldad de MORILLO y Enrile tenía fieles imitadores en todas las provincias de la Nueva

Granada. Sus Tenientes, representantes de la autoridad en Tunja, Socorro, Mariquita y Neiva, no dejaron nada que pedir á la tiranía en aquellas jurisdicciones políticas ; pero la barbarie llegó á su apogeo en el Sur de la República, en donde se distinguieron Francisco Wartela, Carlos Tolrá, Ruperto Delgado y Joaquín Valdés, quienes no tan sólo se conformaban con robar, confinar, apalear y asesinar á los libres, sino que en el exceso del crimen, iban hasta disponer por la fuerza del honor de las mujeres. Procedimiento propio de las antiguas hordas de bárbaros que invadieron la Italia, y extraño entre gentes que se preciaban de civilizadas ; pues que siempre el candor y la inocencia merecieron respeto.

Es de notarse que el *Pacificador*, á pesar de titularse hijo de Cristo, y de mostrarse ardoroso defensor de la religión, no tuvo clemencia ni miramiento alguno para con los ministros del culto, á quienes injuriaba de continuo, quitaba por antojo sus prebendas, arrancaba de sus curatos y mandaba al destierro ; habiendo en una ocasión deportado para España por Venezuela, noventa y cinco sacerdotes, muchos de ellos ancianos respetables, que habían obtenido por el camino regular las más altas dignidades de la Iglesia granadina !

Sabedor Fernando VII de la conducta observada por MORILLO, hubo de condecorarlo con la Gran cruz de Isabel la Católica ; nueva orden instituída en España para premiar á los Jefes que más se dis-

tinguieran por su celo y actividad en la pacificación de las Américas.

XI

“Cuando Dios quiere perder á los Reyes y salvar á las Naciones, ha dicho un célebre político, apura la desgracia en aquéllas haciendo á éstos tiranos.” Esta verdad confirmada por la historia de los pueblos de Europa, se prueba plenamente en las guerras de la Independencia de América.

Si la España gobierna sus posiciones ultramarinas bajo la regla de los principios humanitarios y civilizadores, concediendo á sus habitantes los derechos imprescriptibles del hombre, dentro de la libertad é igualdad racionales, probablemente hubiera sido eterno su dominio en América, ya por el hecho de la conquista que le daba cierto derecho para ello, ya porque una buena administración hubiera ahogado siempre toda tendencia revolucionaria, y ya, en fin, por los poderosos recursos de que gozaba la madre Patria para subyugar sus Colonias. Pero, cómo pretender el dominio de países uncidos al yugo de la más dura y vil servidumbre?...Ni cómo contener una revolución como la de la Independencia, si los que se creían vencedores, en vez de tratar con benignidad á los vencidos, para ver de pacificarlos, no pensaban en otra cosa que en arrebatárles sus bienes y cavarles ignominiosa tumba?

Cómo calmar á padres y á esposos que veían violadas sus hijas y sus mujeres?... Cómo á hijos que miraban continuamente en jaulas y aun en escarpas, en los caminos y las plazas públicas, las cabezas y los miembros mutilados de sus padres?

Poseyendo el déspota la voluntad y la fuerza, puede todo lo que quiere. Su palabra es una ley que ordena y un poder que obliga á la obediencia; pero precisamente el hecho de que un hombre asuma la Soberanía absoluta para gobernar á los demás según su capricho, hace que el despotismo no sea una forma estable de Gobierno, porque si los hombres gustan de obedecer por deber y en ocasiones por amor, desean á todo trance un sistema ó ley fija á que deban regular sus actos, y esto no lo encuentran en un tirano que no tiene otra norma de conducta que sus deseos, siempre propicios á su interés, y contrarios á la felicidad de los pueblos á quienes se goza en humillar.

Sujetos los americanos á un abominable despotismo, cada vez más duro, y puestos por consiguiente en el forzoso dilema de la muerte ignominiosa ó la gloriosa muerte, persistieron en su obra redentora, y merced á la crueldad de sus enemigos, hicieron con su heroica pertinacia la Patria libre.

XII

MORILLO, después de haber gobernado seis me-

ses en Nueva Granada con una crueldad sin ejemplo, mil veces peor que la del antiguo Sultán de Constantinopla, partió para Venezuela el 16 de Noviembre del citado año de 16, dejándose por sucesor en el Gobierno á don Juan Sámano, caudillo irritable, bárbaro y soez, que acostumbraba escupir en la cara á las personas que lo contrariaban ó que de alguna manera le eran antipáticas.

El *Pacificador* tomó la vía de los llanos de Casanare y Barinas, resolviéndose á dejar á Bogotá en donde se acomodaba, sabedor de que, á consecuencia de la política de esterminio y rapiña de sus Tenientes en Venezuela, entre los cuales figuraba en primer término el infame Moxo, la guerra se había encendido de nuevo en la Isla de Margarita y en las vastas llanuras regadas por el Orinoco y el Apure; teniendo además noticia de que Bolívar, infatigable en sus propósitos, preparaba en Haití una nueva expedición que en breve debía arribar á la Costa-firme.

En cuanto á Enrile, pocos días después de la partida de MORILLO se dirigió á Cartagena y de allí á España, cargado con medio millón de pesos en oro, que le habían reportado sus latrocinios, y llevándose preciosos objetos del Museo y muchos documentos de gran precio de los Archivos y de la Biblioteca; entre ellos, varios trabajos sobre ciencias naturales de su víctima, el eminente Caldas, y un Pronuario de Legislación del jurisconsulto Torres.

Cuando el *Pacificador* pisó á Venezuela, á mediados de Enero de 1817, esta Capitanía no era, según sus propias palabras, “la misma que había dejado con fuerzas suficientes para mantener su integridad.” Margarita, al poder de sus armas, había expelido de su seno á los realistas; las provincias de Cumaná y Barcelona, y en gran parte las llanuras de Caracas, estaban perdidas para los españoles; entre el Arauca y el Apure obraba con buen éxito el benemérito General José Antonio Páez; y en Guayana se encontraba el ínclito Manuel Piar con una considerable Columna de tropas.

Debido, como queda dicho, á la conducta torpe, cínica y cruel que empleaba Moxo y algunos otros españoles europeos que habían quedado con el mando de la Capitanía durante la permanencia del *Pacificador* en la Nueva Granada, la guerra, de civil que había sido hasta entonces, se tornó en nacional, y los pueblos se levantaron en armas para refrenar la tiranía que sin tregua los saqueaba y asesinaba; no tan sólo por hacer recaer sobre los patriotas el peso de una tremenda venganza, sino en ocasiones hasta por mero ejercicio.

El 28 del mes próximamente citado, MORILLO se incorporó á Latorre en un lugar del Apure, denominado Paso del frío, con precisión al día siguiente de haber sido éste rechazado por Páez en el glorioso y sangriento encuentro de Mucuritas. Recio combate que dió á conocer á los españoles la mag-

nitud de los esfuerzos que tenían que hacer en adelante para vencer á los libres venezolanos.

En Paso del frío el *Pacificador*, no muy bien informado del estado en que se hallaban los patriotas, dictó su plan de campaña; del cual resultó que él debía dirigirse sobre la plaza de San Fernando, con el fin de barrer á los insurgentes de las llanuras de Caracas y de Calabozo, y que Latorre, bajando por el Apure y el Orinoco, debía caer sobre Guayana y apoderarse sin demora de Piar y de la provincia, que era fértil en recursos y una buena posición militar.

Desgraciadamente para el realismo, Latorre fué derrotado por Piar apenas hubo pisado la Guayana, en la cruenta cuanto espléndida jornada de San Félix, y MORILLO, al saber tal nueva, que le era inesperada, se encaminó á Chaparro, desistiendo de las operaciones que tenía entre manos, con el objeto de reunirse á Aldama; lo cual verificó el 13 de Mayo haciendo ambos una fuerza de seis mil hombres.

En esta situación varios partidos podía tomar el Jefe español, útiles á su causa, pero dando rienda suelta á sus rencores contra los margariteños, prefirió aceptar el menos conveniente. Es el caso que dividiendo su fuerza en dos partes, envió tres mil hombres sobre Barcelona, y con los tres mil restantes se dió á obrar sobre Margarita, en la esperanza de vencer á los bravos isleños, "en menos tiempo, decía, del que necesito para pensarlo."

El 17 de Julio desembarcó sin oposición alguna en el Puerto de Varales con sus veteranas tropas conducidas en veinte buques, en ocasión en que no contaban los independientes sino mil doscientos soldados mal armados, á órdenes del Gobernador de la isla, el ciudadano Francisco Esteban Gómez.

Gómez destacó de esta fuerza sobre MORILLO, cuatrocientos infantes y cincuenta jinetes, y estos briosos patriotas disputaron con sin igual valentía al Jefe español, palmo á palmo, el terreno en las alturas denominadas Inicas; obligándolo á permanecer por dos días en las playas del puerto.

Primera vez era ésta que peleaba el *Pacificador* en Venezuela, y desde entonces se hizo cargo, como experimentado militar, de las poderosas dificultades que tenía que vencer para llenar su cometido, si era que no sucumbía al titánico esfuerzo de los que con tanta razón luchaban por su libertad.

Pensaba ser fácil vencer y humillar á Margarita, y al primer encuentro nada más, se convenció de que era ardua tarea y de que tenía que proceder como táctico para llegar á un buen resultado. Merced, pues, á los muchos elementos de campaña de que podía disponer, tomó rumbo hacia el Sur de la isla y empezó á encerrarla en un círculo de hierro, pretendiendo apoderarse de la plaza de la Asunción, capital de la provincia.

En conocimiento los libres de este propósito del enemigo, se dirigieron hacia la citada plaza. Siendo

atacados allí el 31 del mes indicado; empezando el encuentro desde el alto de Matasiete, media legua hacia el Oeste de la población.

MORILLO, á pesar de su guerrera energía y del arrojo y pericia de sus tropas, no pudo tomar en este hecho de armas la Asunción, y después de once horas de sangriento combate, habiendo tenido muchos muertos y heridos, se vió obligado á retirarse al pueblo de Pampatar; variando allí su plan de ataque, persuadido de que no era por el lado que lo había pretendido que podía apoderarse de la plaza en referencia.

Así fué que, el 6 de Agosto, tomando otra dirección, marchó sobre el puerto de Juan Griego y lo ocupó el 8 en combinación con una Escuadrilla realista que había llegado á sus cercanías, no sin que hubiera quedado, como en Matasiete, bien puesto el honor de las armas republicanas, pues que los patriotas se mostraron en este nuevo encuentro más heróicos y dignos de su fama que nunca; pereciendo de cuatrocientos que resguardaban el puerto, doscientos setenta y cinco en el campo de batalla y setenta que fueron arcabuceados prisioneros!

Pronto, sin duda, iba á caer la Asunción, no sin que tuviera lugar otra cruenta y memorable jornada, en poder de los déspotas, más apenas se preparaba MORILLO para tomarla á sangre y fuego, tuvo fidedigna noticia de que Bolívar había entrado á Guayana con algunas tropas; debido á lo cual se

retiró el 10 de Juan Griego á Pampatar, desocupando la isla el 17 para no volver jamás á ella.

MORILLO, según era usanza en los caudillos españoles en todo tiempo, pero en especial cuando encontraban resistencia á sus miras, al retirarse de Margarita hizo, en desquite de su desgraciada campaña, unos tantos fusilamientos, y permitió que sus soldados cometieran toda serie de depredaciones, dejando en los isleños perpetuo recuerdo de aquellas escenas de horror que la historia refiere para eterno baldón de la tiranía.

XIII.

De Margarita se dirigió el *Pacificador* á Caracas, y habiendo oido hablar de la actividad, denuedo é inteligencia militar del Libertador, empezó á levantar más fuerzas de las que tenía y á enviarle divisiones á los puntos que juzgaba convenientes, para aniquilarlo en primera oportunidad.

Desgraciadamente para la causa de la Independencia, Bolívar no pudo obrar con la premura que deseaba sobre las provincias meridionales y con preferencia sobre Caracas, á consecuencia de los frecuentes disgustos que por rivalidades de gloria y de mando, tenían lugar entre algunos Jefes patriotas de alta graduación y no poca importancia, y en especial por la conducta observada por el indomable

cuanto desgraciado General Piar, quien creyéndose soberano absoluto de la naciente República, no gustaba de obedecer á nadie. Y estos contratiempos que entraron la acción del Ejército libre de Guayana, dieron lugar á MORILLO para hacer gran acopio de tropas y elementos de guerra en varios puntos, y entre ellos en las llanuras de Calabozo. Dictando por aquellos lados un plan general de campaña, "bien acertado y científico," según el concepto del Libertador, por el cual se mandaba obrar casi simultáneamente sobre todos los revolucionarios que militaban en el territorio venezolano.

Llega entre tanto el año de 1818, y á fines de Enero, Bolívar, libre yá de rencillas domésticas, pudo unirse á Páez en la plaza de San Fernando con dos mil hombres de excelentes tropas organizadas en Guayana, haciendo su Ejército y el del caudillo de Apure un total de mil quinientos hombres entre infantes y jinetes; con los cuales, sin pérdida de tiempo, se ejecutó un rápido movimiento sobre Calabozo, á tiempo en que el *Pacificador* no tenía consigo más de dos mil soldados, á consecuencia de las operaciones que se había visto forzado á practicar en desarrollo de su plan de campaña.

La fuerza de Páez, compuesta toda de aguerridos jinetes, atacó y destruyó el 12 de Febrero en el sitio denominado Misión de Abajo, una legua hacia el Sur de Calabozo, al Regimiento realista Húsares de Fernando VII, y MORILLO, á quien

causó gran sorpresa esta pérdida, se retiró á la población de Calabozo, reconociendo la superioridad de la caballería enemiga sobre sus infantes si se exponía á una batalla en la llanura.

Bolívar y Páez juzgaban que la pérdida del Jefe español era inevitable, bien permaneciera encerrado en la ciudad ó bien se moviese en cualquier dirección, pero éste que era, como hemos dicho, hombre de ingenio y de lances audaces en los momentos apurados, burlando la vigilancia de sus contrarios, que lo querían atraer á campo llano, hizo un movimiento instantáneo á fin de tomar la serranía que hacia el poniente dominaba la llanura de Calabozo; conseguido lo cual nada tenía que temer de los jinetes enemigos, pudiendo hacer obrar con buen éxito su infantería, que era de la de la expedición y por consiguiente superior á la patriota por ser más veterana y aguerrida.

Empero, á pesar de la actividad en la marcha de la fuerza realista, los republicanos le dieron alcance en la noche del 13 en el sitio de Uriosa; empuñándose allí un heroico combate de repliegue en el que los realistas, merced á hábiles movimientos, lograron al cabo tomar la serranía y ocupar el pueblo del Sombrero, en donde rechazaron el 15 á los libres causándoles grandes pérdidas.

MORILLO, según los historiadores venezolanos, en eminente peligro en esta ocasión, estuvo más espléndido que nunca: "Conservando una asombrosa

serenidad de ánimo, dice el Libertador en un documento oficial, sangre fría á toda prueba, y haciendo ejecutar sorprendentes evoluciones de retirada á sus tropas, á cuya cabeza se le veía soberbio, se burló de nuestros designios y logró salvarse, continuando su repliegue sobre Valencia, en donde se le unieron dos descansadas divisiones, quedando con tropas y pertrechos suficientes para una batalla formal.”

Desde los acontecimientos referidos se penetró más y más el *Pacificador* de la necesidad en que estaba de acabar cuanto antes con Bolívar, y sintiéndose fuerte con los auxilios que había recibido en Valencia, convirtiéndose de acometido en acometedor, se vino en persecución del Ejército independiente y lo batió por completo el 14, 16 y 17 de Mayo en la Cabrera, villa de Cura y la quebrada de Semen, respectivamente.

En esta última jornada, MORILLO se portó con el sorprendente denuedo que lo acompañó en Trafalgar; dirigió la batalla como un gran táctico; perdió de sus tropas cerca de mil quinientos hombres que quedaron sin vida en el campo, y recibió una herida de bala en el pecho que puso en peligro su existencia. Herida que preocupó mucho á los suyos, quienes inmutados con la penosa situación de su Jefe y entregados á socorrerle, dieron tiempo á que se salvaran Bolívar, Páez, otros Jefes y los pocos soldados libres que habían sobrevivido á la batalla.

Mas no porque el *Pacificador* hubiera salido personalmente mal librado en la acción de Semen, dejó por esto de continuar en sus operaciones militares. Hombre de inquebrantable voluntad, haciéndose trasladar en guando de poblado en poblado, según lo exigían las necesidades de la guerra, continuó obrando con sus Tenientes sobre los patriotas, y en especial con Latorre y Morales, en quienes tenía puesta toda su confianza; peleando el primero de éstos con Páez el 5 de Mayo en Cojedes con éxito desgraciado para los independientes, y derrotando el segundo el 20 al intrépido General Manuel Cedeño en la Laguna de los Patos.

Con estas pérdidas y otras de no poca significación, en que MORILLO no tuvo parte directa, se cierra la campaña de 1818 en Venezuela, quedando el despota español dueño del campo, casi de todo el país, pues que el Libertador se había visto precisado á regresar á Angostura con unos pocos brillantes Oficiales, de lo mejor entre los defensores de la Patria, y Páez al alto Apure en busca de nuevos soldados y recursos.

MORILLO, víctima de su mala salud, pasó en Caracas los últimos meses del año, ocupado en curarse; en fusilar á los patriotas que caían en sus manos y en hacer nuevos aprestos por si la lucha seguía, pues que la “creía terminada en favor del serenísimo Rey, su señor,” según lo expresó en el

mes de Noviembre en un Manifiesto dirigido á los habitantes de América.

Iluso! restablecidos en breve los patriotas, y entre ellos Páez, que yá tenía fuerzas relativamente considerables, y Bolívar, que bajaba al Orinoco con un ejército superior, en dirección á las llanuras de Apure, iba á recomenzar la guerra, que el *Pacificador* juzgaba concluida, y á la cual hubiera podido, tal vez, poner término, si como hemos dicho, emplea la clemencia y hace una mejor administración en el Gobierno del país.

XIV

El 16 de Enero de 1819, Bolívar y Páez se unieron en San Juan de Payara y formaron una fuerza de cuatro mil hombres, mitad de caballería y mitad de infantería, que el primero puso á disposición del segundo con las instrucciones del caso para la campaña. Luégo de esto, regresó el Libertador á Angostura en donde tenía otras preferentes atenciones, y en particular la reunión del Congreso de la República, que había convocado para el 15 de Febrero, con el fin de poner orden en el Gobierno liberal del país, sujetando la revolución á principios definitivos.

No bien tuvo MORILLO noticia de la unión del Ejército de Angostura con el de Apure, voló á incorporarse á Latorre que se hallaba cerca de San Fernando, y haciendo las fuerzas de estos Jefes un

total de seis mil hombres, marcharon por insistencia del *Pacificador*, en los primeros días de Febrero, sobre Páez; retirándose éste sobre el Arauca, al paso del Cuajaral en la llanura.

Frente en Cuajaral los realistas de los libres, el Jefe patriota continuó, poco á poco y presentando con su intrépida caballería continuas escaramuzas al enemigo, su retirada hacia el Orinoco, á donde lo siguieron sus contrarios desesperados de no poderlo obligar á combatir formalmente. Era el objeto de Páez, al practicar estos movimientos, cansar á los realistas en correrías por tierras despobladas y enfermizas, en las cuales tenían que consumirse sin utilidad alguna para su causa.

Por último, á mediados de Marzo, después de más de cuarenta días de marchas y contramarchas estériles, el *Pacificador*, habiendo tenido en su Ejército bajas considerables, regresó á Achaguas é hizo allí su cuartel general; poniéndose á poco bastante desconfiado y mohino al saber la reunión del Congreso de Angostura; la llegada de algunos cuerpos reglados extranjeros á la isla de Margarita; y la nueva incorporación del Libertador al Ejército comandado por Páez.

Debido á las bajas que había tenido en sus fuerzas, MORILLO, afortunado guerrero en su patria, que sufrió en las soledades de Apure grandes reveses y burlas para su orgullo, y merced, por otra parte, á los nuevos refuerzos traídos por Bolívar, se igua-

laron los Ejércitos beligerantes, en términos de hacer desear á los patriotas una batalla formal y decisiva.

Llevando á cabo los libres este pensamiento, se dirigieron á Achaguas, en cuyas cercanías, debido á la habilidad de MORILLO, tuvieron sus tropas de avanzada algunos encuentros felices, que obligaron á los patriotas á repasar el Arauca á donde los siguieron sus contrarios; confiados más que todo en la disciplina de ciertos cuerpos veteranos que habían venido de España, y que el *Pacificador* tenía siempre á su lado.

Fué por aquellos lados en donde tuvo lugar el 2 de Abril, el hecho sin segundo de las Queseras del medio, en el que los españoles perdieron muchos elementos de guerra y más de quinientos hombres hechos prisioneros sobre las aguas; viéndose obligados á pregonar las glorias de Páez, y más que todo, á volver la espalda al enemigo para dirigirse á Calabozo.

Este movimiento dió lugar á Bolívar á llevar á cabo su pensamiento de libertar la Nueva Granada; en cuyo propósito se movió para este país con una división de briosos soldados, quedando el León de Apure, como se llamaba al héroe de las Queseras, en Venezuela, al frente de los realistas, con instrucciones para entretenerlos hasta tanto que la fuerza invasora llenaba la patriótica misión que se había impuesto.

Tarde supo MORILLO la marcha del Libertador al Nuevo Reino, é inmediatamente que tuvo conocimiento de ella, dando á esta empresa la importancia merecida, dispuso que se moviera Latorre sobre Cúcuta, y envió fuerzas hacia el Oriente, dirigiéndose él á Tocuyo para atender desde allí á Mérida y Trujillo por un lado, á Barinas y Apure por el otro. Temía que saliendo bien Bolívar de su nueva aventurada expedición, invadiese en la hora menos pensada las dos primeras de aquellas provincias, y que Páez cargase con sus temibles jinetes sobre las llanuras de las segundas. Y así fué en efecto: el prodigioso caudillo de Apure siguiendo sus pasos al *Pacificador*, lo inquietó seriamente por mucho tiempo, mortificando de continuo su amor propio con atrevidos golpes de audacia y no dejándolo obrar como le convenía; en tanto que el Libertador, dando mayor gloria á sus armas, reconquistaba la Nueva Granada el 7 de Agosto en Boyacá, y enviaba refuerzos á su Patria nativa para acabar de combatir al realismo.

Apenas fué informado MORILLO de que Latorre, en su marcha hacia Cúcuta, había sido derrotado en las Cruces; de que en Boyacá había perdido el Virrey Sámano, su sucesor, lo mejor del Ejército realista de Nueva Granada; y sobre todo, de que la Convención de Angostura, á la que apellidaba "Gavilla de necios," había constituido un Gobierno que iba á tener el pláceme de los pueblos y hacía soli-

daria la Independencia en las americanas Colonias, comprendió que su poder estaba minado por entero y que tenía en adelante que hacer grandes esfuerzos para llenar su misión; en cuyo cometido había perdido en el año que estaba para terminar, gran parte de las conquistas que había logrado, debido nó á su falta de actividad y pericia, sino á la porfiada y enérgica entereza de los republicanos, quienes estaban resueltos á arrancar á la tiranía los derechos que ésta se empeñaba en negarles.

Para 1820, el *Pacificador*, cercado en Venezuela por infinidad de divisiones de libres comandadas por espléndidos Jefes, se propuso conservar una actitud defensiva, espectador inerme de los acontecimientos que se sucedían en aquel país y en el vecino. Para tal hombre, voluntarioso y engreído de su fortuna guerrera, qué de tormento estar encerrado por numerosas legiones en un círculo determinado, del cual no podía evadirse por de pronto sin gran peligro; viendo que á tiempo que sus armas se debilitaban las de sus contrarios iban en progreso continuo, pareciendo acelerar el final desenlace del drama sangriento que tanto hacía venía desolando á la América!

Penetrado al fin de que la Nueva Granada estaba salvada del feroz despotismo que le había impuesto en 1815, y convencido de que ya no encontraba en Venezuela partidarios para su causa, pues que los pueblos antes sumisos á la servidum-

bre empezaban á abrir los ojos y deseando variar de destino se afiliaban á sus libertadores, se dió á esperar nuevos refuerzos que debían venirle de la Península para continuar la campaña. Pero sucedió á la sazón, que habiéndose puesto en antagonismo las Cortes y el Rey de España y levantándose el pueblo contra su Soberano y en apoyo del Cuerpo Legislativo, éste viéndose sostenido por la opinión, resolvió que la pacificación de las Américas se sucediese por medios suaves en vez de emplear la fuerza, y en 11 de Abril recibió MORILLO en lugar de tropas, armas y dinero, órdenes terminantes para restablecer la paz en Venezuela y Nueva Granada por medio de una reconciliación general; jurando y publicando en estas Colonias la liberal Constitución de 1812, que Fernando VII había en mala hora desconocido.

El *Pacificador* se sintió con esta nueva, más mortificado que nunca, yá porque para él quedaba perdida toda esperanza de triunfo, y yá porque no juzgaba con las Cortes, que la revolución de América concluía con la concesión á sus habitantes de instituciones menos ofensivas para sus derechos que las que habían tenido hasta entonces. No obstante esto, mal de su agrado, se encaminó de Tocuyo á Caracas, y el 7 de Julio proclamó con bastante solemnidad el Código político de la Monarquía española.

Dado este paso, se dirigió oficialmente á los caudillos patriotas que tenía más cercanos y que lo

amenazaban de continuo, proponiéndoles un armisticio ó suspensión de hostilidades, mientras enviaba comisionados al Congreso y al Libertador, manifestándoles su deseo de acabar con la guerra por medio de un Tratado que asegurase la paz, bajo la égida de una reconciliación general.

En esta virtud, el Congreso, cuyas sesiones se habían suspendido poco há, fué convocado extraordinariamente para considerar el oficio en que MORILLO le anunciaba el envío de sus comisionados, y el 7 de Agosto contestó por medio de su Presidente: "Que deseoso de establecer la paz, vería con gusto todas las proposiciones que se le hicieran de parte del Gobierno español, siempre que tuvieran por base el reconocimiento de la Soberanía é Independencia de Colombia."

En cuanto á Bolívar, que tenía su cuartel en San Cristóbal, apenas supo que hacia allí se dirigían, á tiempo que tenía proyectado un viaje para el Magdalena, los comisionados del *Pacificador*, encomendó á dos de sus Jefes para que se entendieran con los emisarios realistas; rechazando éstos el 20 del mes citado, como inadmisibles, la propuesta que se les hizo de sometimiento constitucional de la nación á España. Era yá tiempo de dar á la América vida independiente y libre, y con el reconocimiento de un poder extranjero, cualquiera que él fuese, siempre quedaba el amo y subsistían las mismas cadenas.

Por las respuestas anotadas, vió MORILLO que la guerra iba á continuar, y como yá reconocía las ventajas del Ejército patriota sobre las fuerzas que él comandaba, y presenciaba además los progresos de la opinión en favor de la Independencia, comprendió, como experto que era, que debía envainar la espada y echarse por el camino de la diplomacia. Unico recurso que le quedaba para salvar su nombre de una derrota que le hubiera sido ignominiosa, y aun su cabeza del cadalso.

Ello es que á fuerza de maña se dió trazas de entenderse con el Libertador, reconociéndole todos sus títulos, lo mismo que á los demás Magistrados republicanos del orden militar y civil; y en el mes de Septiembre, habiendo regresado aquel grande hombre de su viaje al Magdalena, convino en entrar en el armisticio que anteriormente se le había propuesto, "siempre que se dieran á los ciudadanos de Colombia, gran nacionalidad creada por el Congreso de Angostura, las garantías y seguridades que tenían derecho de exigir."

Después de largas y multiplicadas conferencias entre los respectivos comisionados de Bolívar y de MORILLO, se firmó en Trujillo en la noche del 25 de Noviembre un Tratado, en el cual se convenía en suspender las hostilidades por seis meses, "prorrogables por el tiempo que se creyera necesario, siempre que espirado el término prescrito, no se hubiesen con-

cluido las negociaciones que debían establecerse para asegurar definitivamente la paz.”

Terminado este arreglo, el Jefe español envió á manifestar al Libertador, el deseo ardiente que lo animaba de tener con él una entrevista, á lo que éste accedió gustoso, dirigiéndose el 27 al pueblo de Santa Ana, en donde los dos caudillos se encontraron y trataron con marcada benevolencia; recibiendo Bolívar grandes pruebas de estimación de MORILLO, quien quiso se levantara un monumento en el punto preciso en donde se habían estrechado las manos, “que perpetuara la memoria del fausto día en que terminaba la guerra, ó al menos se regularizaba sujetándola á los principios que rigen las relaciones de los pueblos civilizados.”

El *Pacificador*, con el desencanto de sus frustradas esperanzas, habiéndose hecho el irrevocable propósito de regresar á su patria desde el mismo momento en que las Cortes españolas deseaban la paz de la América por el camino de una reconciliación en vez de la guerra, abandonó á Venezuela el 17 de Diciembre de 1820, con menos gloria de la que había traído á las Colonias, pero con mayor experiencia, superiores ambiciones y más dinero.

XV

No se dirigió MORILLO á la Península, como era de su deber, á dar cuenta de su conducta en el cometido

que se le había confiado: se encaminó directamente á Francia y estacionó en París, en donde se puso á hacer, así en los salones como en los diarios, mucho alarde de su campaña de América, asegurando al mundo europeo la sujeción de las Colonias al despótico poder de la Metrópoli; por cuya arrogancia y cinismo mereció en varias ocasiones de los republicanos franceses, ya en público y ya en privado, rudos ataques, á los cuales supo oponer esa gran presencia de ánimo que lo salvara en difíciles circunstancias, y que maestramente sabía emplear en los lances supremos.

Además, por aquel tiempo había llegado á su apojeo el malestar político de España, á consecuencia de querer el Rey Fernando, á pesar de sus juramentos, ejercer el poder absoluto, en contra de las Cortes que venían trabajando por sujetarlo al régimen constitucional; y á MORILLO, que variaba de opiniones según las circunstancias, no le parecía bien ir á su país sin estudiar antes de cerca las cuestiones que lo agitaban, para decidir de su conducta política de la manera más conveniente á sus propios intereses, que era lo que más podía preocuparlo.

Durante su permanencia en la capital de Francia, fué sondeado por los enemigos del régimen legal, que eran los partidarios del Rey, sobre sus disposiciones respecto al asunto que mantenía en perpetua exaltación los ánimos, y parece que se le contaba entre los adversarios de las Cortes; porque ¿cómo

suponerse que viniendo de hacer la guerra á los americanos, que combatían por su Independencia y la República, fuera defensor de los constitucionales de España, que luchaban contra las prerrogativas reales y deseaban en el Gobierno un sistema más liberal?

Su conducta al principio llena de astucia y de reticencias y luégo clara y terminante, no dejó al fin duda respecto de sus verdaderos sentimientos; mostrándose acérrimo enemigo de la libertad constitucional que amenazaba, si nó destruir la Monarquía, al menos minarla en sus cimientos y hacerla imposible para lo futuro como institución de derecho divino.

Resuelto, pues, á tomar partido en contra de las Cortes, se dirigió al fin á Madrid, y no bien hubo llegado allí, Fernando VII, que le profesaba su estimación y le tenía gran confianza, lo nombró Conde de Cartagena, y primer Jefe de sus fuerzas de defensa; contribuyendo á formarle una posición mucho más ventajosa de la que tenía, haciéndolo su Consejero y dándole validez en la Corte.

Fué entonces cuando se operó en el carácter de MORILLO una transformación radical. Nacido para los campamentos y habiendo alcanzado una buena posición militar, juzgó que el soldado debía echarse decididamente por el camino de la diplomacia y la política, así como el pastor se había lanzado con buena suerte en brazos de la milicia; y creyéndose

competente para la Magistratura civil aspiró, no sin ocurrir á la intriga, á que el Rey lo nombrara Ministro de Gobierno, pretendiendo dirigir los negocios de la Corona. Fortuna que no obtuvo, porque por aquel entonces el poder del Monarca español estaba limitado por la Constitución en vigencia, y las Cortes no le permitían al Soberano de la Nación extralimitar sus atribuciones, procediendo conforme á los dictados de su voluntad.

No era tampoco MORILLO capaz para asumir con acierto la dirección del Gobierno. Verdad es que tenía talentos naturales, pero carecía de la inteligencia del caso para el objeto, y ni era hábil, ni versado, ni práctico en los negocios ó asuntos de Estado; faltándole, además, la instrucción necesaria en materias de política.

Su Magistratura en Nueva Granada y Venezuela había sido desgraciadísima, pues que no comprendió que se pudiera mandar á los habitantes de estos países, sino tratándolos como esclavos, por el camino del terror; negándoles el derecho hasta á la luz que los alumbraba y al aire que respiraban. ¿Cómo pretender ser Ministro de Gobierno en España, careciendo de determinadas cualidades y condiciones indispensables, y especialmente en tiempo de crisis política en que se necesitaba para arreglar las cuestiones palpitantes que amenazaban desencadenar la guerra civil, más de científicos achaques de diplomacia, que de la fuerza bruta?

El 29 de Agosto de 1821, habiendo hecho atropellar bárbaramente al pueblo que se agrupaba pacífico delante del Palacio del Rey, en la Granja, demandando de su Soberano algunas medidas de interés público, fué acusado por las Cortes de este abuso injustificable, que costó más de cien vidas de ciudadanos útiles, y en el acto hizo dimisión del empleo que se le había confiado, de primer Jefe de las tropas reales; declarando que no volvería á tomar servicio mientras su conducta no fuera examinada por un Tribunal competente y se le declarara inocente.

En efecto, habiendo tenido lugar la información y proceso del caso, con el objeto de averiguar la parte de culpabilidad que MORILLO tuviera en el hecho escandaloso y criminal de que se trata, á pesar de que había sido él el autor de semejante atentado, encontró cómplices que lo justificaran y Magistrados venales que lo declararan víctima de la envidia, tratándolo de poner por encima de toda sospecha.

Más tarde, en la célebre jornada ocurrida en Madrid el 17 de Julio de 1822, entre las fuerzas constitucionales y las tropas reales, en extremo hábil para el disimulo, representó un papel hipócrita y ambiguo, conduciéndose de manera de quedar bien con ambos partidos mientras podía convencerse de qué lado venía la victoria.

Convencido al fin de que Fernando VII, si bien

lleno de ambición y de odio á la legalidad, no tenía la firmeza de alma suficiente para sostener sus pretensiones por la fuerza, le hizo traición y se pasó al partido de las Cortes, convirtiéndose en verdugo de sus amigos y copartidarios de la víspera.

Haciendo entonces vivas manifestaciones de adhesión á los constitucionales, logró que se le nombrara á principios de 1823, por el nuevo Gobierno provisional de la revolución, Comandante general de Galicia y las Asturias, y Jefe del cuarto Ejército de operaciones que debía obrar sobre la invasión francesa que enviaba á España Luis XVIII, con la mira de volver á Fernando de Borbón al goce del poder absoluto.

En el desempeño de este último cargo, MORILLO cometió grandes y graves faltas. Habiendo traicionado á su Rey, nada más natural que á su turno traicionara también al nuevo partido á que se había afiliado, y en vez de proceder con la actividad y el valor que acostumbraba, para rechazar á los franceses del territorio de Galicia de que se habían apoderado, paralizó los esfuerzos de las tropas que comandaba destituyó á los Jefes republicanos que estaban á sus órdenes, y no ensayó ni siquiera oponer resistencia á los enemigos extranjeros.

Decidido á abandonar la causa de las Cortes, prestó solapadamente sus servicios al Conde de Amarante, quien habiendo tratado de cambiar el régimen constitucional y proclamar el Gobierno abso-

luto, acababa de refugiarse en España huyendo de los constitucionales portugueses que lo habían derrotado y venían persiguiéndolo; dándole á la vez tiempo para que se reuniera con el Ejército francés.

Inutilizó igualmente las fuerzas que levantó Sir Robert Wilson, destinadas á poner en estado de defensa la Galicia y las Asturias, obligándolas á perderse en Coruña, á donde hubo de mandarlas en desempeño de una comisión en la que él sabía habían de sucumbir; y cuando supo que las Cortes habían suspendido definitivamente á Fernando VII del ejercicio de sus funciones, hizo gala de sus recientes opiniones políticas, manifestando claramente su improbación á este acto en las proclamas que dirigió al Ejército que comandaba.

Acosado por un insensato deseo de mando, perseguía á todo trance la victoria, en cuyas alas juzgaba llegar á la cima del poder que era su más ardiente aspiración.

Hombre, aunque astuto, de no muy clara visión política, sin fe en las grandes y generosas ideas y víctima de la más exagerada vanidad, creyó que volviendo la espalda al partido constitucional, que sin merecerlo lo había colmado de atenciones, conservaría bastante imperio sobre las facciones y bastante crédito en el Gobierno francés para ser el árbitro de la España, sojuzgando á su patria é imponiéndola la voluntad del soldado, que es la tiranía más oprobiosa de cuantas se pueden ejercer sobre los hombres.

Empero, víctima al fin de la sanción moral, siempre implacable y severa, no tardó en desengañarse, viendo burladas todas sus esperanzas. Así fué que, apenas hubo el Rey Fernando ocupado de nuevo el Trono, merced al auxilio extranjero, destituyó á MORILLO de todos los cargos que tenía; viéndose éste obligado, en Junio de 1824, á buscar un asilo en Francia, huyendo del desprecio, de las maldiciones y de las venganzas de sus conciudadanos.

Yendo de nuevo á París, se propuso llevar una vida regalada, lejos de las luchas de la política, y entregado á los goces que le proporcionaba la gran fortuna que adquirió en América, y que supo acrecentar en España con los bienes de las iglesias, que pusieron en subasta las Cortes durante el corto período del Gobierno provisional.

De 1826 á 1830, escribió en varios diarios, y dió á luz dos obras que no dejaron de llamar la atención pública: *Sus memorias sobre la campaña de América*, en las que hace justicia á los talentos y carácter del Libertador, á quien juzga un hombre de primera importancia como político y guerrero; y una *Táctica militar* fundada sobre los principios de Montecuculi, en la que demuestra, según los conocedores, gran erudición en asuntos de guerra.

De MORILLO, que murió en París el 17 de Marzo de 1837, tendrá que decir la historia, que si por una parte merece elogios por haberse formado á sí mismo á fuerza de perseverancia y de sacrificios, y más

aún, por el valor que lo distinguió siempre, es digno, por otra parte, del anatema y execración de la posteridad, por haber sido un militar sanguinario, un Magistrado voluntarioso y, en el último tercio de su vida, un mal ciudadano.

Hé aquí los rasgos característicos de la vida de aquel hombre que, por inescrutables designios de la Providencia, logró remontarse á una altura, desde la cual, obrando el bien, ha podido dejar para su nombre una fama honrosa é imperecedera, semejante á la de aquellos afortunados varones que, merced á los favores de la suerte, han sabido luchar por la justicia y los derechos de la humanidad; pero que entregado á la embriaguez de sus propias pasiones, en las cuales predominaba el principio del mal, no supo comprender que la ley de la conciencia es el honor, y que el espíritu humano en definitiva, "sólo tiene verdadera admiración para la Virtud," que á pesar de los errores y extravíos de los hombres, siempre regirá los destinos del mundo, "porque nada hay debajo de los vastos cielos, que no obedezca á una soberana ley de equilibrio, que permite la vida á cuanto existe, fundando la universal armonía."

MIGUEL DE LATORRE.

I

En las primitivas sociedades la idea del *Destino*, base de la teogonía de los griegos, era superior á todas las ideas morales y religiosas inventadas por los filósofos y los poetas, para dar más amplios horizontes á la inteligencia humana. El hombre á pesar de ser un sér racional, inteligente y libre, si bien tenía conforme al principio pagano, racionalidad y entendimiento para pensar en el fuero interno lo que más conviniera á su propio bien y felicidad, no era un sér que podía, en virtud de la misma libertad que se le había concedido, elegir entre el bien y el mal, labrando con sus propias determinaciones la suerte á que debía someterse. El *Destino* inflexible, como á la humanidad, enseñaba á cada individuo su lecho de rosas ó de espinas, el rumbo que debía seguir en su peregrinación por la tierra; sin que nada ni nadie pudiera variar el encadenamiento de los sucesos á cuyo influjo estaba irremisiblemente sujeto el hombre. Antes, pues, de venir al mundo, según las creencias paganas, cada cual tenía ya marcada su fortuna, y ni la virtud, ni la moral, ni la ciencia, ni el genio, podían apartar de su cabeza los bienes ó males que habían de favorecerle ó de su-

cumbirlo, toda vez que nada dependía de la voluntad humana, desde luégo que el *Destino*, superior á todas las deidades inventadas por la religión, determinaba en su excelsa sabiduría no tan sólo el porvenir de los mortales, sino también la suerte de los dioses.

El Cristianismo, elevado é ideal en todas sus manifestaciones, sustituyó á esta creencia inflexible, la consoladora de la Providencia y del libre albedrío, en razón de la cual cada uno es según sus obras; mereciendo, de acuerdo con el mérito y demérito de su conducta, la recompensa ó el castigo; quedando así vencido con esta nueva y trascendental doctrina el fatalismo de los antiguos.

Mas no obstante el ideal cristiano, que sin duda ha civilizado al hombre obligándolo á proceder dentro de las leyes de la moralidad, con cuyo cumplimiento adquiere la perfección que le es debida, sucede con frecuencia que la pena y la recompensa rara vez están en relación con nuestras faltas y nuestras virtudes, pues que de continuo miramos despreciado y envilecido el buen proceder, y enaltecidas las malas acciones y en ocasiones el crimen mismo.

Diráse que esto depende de una mala dirección del elemento intelectual de la humanidad; mas sea de ello lo que fuere, prescindiendo de la vida de ultra-tumba, en la que la suprema justicia otorgará á cada uno lo que le corresponda según sus obras,

tentado está el pensador á creer que ante el juicio siempre apasionado de los hombres, el fatalismo griego tenía su razón de ser, y con tanto mayor certidumbre, cuanto que nadie puede prever lo que será de él una hora después de la presente, y que en las misteriosas evoluciones de la vida, ninguno sabe dó está ni para dónde va; tropezando siempre con un porvenir contrario á aquel que le forjaran sus esperanzas.

En el Mariscal don MIGUEL DE LATORRE encontramos la corroboración de este aserto. Nadie tan recto de corazón y de espíritu, ni con tantas condiciones naturales para ser feliz, ni en nadie se cebó tanto la injusticia como en este hombre, digno de la posteridad.

Nació rico, y los acontecimientos no le permitieron disfrutar de su fortuna;

Fué benévolo, y la sociedad tuvo en poco su clemencia;

Era sumiso al cumplimiento del deber, y la lealtad contribuyó á labrarle su pérdida;

Amó á su patria y la sirvió con decisión, y el Gobierno de su patria permitió que se le calumniara; lo decepcionó de la vida y puso sobre sus hombros la cruz del sufrimiento;

Era digno por su carácter, su actividad, sus hechos, su talento y su ciencia, de un puesto en la Historia, y la Historia, si bien ha recogido su nombre,

no tiene las merecidas alabanzas para su mérito ni para sus hazañas.

Esto quiere decir que vino al mundo como se dice comunmente, "con mala ó contraria estrella," y que el *Destino* implacable hizo de él, que tanto merecía, una víctima.

II

Don MIGUEL DE LATORRE nació en Teruel, población de España, en el mes de Octubre de 1780.

Era hijo de don Tomás de la Cruz Latorre, hombre de preclara alcurnia y de honrosísimos precedentes, que sirvió por muchos años al movimiento intelectual de su patria en el profesorado de medicina de la Universidad de Valladolid.

Su madre, heredera de los antiguos Condes de Montañeres, pertenecía asimismo á la nobleza, y aportó á su matrimonio muchos y valiosos bienes de fortuna, que le proporcionaban una renta más que suficiente para atender á los cuantiosos gastos que exigía la posición de una familia aristocrática, relacionada con lo más distinguido entre la sociedad de su tiempo.

A los diez y seis años de edad, LATORRE tuvo la desgracia de perder á su padre, y su madre, deseando que el joven continuara recibiendo la esmerada educación en que se le había iniciado, lo mandó al Instituto universitario de Zaragoza, que era por

entonces el mejor plantel de enseñanza científica superior que existía en España; de moda en la Península para los hijos de los nobles, como lo fueron más tarde los de Madrid y Salamanca.

Durante los años de 1796 á 1804, por ocho años consecutivos, LATORRE estudió, con éxito poco común, Ciencias políticas, Filosofía y Literatura, formándose una ventajosa posición intelectual, que unida á su fortuna material y á los títulos de nobleza de los autores de sus días, le presagiaban un puesto respetable entre la primera sociedad, y un porvenir feliz.

Cuando en 1804 puso su grado de doctor en Filosofía, por sus conocimientos en la historia de la ciencia, sus elevadas y trascendentales ideas y un manuscrito que presentó, intitulado *Disertaciones sobre los libros de Aristóteles*, el Consejo universitario de Zaragoza hubo de otorgarle la *Medalla de honor y gloria*, que el Rey Carlos III, amante de las letras, había instituído con el fin de premiar á los cursantes de los Institutos científicos que más se distinguieran por su aprovechamiento y talentos.

Deseando complementar su educación con las lecciones objetivas que proporcionan los viajes por el mundo culto, de principios de 1805 á fines de 1806, visitó la Italia, la Prusia y la Francia, reportando de estos viajes grandes ventajas; pues que sobre ser versado en lenguas tenía un espíritu suspicaz y observador.

De regreso á España, pensando dedicarse á la carrera literaria, para lo cual contaba con ciencia y con genio, tradujo del latín, en magníficos versos, y dió á la estampa, *Las Heroidas de Ovidio*, obra que le mereció el aplauso de escritores sobresalientes, como poco después obtuvo entusiasta acogida su libro, *El poder morisco*, en el cual rinde su tributo de justicia á los progenitores de su raza y verdaderos benefactores de la nación española.

LATORRE hubiera alcanzado por el camino de las letras triunfos de no poca importancia para su nombre, dándose una posición en la historia entre los verdaderos servidores de la humanidad; entre esos hombres bienaventurados que, formando la magnífica legión de los pensadores, contribuyen á ilustrar los siglos y á hacer el honor de la especie; pero desgraciadamente un acontecimiento político que minaba el porvenir de su patria presagiándola la pérdida de su soberanía é independencia, lo hizo variar de carrera, señalándole un puesto entre los defensores del derecho, el cual no podía eludir sin ver humillado su nombre con la humillación que se trataba de imponer á su país.

III

Entre los grandes y poderosos sentimientos que dominan el corazón del hombre, ninguno más dominante que aquel que nos despierta el suelo en donde

hemos nacido, en el que hemos formado nuestra sangre, nuestra educación y nuestros hábitos.

Este sentimiento que no se localiza precisamente al determinado lugar en donde venimos á la vida, sino que se extiende hasta los límites de la nación á que pertenecemos, es lo que se llama amor patrio; afecto vivo y puro de nuestra alma, que nos obliga, con una abnegación sublime, á los más grandes sacrificios: renunciando de todo, hasta de la familia y de la propia existencia, en beneficio de la nacionalidad á que nos han atado el nacimiento y la ley civil.

Grande ó pequeña la patria, y bien seamos felices ó desgraciados en ella, siempre la seguimos con ardiente entusiasmo, haciendo nuestros sus progresos, sus errores, sus faltas y hasta sus crímenes; pues que considerándola como nuestra madre común, la juzgamos parte de nuestra naturaleza física, intelectual y moral, creyéndonos, por tanto, obligados á tributarle los homenajes que la gratitud rinde á quien ha contribuido á desarrollar nuestro sér y formado nuestro carácter.

De aquí la razón por la cual el patriotismo, sentimiento innato de acendrado y eterno cariño, que llevan en su pecho los buenos patricios, los leales patriotas, haya hecho ejecutar á los hombres de todos los tiempos y de todos los pueblos tan nobles y levantadas acciones; poniendo á los humildes de corazón y de espíritu á la altura de los héroes, y

dando á éstos proporciones tales, que más que séres reales parecen ilusiones forjadas por nuestra imaginación entusiasta.

Y, cosa singular, cuando el patriotismo toma en nosotros mayores dimensiones, es cuando la patria se vé ultrajada por la supeditación de un poder extraño, en sus ideas, en sus glorias, en sus tradiciones, en su historia ó en su orgullo; entonces al tratarse de defender el suelo en donde están todas nuestras afecciones y recuerdos, cada cual, elevado á la indignación, invoca como los antiguos espartanos á los dioses guerreros para que le presten su valor indomable, y lucha contra el enemigo exterior hasta el sacrificio, abandonándolo todo: riquezas, sosiego, hogar, esperanzas para lo futuro, vivas y fecundas simpatías del alma y placeres presentes.

Tal fué lo que aconteció á LATORRE. Napoleón, ese gran tirano de las naciones, que en sus desmedida ambición pretendía la Monarquía universal, después del Tratado de Tilsit, á que dió lugar la victoria que obtuvo en Jena sobre la Prusia, y la de Friedland sobre los rusos, deseando sujetar el mundo á su voluntad, dirigió sus miradas á la Península ibérica, y ocupando el Portugal con un numeroso Ejército, sentó en el trono de San Fernando á su hermano José Bonaparte, al mismo tiempo en que, lanzando sobre toda la España cien mil franceses á órdenes del intrépido Murat, con el título de Ge-

neralísimo, hacía abdicar la corona al pusilánime Carlos IV, "hombre que no supo ser buen Rey, ni buen esposo, ni buen padre, ni siquiera buen ciudadano," en favor de su hijo el Príncipe de las Asturias.

El pueblo español, indignado por semejantes atentados, esperaba de sus Soberanos y de los validos de éstos, actos de vitalidad que salvaran el honor de la nación; pero tales mandatarios, tristes juguetes del héroe glorioso de las Pirámides, pasando el tiempo en desgraciadas combinaciones, se vieron al fin sujetos á rudo cautiverio en Valencey y Compiègne, después de haber renunciado el derecho que tenían al Gobierno del país.

Al pueblo no le quedó entonces otro recurso que ponerse en armas, para ver de salvar su Independencia, estallando el 2 de Marzo de 1808, entre otros pronunciamientos, el heroico y temerario de Madrid, en donde los amotinados fueron duramente tratados por las fuerzas de Murat, que mataron bárbaramente en las calles y las casas á más de mil doscientos ciudadanos, víctimas de su amor patrio y de su derecho.

No obstante el desgraciado resultado de este acontecimiento, él agitó toda la Península, de Norte á Mediodía y de Oriente á Poniente, con la rapidez y la fuerza de una conmoción eléctrica. Así fué que, en todas las provincias estalló la insurrección; reuniéndose por doquiera soldados para resistir á los

invasores, y Juntas patrióticas para ver de dar un acertado movimiento á la revolución.

Audaz parecía la empresa que el patriotismo iba á acometer, desde luégo que aquellos soldados que venían á conquistar la España, habían domado el orgullo y humillado la independenciam de las naciones que más consideración gozaban en Europa por su poder y organización militar; y la Península, por su parte, no había estado jamás tan enervada y tan poco preparada para un gran esfuerzo como el que tenía que obrar para salvarse de la dominación en que iba pronto á caer. Sin embargo, el entusiasmo popular, sin pararse á medir las dificultades, quiso recibir con el hierro en la mano á los conquistadores, y probó al mundo que la constancia del corazón, sostenida por la idea y la justicia, es superior al fin de la fuerza.

LATORRE se encontraba el 2 de Marzo en Madrid, y conocedor de los desastrosos acontecimientos de aquel día, sintió humillada su dignidad y resolvió entregarse sin reserva alguna á su patria. Los hechos que antes se habían cumplido venían despertando su patriotismo, y sólo esperaba un nuevo atentado para saltar á la arena revolucionaria, dando á la causa de la nación sus esfuerzos, su fortuna y su sangre.

El suceso que hemos referido era el nuevo golpe que necesitaba, y al tener lugar, sintió sed de venganza, y trasformado en un nuevo Viriato, capaz

de toda empresa por difícil y arriesgada que fuese, se lanzó en la guerra resuelto á triunfar ó á morir.

IV

Dispuesto, pues, á servir á la Independencia y libertad de su país, pensó en el teatro que debía elegir para ponerse en actividad, y acordándose probablemente de que era en Zaragoza donde había cultivado su espíritu y en donde podía encontrar amigos de la infancia, que, patriotas como él, lo acompañaran al sacrificio, se dirigió á aquella heroica ciudad y dió comienzo á su tarea por formar el entusiasmo de los zaragozanos; quienes estuvieron en breve dispuestos á no permitir que los franceses ocuparan la población.

El 2 de Junio del año anotado, salió de Pamplona una división invasora con el objeto de penetrar en Zaragoza, y sus habitantes, yá organizados en legiones y decididos á cumplir su deber, dirigidos entre otros caudillos por Palafox y LATORRE, caballeros fuertes y valerosos pero ignorantes hasta entonces en asuntos de guerra, salieron al encuentro de sus enemigos, pensando en que les era fácil arrollar en campo raso á las veteranas tropas que en cien batallas habían demostrado su pericia y denuedo; siendo rechazados en Tudela el 14, después de una acción larga y sangrienta y obligados á replegarse á la ciudad.

El General Lefèvre se presentó al siguiente día, 15, frente de Zaragoza, jurando que entraría en ella "á pesar de los quince mil idiotas que se le opondrían."

Los zaragozanos, sin obras de fortificación, sin gruesa artillería y sin ninguno de los poderosos medios de ataque y de defensa que la ciencia de la guerra ponía en manos de sus adversarios, resistieron heroicos los incesantes asaltos, que con su acreditado valor, y dirigidos por Jefes de conocido desempeño, intentaron contra la ciudad las tropas sitiadoras.

El día 4 de Agosto, después de haber arrojado el cañón francés la destrucción y la muerte por la desolada población en el espacio de cuarenta días, los franceses lanzaron sobre ella sus columnas de ataque, decididos á perecer ó á penetrar en el recinto de la plaza.

No decayó por esto el valor de los defensores, quienes perdieron en un furibundo y horrible ataque de siete horas, varios edificios importantes y entre ellos el Convento del Carmen, en donde LATORRE, que se portó con admirable denuedo, tuvo su primer bautizo de sangre, recibiendo en el cuello una herida de sable, y quedando en poder del enemigo.

El día 9 del mismo mes, desesperados los franceses de no poder vencer á los sitiados, Lefèvre propuso á Palafox que era el primer Jefe de la defensa,

varias capitulaciones que fueron rechazadas á pesar de ser ventajosas para los españoles, y el 12 el General francés manifestó sériamente á LATORRE, dice el historiador Toreno, que sería fusilado en compañía de los demás prisioneros importantes que tenía en su poder, si no hacía esfuerzos con sus demás compañeros en el sentido de que la ciudad se rindiese, á lo que éste hubo de contestarle: "Zaragoza no se rendirá hasta que no muera el último de sus soldados. Entre mi vida y el honor de la patria, sálvese siquiera el honor de la patria y que yo perezca."

Lefèvre, admirado del valor de LATORRE, y más que todo, de la energía y elevación de su carácter, le dió la libertad en el acto: volviendo aquel paladín á donde estaban los suyos á continuar la obra empezada, á pesar de su mala situación física.

En la noche del 13 al 14, se retiró el Ejército sitiador quedando los zaragozanos dueños del campo, si bien convertidos en ruina los más importantes y hermosos edificios de la ciudad.

Poco duró en paz Zaragoza. Plaza codiciada por los franceses, volvió á ser acometida el 21 de Diciembre por el General Moncey, con diez y seis mil infantes y dos mil jinetes; estando la defensa, por segunda vez, á cargo de LATORRE y de Palafox.

Moncey juzgó que un ataque brusco lo haría dueño de la ciudad, y al efecto dividió sus tropas en siete Columnas que hizo precipitar á paso de carga sobre las baterías enemigas; viéndose los acome-

tedores rechazados con gravísimas pérdidas después de haber llegado á las bocas de los cañones.

El ningún éxito de los asaltos á viva fuerza enseñó en esta vez á los franceses, como en otro tiempo á los romanos ante Numancia, que si habían de rendir á Zaragoza no sería seguramente con la bayoneta sino con el zapapico y el mortero, y en este convencimiento empezaron á prepararse convenientemente, haciendo trincheras para poder dar cargas de metralla.

El 10 de Enero de 1809 empezaron las baterías á lanzar bombas y granadas sobre la ciudad, dirigiéndose el ataque por el Mariscal Lannes, militar tan sabio como valiente y uno de los predilectos de Napoleón; mas á los sitiados no los intimidaba ni la metralla, á pesar de los estragos que les causaba, ni las minas enemigas; sosteniendo intrépidos los vigorosos ataques que se les dirigían.

LATORRE, intrépido como Bayardo, verificando salidas arrollaba al enemigo con impetuosas cargas que lo hicieron célebre, considerándosele como el más esforzado atleta de aquellas jornadas horrendas y en extremo trágicas, en las que los españoles probaron gran altivez y el ser dignos de llevar en sus venas la sangre de los romanos, sus primitivos conquistadores.

El hombre es primeramente espíritu, y como espíritu, sólo tiene un soberano, la razón; sólo un juez, la conciencia; sólo un Código, la moral. De

manera que al tratar de imponérsele la ignominia de la servidumbre, se levanta audaz sobre el potro de sus tormentos, reclamando su derecho, que es una ley tan real y tan armoniosa como la ley que sostiene con su atracción los orbes. Es del seno de estas campañas en las que se lucha por una idea, de donde nacen los héroes que hacen la gloria de los pueblos; y en donde los pueblos, á costa de inmensos sacrificios, se educan para la libertad, que no es otra cosa que el imperio de la razón en la conciencia humana.

Lannes, conmovido del espectáculo que presentaba Zaragoza, diezmada por la metralla y la peste, envió un parlamentario á Palafox y á LATORRE, proponiéndoles que se rindieran, bajo bases honoríficas y humanitarias, y al oír aquellos dos Jefes las propuestas del emisario francés, LATORRE tomó una hoja de papel y escribió la siguiente respuesta:

“ Enero 24 de 1809. Al gran Mariscal Lannes.

“ Zaragoza no se rinde; luchará hasta morir, es su deber.

“ PALAFOX—LATORRE.”

El 26, después de un terrible bombardeo, se lanzaron al asalto catorce mil soldados que quedaban vivos. Al incendio causado por los proyectiles, se unieron las explosiones de las minas! Las casas se hundían bajo los pies de los defensores; las humeantes ruinas eran tomadas y perdidas alternativamente, y en medio de tantos indescritibles ho-

rrores, aumentados por el hambre y la epidemia, el valor de los sitiados no se daba por vencido; rindiendo los sitiadores extranjeros un tributo de admiración á aquellos hombres estenuados y cadavéricos que, sostenidos por sus creencias y su patriotismo, sabían morir sin aceptar capitulación.

El 28, habiendo caído gravemente enfermo Palafox, hallándose heridos y muertos casi todos los Jefes españoles, y teniendo la ciudad cerca de nueve mil cadáveres insepultos, Lannes ocupó á Zaragoza; retirándose LATORRE de la plaza con unos pocos compañeros antes que rendirse al enemigo.

De Zaragoza se dirigió aquel formidable campeón á Gerona; población que como todas las principales de España, se había puesto en armas con viril entusiasmo, en defensa de la patria. Era Gobernador de la ciudad don Mariano Alvarez de Castro, abogado distinguido y hombre de resuelto y valeroso corazón.

Al ofrecerle LATORRE á Alvarez de Castro sus servicios, tuvo lugar entre los dos, según el historiador, don Juan de la Cortada, el siguiente diálogo:

—Con quién hablo?

—Con MIGUEL DE LATORRE.

—De dónde?

—De Teruel.

—Ha sido usted militar?

—No señor.

—Ha combatido usted alguna vez?

—Sí señor.

—Cuándo?

—Al lado y como segundo de Palafox.

—De Palafox!!!

—En los dos sitios que el Ejército francés puso á Zaragoza.

—Basta. Queda usted nombrado General de las fuerzas de Gerona.

El 6 de Mayo se presentó á la vista de Gerona un formidable Ejército francés, al mando del General en Jefe Saint-Cir; quien después de haber formalizado el sitio de la ciudad, dirigió principalmente sus ataques contra el castillo de Mant-juch, que era la posición más fuerte de los sitiados.

Combatido el castillo por el fuego continuo de veinte baterías, se sostuvo, sin embargo, merced á la pericia é intrepidez de LATORRE, hasta el 20 de Agosto siguiente, en que la guarnición que sobrevivía á una mortandad de una de las dos terceras partes, se retiró á la plaza, dejando al enemigo los escombros del edificio.

Tomado el castillo, creyeron los invasores que bastaba otro esfuerzo para hacerse dueños de toda la ciudad, pero á pesar de continuos y resueltos ataques, en los que los franceses perdieron cinco mil hombres, ésta no fué tomada hasta el 11 de Diciembre, merced á haberla evacuado sus defensores, quienes, reducidos á una cuarta parte, tuvieron que abandonarla por escasez de elementos.

Como en Zaragoza, el 15 de Octubre, propuso el Jefe francés rendición á los de Gerona por medio de un parlamentario, á lo cual contestaron Alvarez de Castro y LATORRE:

“Decid á vuestro Jefe, que no queriendo nosotros tener trato ni comunicación con los enemigos de la patria, recibiremos en adelante sus emisarios á balazos.”

Después de Gerona, LATORRE, no pudiendo resistir en rasa campaña á las legiones francesas, continuó su oposición á la dominación extranjera, haciendo la guerra como guerrillero, hasta el 24 de Septiembre de 1810, en que dejó la espada para ocupar una curul en las Cortes que se reunieron en la isla de León.

En aquella Asamblea que tenía por objeto dar unidad á la revolución, convirtiendo en un sólo respetable Cuerpo las muchas Juntas populares que se habían levantado para la defensa de la nación, después de la vergonzosa abdicación de Carlos IV y de Fernando VII, aun cuando LATORRE contribuyó á declarar nula, como era lo natural, la cesión que el último de estos dos Monarcas había hecho de la corona á Napoleón, no quiso proclamarlo ni jurarlo, en virtud de su débil conducta, como legítimo Rey de la Península; votando al mismo tiempo el principio de la soberanía nacional, que daba una nueva forma á la política que se alzó tras la caída del Trono, echando una nueva base al sistema de reformas y

mudanzas que desde entonces ha mantenido en agitación á la España.

V

Terminadas las primeras sesiones de las Cortes, las cuales declararon á LATORRE, entre otros caudillos, *Benemérito de la Patria*, por su heroico comportamiento en Zaragoza y Gerona; se incorporó en Torres-Vedras, por orden del General Castaños, Duque de Bailén, en el Ejército de Lord Wellington; peleando con heroísmo incomparable en aquel lugar, en los días 12 y 15 de Marzo de 1811, contra las fuerzas del Mariscal Ney.

Retirado Ney de Torres-Vedras, le cupo el honor de ser elegido por Wellington para picar la retaguardia al Ejército francés hasta llegar á Almeida, poniendo sitio á esta plaza, que hacía un año estaba en poder de Massena, á quien obligó después de varios reñidos encuentros á abandonar la ciudad.

El 17 de Julio de 1812, mandaba la derecha del Ejército aliado en la famosa y cruenta batalla de Salamanca, que dió por resultado la retirada del Duque Ragusa hacia las orillas del Duero, y en esta jornada en que recibió otra herida de sable en la cabeza, fué considerado en la *Orden general del día* como uno de los más expertos, intrépidos y sufridos entre los Jefes vencedores; concediéndosele el título de Mariscal.

Perseguido Ragusa, tuvo lugar entre sus tropas y las contrarias, una serie de operaciones de marchas y contramarchas que concluyeron con la batalla de Arapiles, en la que LATORRE hizo honor más que nunca á sus presillas y á sus títulos; dando á Wellington una victoria fecunda en buenas consecuencias para la Independencia de España, que le valió al Jefe inglés el título de Marqués y un regalo nacional de cien mil libras esterlinas.

Sirviendo siempre al lado de aquel notable hombre, que lo distinguía entre los Jefes españoles, por sus hazañas, inteligencia, subordinación y valor cada vez más heróico, lo acompañó en 1813 hacia las fronteras francesas, encontrándose en la gran batalla de la Vittoria, que, como hemos dicho en otra parte, puso fin á la dominación francesa en España.

Fué en esta memorable jornada en la que Morillo, como testigo ocular, se dió cuenta del genio guerrero, intrepidez é hidalguía de LATORRE, á quien desde entonces, probablemente, por esa especie de rivalidad, siempre insensata, que los talentos comunes tienen á los talentos superiores, hubo de tributarle aborrecimiento.

Zaragoza, Gerona, Torres-Vedras, Almeida, Salamanca, Arapiles y la Vittoria, ocho grandes batallas y seis años consecutivos de operaciones militares, dieron á LATORRE una posición en la milicia, tal vez superior á la que tenía como hompre intelec-

tual y pensador en el mundo de las letras; posición que supo conservar siempre, pues que á pesar de su desgraciada campaña de América, jamás desmintió su valor indomable, ni otras condiciones que lo distinguieron como guerrero.

VI

Libre España del enemigo extranjero y vuelto al Trono Fernando VII, fué su primer pensamiento, como se sabe, la pacificación de las Colonias.

Nombrado Morillo Supremo Director de esta difícil cuanto arriesgada empresa, forzoso era designar quien lo sostituyera en caso de muerte, y al mismo tiempo quien lo ayudara en los penosos y multiplicados trabajos que había de exigirle su posición. El Rey y la Corte tenían, sin duda, muy alta idea del carácter de este hombre y de sus talentos militares, pero por más ventajoso que fuera el concepto con que lo favorecieran, no era posible creer que lo considerasen capaz para dirigir por sí sólo la política con la misma habilidad que lo podía hacer con la guerra, y con tanto mayor razón, cuanto que había pasado toda su vida en los campamentos, si bien consagrado á estudios concernientes á su profesión, sin pensar nunca en el modo como podía constituirse un Estado, cualquiera que fuera su Gobierno,

ni en los principios tutelares que consagran la sociedad civil.

Además, en España no se sabía el positivo estado de las Colonias después de una guerra á muerte de cinco años; teniéndose en poco á los Jefes que las gobernaban, desde luégo que no habían podido en tanto tiempo acabar con una revolución cuyos autores, suponían las pasiones políticas, faltas siempre de un criterio recto y de cordura, eran un puñado de bochincheros sin valimiento alguno; juzgándose, por otro parte, que el principal trabajo que debía acometerse en los pueblos de América, no era tanto el de sujetar á los rebeldes á la obediencia, "lo cual se conseguiría como en los tiempos de la conquista, á la simple vista de las tropas reales," sino el concerniente á la reorganización administrativa de las Colonias, mal dirigidas y peor gobernadas.

Por si la insurrección seguía, venía, pues, Morillo, á quien se confiaba la dirección de la guerra; por si había que reconstituir fundamentalmente los dominios americanos de la Península, se mandaba á LATORRE, que era la idea y la ciencia.

Este al principio rehusó aceptar el puesto que se le asignaba en la expedición, como había rehusado poco antes el nombramiento de Virrey del Perú; pero fueron tantas y tales las instancias que se le hicieron, y especialmente por Wellington, para que acompañase á Morillo, que al fin tuvo la debilidad

de aceptar una misión que, encargada á él exclusivamente, hubiera desempeñado con acierto, pero que acompañado del titulado *Pacificador* y del pérfido Enrile, había de reportarle continuos y grandes sinsabores.

Verdad es que por entonces aquellos dos hombres gozaban de buena fama por su conducta pública y los servicios bien acentuados que habían prestado á la causa de la Independencia de su patria; pero LATORRE, superior en todo á ambos, meritorio bajo infinidad de conceptos y de mejor carácter, no ha debido consentir jamás en ser compañero de semejantes personajes: ambiciosos, ensimismados, avaros, crueles é ingobernables; y mucho menos si como hombre de genio se penetrara de que la hora de la libertad, que como todas nuestras facultades se desenvuelve con los progresos de la humanidad, se acercaba por designios de la Providencia, que se manifiesta con más brillantez en las revoluciones que cambian la faz del mundo, para los pueblos de América.

Creer, por otra parte, que la revolución de la Independencia no era otra cosa que un bochinche sin otros resultados para los patriotas que el de acabar de apretarse las cadenas que los subyugaban, era un mal cálculo. Cuando Dios lanza al mundo hombres como Bolívar, es para trazar á los pueblos el camino que deben seguir, marcando con el sello de su genio una nueva éra, para realizar en pocos años

el trabajo de varios siglos. Felices las naciones que los comprenden y los siguen! ¡Ay de los hombres que los desconocen y los combaten, porque no saben la impotencia de sus esfuerzos en tratar de suspender el triunfo definitivo del bien, y no hacen más que retrasar por algún tiempo el progreso, dificultando su inmediata y fecunda aplicación!

Insistimos en ello, LATORRE, hombre de sentimientos liberales, no ha debido prestarse á ser instrumento de los déspotas; los cuales tendrían demasiadas ventajas sobre la verdad, si no se les juzgara, como se hizo con el denodado y arrepentido Carlos V, más que por el ruido de su nombre ó el deslumbramiento de su gloria; y menos, lo repetimos, ha debido aquel gran ciudadano hacerse con un caudillo que, como Morillo, era tan sólo el representante de la fuerza bruta, que humilla y esclaviza.

Y ya que hemos hecho el retrato moral del *Pacificador*, bueno es que, siguiendo nuestro propósito, demos el del héroe que nos ocupa.

VII

Era LATORRE de alta estatura y proporcionado en sus formas.

Tenía la cabeza pequeña; el pelo castaño y rizo; los ojos rasgados, vivísimos y muy móviles; la frente espaciosa; la nariz recta y bien hecha; el

color blanco y algo encarnado, en señal de salud; y usaba un espeso bigote retorcido, que sentaba divinamente á su fisonomía aristocrática.

Enseñaba dos honrosas cicatrices: una en el cuello hacia el lado derecho, que, como se sabe, había recibido en el primer sitio de Zaragoza; y otra en la cabeza al mismo lado de la anterior, que le interesaba el cartílago superior de la oreja, la cual cubría con un rizo de sus cabellos.

Su porte era gallardo; su andar tranquilo y firme, y toda su persona revelaba algo de poderoso y de atlético.

Gozaba de modales en extremo cultos, y se pagaba mucho de la etiqueta, cuyas reglas observaba en todas sus relaciones y en todas circunstancias.

Vestía siempre con estudiado esmero; mas sólo usaba el traje militar de su grado, cuando hallándose al frente del enemigo iba á entrar en combate.

Hidalgo, sin pasar á ser quijotesco, se exhibía siempre generoso, noble, humanitario, pundonoroso, lleno de delicadeza y de buenos sentimientos, siendo, por consiguiente, incapaz de rencor.

Repudiaba absolutamente la adulación y la bajeza; apreciando más la dignidad, lo que no es común, que la autoridad.

No era propio para las aventuras políticas; "pues si estaba siempre pronto á arriesgar su vida, jamás lo estaba para sacrificar sus ideas ni su obra."

De firme carácter, cuando daba su palabra la

cumplía, sin que nada, ni nadie, pudiera hacerlo volver atrás en un compromiso adquirido.

Estaba dotado de la observación, "pero le faltaba la previsión de los grandes acontecimientos."

Hombre ilustrado, inteligente y pensador, tenía principios; una convicción moral y política, á la cual sujetaba, á no ser por un error de entendimiento, todos sus procedimientos; sabiendo cuantos le trataban y tenían que hacer con él á qué atenerse respecto de su conducta y determinaciones.

Era enemigo del cadalso y de todas las penas que tienen por objeto amenguar la dignidad del hombre.

Aborrecía la rapiña; no alternaba nunca con los rateros, ni contemporizaba jamás con el crimen, cosa que lo impacientaba y ponía colérico.

Tenía desarrollado el sentimiento del derecho, y era, en consecuencia, fiel al deber.

Su alma de poeta y de filósofo sentía profundos enternecimientos en presencia de la ajena desgracia.

El distintivo especial de su carácter era la suprema benevolencia; hallándose siempre dispuesto á hacer el bien y á repeler cuanto pudiera perjudicar á los demás.

Tranquilo y fuerte y de elocuente y seductora palabra, se hacía tributar admiración y respeto.

A pesar de su nacimiento, de su posición, de su talento y de su riqueza, no estaban en su espíritu

esas enfermedades propias de la nobleza, llamadas orgullo, altanería, vanidad, &c., mostrándose siempre humilde, y especialmente para con sus inferiores.

Amante del progreso, se mostraba partidario del acrecentamiento de luz; y hubiera querido hacer en América lo que Colón con la brújula, en vez de lo que Morillo ejecutó con la espada.

Como militar, á pesar de no haber tenido otra escuela que la de la experiencia en los campamentos, era correcto, minucioso, vigilante, sagaz é infatigable; "reuniendo en sí todas las formas de la intrepidez personal."

Sereno y entendido, no precipitaba jamás sus operaciones, y observaba fielmente las ordenanzas, pues creía, como lo dijo en una ocasión, "que la ley se hacía para ser obedecida en toda circunstancia, y que su violación, que era una gran falta, aparejaba tremendas responsabilidades."

Si á LATORRE como primer Jefe se le encarga la pacificación de las Colonias, dada la triste situación en que estaban los patriotas en el año de 15, desangrados, aterrados, míseros y proscritos, y encontrándose los pueblos en completa vacilación en cuanto á ideas políticas, por medio de la benignidad y de la clemencia, calma probablemente todas las iras, produce el sosiego practicando la justicia y hace de la revolución de la Independencia, otorgando su derecho á los americanos, una revuelta, por de pronto, sin resultado alguno para los fines que se

proponían sus principales hombres: el hacer de las Colonias naciones libres é independientes, sin sujeción alguna á la corona de España.

Tan eminente y bueno era aquel caudillo, y, debemos decirlo con franqueza, desempeñó su puesto en América con tanto honor y justicia, que no hay ningún historiador americano que no le alabe y rinda su tributo de estimación: Restrepo, Baralt, Yanez, Austria, prontos están siempre á encomiarlo, declarando que no hay en su vida ningún escándalo que pueda hacer vacilar el buen concepto que se tiene de sus hechos y de su memoria.

Dadas en LATORRE las cualidades y condiciones que hemos anotado, se comprenderá la malquerencia que Morillo y Enrile habían de profesarle, y los esfuerzos de todo género que harían para perderlo; tanto más, cuanto que comprendían que atado indisolublemente á su deber, se mantendría siempre firme en sus convicciones.

VIII

Vino LATORRE á América, nombrado Auditor general de Guerra y Fiscal de Audiencias; con destino á ser Capitán General de Venezuela ó Virrey de Nueva Granada, según su voluntad.

Hasta tanto que la expedición llegó á la Costa firme, conservó con Morillo sinceras relaciones de mutuo aprecio, y éste, aspirando á tener en sus

manos el sumo poder militar y civil de las Colonias, se propuso inspirarle ciega confianza, hasta tanto que dando al Ejército pacificador una organización diferente á la que traía de España, lo ponía en la condición de una pasiva obediencia.

Sabía Morillo que al dar este golpe, LATORRE que venía á América á prestar un servicio y nó á hacer fortuna ni á buscar fama, pues que de ésta yá gozaba, y en cuanto á lo demás tenía capital suficiente para una vida regalada, se sentiría herido en su delicadeza y tomaría uno de dos partidos: ó volvería para la Península, y en este caso se quedaría sólo el *Pacificador* en posesión de la autoridad suprema, que era lo que deseaba, ó lo obligaría á aceptar un cargo militar subalterno, en el cual le sería útil, pudiendo gobernarlo en su calidad de Jefe de operaciones, como más le conviniera.

Para este efecto, durante el viaje de Cádiz á las costas de Cumaná, de 24 de Enero á 30 de Abril de 1815, Morillo hizo un estudio tan serio como le fué posible del que juzgaba su rival, y pudo comprender, sin duda, con el auxilio del astuto Enrile, sujeto siempre dispuesto á secundar todo lo malo, que LATORRE tenía como militar y como ciudadano, la virtud de ser sumiso á la autoridad superior, y que en sus aspiraciones estaba exento de toda ambición de mando.

“Apenas pisamos la Costa-firme, dice LATORRE en una carta al Conde Toreno, Morillo varió comple-

tamente de conducta para conmigo ; su trato de amable y atencioso que era, se tornó de repente en desdenoso y altivo. Evitaba de continuo el verme, á la vez que no se apartaba de don Pascual Enrile, á quien consideraba en mucho ; y en sus determinaciones, por rareza inquiría mi opinión. En el pueblo de Pampatar de la isla de Margarita tuvimos el primer serio desagrado, y hubimos ambos de echar mano de la espada, pero hubo quien nos pusiera en acuerdo y todo terminó.....”

LATORRE, después de Margarita, acompañó á Morillo á Cumaná, de Cumaná á Puerto-Cabello y de Puerto-Cabello á Caracas, en donde el *Pacificador*, bien convencido del buen éxito, pensaba dar á su adversario el golpe decisivo que con tanta maña había premeditado.

Poco se dejó esperar éste, y poco tardó Morillo, por consiguiente, en ver coronados los fines que se proponía. Desempeñaba don Juan Manuel Cajigal, según hemos dicho en otra parte, el empleo de Capitán general de Venezuela, cuando á los dos días de haber llegado el *Pacificador* á Caracas, sin por qué ni para qué, hubo de deponerlo de la Magistratura, asumiendo él la autoridad que por real decreto correspondía á Cajigal ó á LATORRE, si lo quería. Este protestó contra tal atentado, que sobre ser injusticia, causaba el desafecto en un buen servidor de la causa y en cuantos le fueran adeptos por la amistad, la gratitud y las afinidades políticas,

y á tal protesta contestó Morillo remontado en cólera, enseñando las *Instrucciones*, hasta entonces ignoradas, que tenía del Rey ; en las cuales se le facultaba ámpliamente para proceder en la sujeción de las Colonias insurreccionadas, como á bien lo tuviese, “ haciendo y deshaciendo sin otro consejero que su voluntad.”

En conocimiento LATORRE de tales *Instrucciones*, comprendió que había sido engañado por el Rey y la Corte ; que su venida á América, bajo tan tristes auspicios, había sido una debilidad de su parte ; y que en presencia de los poderes omnímodos de que había sido revestido Morillo, no le quedaban, como éste se lo había supuesto, más que dos determinaciones que tomar : obedecer ó regresar á España.

Si optaba por la primera, tenía que aceptar la responsabilidad que ante su propia delicada conciencia, ante el mundo y ante la historia, le aparejaran los actos y conducta de aquel hombre voluntarioso, que por lo visto no respetaría nada, ni su propia honra, ligándose, por otra parte, á un destino de oprobio y de vergüenza. Si por la segunda, se diría en su patria que su regreso no era otra cosa que un acto de despecho ; una muestra palpable de indolencia por los asuntos relativos al bien de la nación : cosas ambas que no hacían honra á la honorabilidad de un carácter.

En semejante alternativa resolvió quedarse y

guardar obediencia; reservándose sí el derecho de protestar contra todo aquello que de alguna manera deshonrara su nombre y su causa, y fuera contrario á sus ideas.

Así fué que LATORRE, fiel á sus propósitos, se opuso en Caracas á la fundación de los Consejos de Guerra, y especialmente al modo de enjuiciar; al establecimiento de la Junta de Secuestros; á la supresión de la Audiencia, que contaba en América más de tres siglos de vida y era el único Tribunal salvador de los derechos de los colonos; y á muchas otras providencias de Morillo, que tenían por objeto establecer el terror y fundar la más oprobiosa é injustificable tiranía.

Penetrado el *Pacificador* de la resolución de quedarse que había tomado LATORRE, reorganizó, como lo había pensado, en 15 de Junio del año á que nos estamos refiriendo, las tropas aliadas de España y Venezuela, é hizo á su rival Jefe de la primera división de las cinco en que dividió la fuerza, y, en atención al grado que tenía, Comandante general del real Ejército.

Arreglado, sobre nuevas bases, el Gobierno civil y militar de Venezuela, LATORRE siguió á Morillo en su invasión sobre las costas de la Nueva Granada, y cuando se trató de atacar á la heroica Cartagena, se opuso decididamente á esta medida que juzgaba á todas luces inconveniente: ya porque conocedor, por propia experiencia, de las dificultades

que presentaba la pretensión de tomar una plaza fuerte por el rigor de las armas, quería economizar el inútil derramamiento de sangre española y americana; ya porque juzgaba que á la vista de las tropas realistas, que podían encerrar la ciudad como en un círculo de hierro, con un poco de paciencia y usando de benignidad, los patriotas se sujetarían á una capitulación que daría término á la guerra en el Reino de Granada; y ya, en fin, porque creía que era por medio de la paz como se debía volver á los americanos al régimen de la obediencia.

No obstante estas convicciones, LATORRE que era sumiso, una vez resuelto el bloqueo de la ciudad, peleó por mar los ciento ocho días que duró el asedio, portándose como lo había hecho en Zaragoza y Gerona, con un heroísmo sin límites; dirigiendo sus fuerzas que eran cinco mil hombres, de los cuales perdió cerca de dos mil, con el acierto de un militar entendido é inteligente, y distinguiéndose sobre todos sus compañeros el 25 de Octubre en el bombardeo de la plaza; por cuya intrepidez mereció más tarde, del héroe inmortal del fuerte de la Popa, General Judas Tadeo Piñango, los más significativos encomios.

Ocupada Cartagena, á la que Morillo en su saña implacable pretendió reducir á cenizas en los primeros momentos de su febril exaltación, evitó que se cometieran este y otros crímenes horribles que el *Pacificador* tenía proyectados; dió lugar á que se

salvaran, por agua, muchos patriotas que estaban sentenciados á muerte; y prestó oportunos servicios á la población pacífica de la ciudad.

Cuando supo que el sanguinario Morales había deshonorado la victoria, degollando bárbaramente á orillas del mar á los paisanos de Bocachica, se dirigió á donde éste cruel aventurero, y á pesar de su clase y á costa de incomodarse sériamente con Morillo, pretendió fusilarlo, le dió de golpes con la espada, y pidió que se le separara del Ejército.

No gustando el *Pacificador* de la clemente conducta de LATORRE, lo envió á poco sobre Ocaña en dirección á Bogotá, en el propósito de quedarse sólo para poder obrar de acuerdo con los consejos que le inspiraba su odio á los americanos; á los cuales trataba bajo el influjo de Enrile, cual si los hubiera vencido en guerra larga y desastrada, en la que ganara la tierra palmo á palmo.

LATORRE, satisfecho de salir del lado de aquel inhumano caudillo, á quien por su crueldad profesaba una cierta reservada compasión y profundo desprecio, tomó el itinerario que se le había designado, dando garantías á los libres por donde quiera que pasaba; con lo cual se ganó las simpatías de los pueblos, y especialmente el cariño de los patriotas de Bogotá, á quienes ofreció seguridades y concedió amplio indulto al ocupar la ciudad, 6 de Agosto de 1816.

El *Pacificador*, enemigo de estas medidas, á las que llamaba "contemporizaciones indebidas, hijas de

la más refinada bobería," deseando á todo trance deshacerse de LATORRE, á fin de poner en juego, como siempre y con entera libertad, sus siniestras pasiones, á su llegada á la capital del Reino, 26 del mes anotado, habiendo improbadado el indulto á que se ha hecho referencia, hizo de las suyas, y envió inmediatamente á LATORRE sobre Casanare en persecución del General Serviez; quien huyendo de los realistas se había internado por aquellos lados con unos pocos ardientes y decididos republicanos, resuelto á continuar la campaña.

Sabidos son los actos de pillaje é inaudita crueldad cometidos por Morillo y sus Tenientes en los seis meses que duró su Gobierno en la Nueva Granada; hechos en los cuales no tuvo parte alguna LATORRE, y que le valieron al *Pacificador* y á Enrile, en vez de la improbación del Monarca español, los plácemes reales y una condecoración honorífica; sirviendo la crueldad de que hacían gala para dar un nuevo y fecundo impulso al entusiasmo patrio, por entonces casi extinguido, abriendo una nueva era revolucionaria en que la Providencia, que vela por la justicia y los fueros de la humanidad, señaló á los libres oprimidos el camino que los condujo á la victoria.

IX

La guerra en Venezuela, debido á las tropelías cometidas en aquel país por los realistas, se había

encendido nuevamente, presagiando funestas catástrofes.

Sabedor de esto Morillo, partió el 16 de Noviembre hacia aquellas desgraciadas tierras, en el convencimiento de que bastaba su presencia en cualquier parte del territorio de la Capitanía, para que los patriotas depusieran las armas y se sujetaran á su voluntad como humildes esclavos.

LATORRE, que presidía en su marcha al *Pacificador* y que había tomado la vía de Apure, en cuyas llanuras se encontraba Páez, se unió á Calzada en Guasualito á principios de Enero de 1817. Cuatro mil soldados de todas armas pusieron estos dos Jefes, y el primero, sobrado pundonoroso y emprendedor, se dió en el intento de perseguir á Páez, quien se hallaba en el sitio denominado El Mantecal, con mil doscientos lanceros, sufridos y hábiles como su Jefe para la guerra de partidas.

El 28 se avistaron patriotas y realistas en las llanuras de Mucuritas y tuvieron un choque terrible, tan desventajoso para LATORRE como honorífico para Páez; pues que éste, mediante ciertas maniobras hábilmente practicadas, no pudiendo hacer frente á los veteranos infantes enemigos, logró separar la caballería realista, constante de mil setecientos jinetes, y cuando estuvo á larga distancia de la infantería, la cargó y destruyó en menos de tres horas, salvándose apenas unos pocos húsares europeos.

En seguida volvió el Jefe republicano sobre la tropa de á pie, y á fuerza de estrategia, logró llevarla al centro de unos pajonales que quedaban en un extremo de la llanura, á los cuales hizo poner fuego, pereciendo quemados más de doscientos hombres y salvándose el resto por haber llegado en columna cerrada, resistiendo las intrépidas cargas de los lanceros patriotas, hasta meterse en un pantano en donde se detuvo el incendio.

LATORRE, sorprendido de semejante hazaña de sus contrarios, llegada la noche emprendió una honrosa retirada, perseguido siempre por el enemigo que continuó dándole cargas violentas; adquiriendo el convencimiento de que con tales hombres, que peleaban casi desnudos y hacían rápidos y ágiles movimientos sobre sus briosos y ligeros caballos, no se podía entrar en combate sin grandes ventajas.

Al día siguiente, Morillo se incorporó á LATORRE en el punto denominado Paso del Frío, y continuaron ambos su marcha hacia San Fernando, atormentados de continuo por los jinetes de Páez.

De San Fernando mandó el *Pacificador* á LATORRE, bajando el Apure y el caudaloso Orinoco, en dirección á Guayana. Tenía por fin este movimiento el perseguir á Piar, caudillo tan audaz como temido y valeroso, que corriendo mil peligros, había logrado apoderarse de las Misiones de Caroní; abundantes en recursos de todo género, y almacén de provisiones de Angostura.

El 11 de Abril Piar, después de haber ejecutado ciertos importantes y atrevidos movimientos, esperó á los realistas á la falda de una pequeña altura, entre los pueblos de San Miguel y San Félix; cubriendo la izquierda de sus soldados con una barranca profunda é inaccesible, y la derecha con la elevada serranía que queda al Poniente del primero de aquellos poblados.

Eran los libres dos mil doscientos: quinientos armados de fusil, otros tantos de palos, ochocientos de lanza y cuatrocientos de caballería, que tenían por toda defensa agudas macanas. LATORRE llevaba mil novecientos infantes y doscientos jinetes, tropa toda escogida y experimentada.

Serían las dos de la tarde próximamente, cuando libres y realistas se pusieron á tiro de fusil común, y apenas se alineaban los segundos dando frente al enemigo, el Coronel José María Landaeta, por orden de Piar, dió á los republicanos la voz de *Fuego, y carguen á la bayoneta y á garrote!* El choque fué violento; las fuerzas de una y otra parte, á poco de una viva carga de fusilería, encontrándose de cuerpo á cuerpo, se asesinaban bárbaramente!

Piar en los momentos supremos de la lucha, cayó sobre el enemigo con sus jinetes, "y en breve, dice Baralt, no había combate, sino horroroso degüello de realistas y en seguida una lúgubre calma!"

LATORRE, que tenía por costumbre retirarse el último del campo de batalla, pudo salvarse á eso de

las nueve de la noche con unos diez y siete compañeros de su Estado Mayor, con los cuales se dirigió hacia el puerto de las Tablas en donde recibió á poco nuevos auxilios de tropas y elementos de guerra.

Tan sorprendido quedó el Jefe español de esta acción, como de la de Mucuritas. "No son hombres, dice á Morillo, aquellos enemigos. Su valor es excepcional. A nuestras balas contestaban dándonos de palos, y como fieras mataban á nuestros soldados, sin que su denuedo y pericia pudieran evitar este horrendo sacrificio."

Del puerto de las Tablas regresó LATORRE á Angostura resuelto á apoderarse de las Guayanas; lo que no pudo llevar á cabo á pesar de las brillantes y audaces operaciones que practicó para ello, por razón á ser hostilizado de continuo por fuerzas mucho mayores en número.

Desesperanzado al fin por no recibir nuevos auxilios ni socorros de ninguna especie, se vió obligado á evacuar á Angostura; siempre y por largo tiempo perseguido, y siempre experto y atento á todo para no caer en poder de los libres, quienes hicieron enormes esfuerzos por vencerlo.

Esta campaña de LATORRE sobre Guayana, de alta importancia militar en la historia de las guerras de Venezuela, á pesar de no haber tenido lugar ninguna gran batalla sino encuentros parciales que poco ó nada contribuyeron al resultado general de la revolución de la Independencia, es la página

más brillante de la historia guerrera de aquel célebre paladín, tan caballeroso como simpático. Durante seis meses ejecutó movimientos de estrategia y de táctica, unas veces fuera de la vista del enemigo y otras á su vista, tan dignos de la ciencia de un gran General, que, en pequeño, se cree ver en él á Aníbal en su campaña sobre Cartago ó á Napoleón en la suya sobre el Austria.

Qué de marchas forzadas y de ligeras contramarchas! Qué de repliegues hábilmente sostenidos, á pesar del empuje vigoroso de sus adversarios! Qué de movimientos preparatorios para un gran combate que no se había de dar! Qué de pequeños encuentros tan bien dirigidos! Todo en esta faena de ciento ochenta días, es admirable en aquel lidiador espléndido, que si bien no pudo conseguir su objeto, es porque el hombre, cualquiera que sea la faz de su actividad, y menos en la guerra, que como decía Francisco I "es un juego de azar," alcanza raras veces lo que con más anhelo persigue.

En el mes de Noviembre se unió LATORRE á Morillo en Calabozo; punto en donde el *Pacificador* tenía varias operaciones de primera importancia que practicar, y entre ellas, la de combatir á Páez en el Apure, y la de atacar al denodado General Pedro Zaraza que mandaba la vanguardia de las fuerzas de Guayana, compuesta de mil cien jinetes y mil soldados de infantería, que intrépidamente había avanzado hasta las llanuras de Caracas.

Para este último efecto mandó á LATORRE sobre Zaraza con mil doscientos veteranos de lo más selecto del Ejército expedicionario; encontrándose estos dos temibles guerreros el 1.º de Diciembre á las ocho de la mañana en el sitio de Hogaza.

A las nueve, después de haberse alineado convenientemente los contendores, el General español dió principio á la batalla, en la que patriotas y realistas se disputaron con recomendable decisión y energía el triunfo; obteniendo los segundos la victoria después de quedar en el campo cerca de mil seiscientos muertos.

LATORRE recibió en esta jornada una pequeña herida de lanza en un brazo, y otra de bala hacia el lado izquierdo del estómago que le causó, aunque sin inutilizarlo para la campaña, grandes sufrimientos; mereciendo de Zaraza que lo llamara en el parte que sobre tal desgraciado suceso dió al Libertador "el valiente entre los valientes y el magnánimo entre los magnánimos," pues así como de sereno é intrépido, estuvo de generoso para con los prisioneros, á quienes de Sargento para abajo puso en libertad inmediatamente.

En Marzo de 1818, LATORRE, que por resultas de la herida que recibiera Morillo en la batalla de la Quebrada de Semen, había subrogado á éste en el mando del Ejército, se movió de Caracas, en donde se encontraba, con mil quinientos infantes y unos pocos jinetes, en dirección á la plaza de Calabozo,

que había sido ocupada por Bolívar. El Libertador, que tenía dos mil lanceros al mando de Páez y ochocientos soldados de infantería, en vez de aguardar un ataque en poblado abandonó la ciudad y se dió á esperar al enemigo en las llanuras. Empero, comprendiendo el Jefe español la superioridad de su adversario si se prestaba á una batalla formal en campo plano y abierto, en donde los jinetes de Páez podían, como de costumbre, maniobrar con habilidad ventajosa y sorprendente, emprendió á su vista una retirada gloriosa, militarmente dirigida, hasta el sitio del Rastro, en el cual tuvo lugar un combate indeciso de cinco horas, continuando LATORRE su repliegue hacia la villa de Cura y Valencia, á donde los republicanos no juzgaron prudente seguirlo.

Separados luégo al punto el Libertador y Páez, LATORRE salió de Valencia sobre este último, que había ocupado á San Carlos con mil hombres de caballería y cuatrocientos de infantería, con los cuales iba á habérselas con el Jefe español que lo buscaba con doscientos jinetes y mil ochocientos infantes.

Páez, astuto en grado superlativo, abandonó á San Carlos á fin de que pudieran obrar convenientemente sus lanceros; teniendo lugar el 2 de Mayo una acción en extremo reñida, en la que ambos partidos se atribuyeron el triunfo, el cual fué, por sus resultados, más favorable á los realistas que á los

republicanos, pues que si los últimos alancearon horrorosa y completamente la caballería y parte de la infantería de los primeros, éstos á su vez, con el grueso de sus desmontados soldados, formados en muros impenetrables, destruyeron, sin dejar uno sólo, los infantes patriotas.

Para 1819 volvió Morillo á tomar el mando en Jefe del Ejército realista y se unió á LATORRE, quien en el mes de Enero, en la tentación de vencer á Páez que era el más peligroso de los lidiadores libres, se había dirigido sobre San Fernando en donde se hallaba el glorioso caudillo de Apure. Era el plan de LATORRE atacar primero á este héroe singular é invencible, y en seguida volver con un grueso Ejército sobre Bolívar que venía hacia San Fernando; pero el *Pacificador*, en exceso testarudo y amigo de hacer su voluntad, se opuso á esta bien pensada operación, dando lugar á que se unieran las magníficas fuerzas que venían de Angostura con las que comandaba Páez.

En San Fernando, habiendo evacuado los libres la plaza, Morillo y LATORRE la ocuparon, y pasando revista al Ejército real que estaba á sus inmediatas órdenes, hallaron que éste se componía de seis mil quinientos hombres de excelentes condiciones, con los cuales se movieron en los primeros días de Febrero sobre los patriotas que se habían retirado, como queda dicho en otra parte, al otro lado del Arauca á dilatadas llanuras.

LATORRE, que desde la acción de Mucuritas conocía de cuánto era capaz el formidable Páez, y la superioridad de sus jinetes cuando peleaban en sus guaridas en campo abierto, y sabedor además de lo deletéreo y malo del clima de las tierras sobre que se iba á militar, se opuso á esta desgraciada campaña; pero como Morillo se creía el primero en la guerra, así como se juzgaba el único en la paz, persistió en sus miras, perdiendo, como ya se sabe, cerca de mes y medio en marchas y contramarchas estériles para su causa y sacrificando su gente en pequeños combates y al rigor del clima, hasta tanto que la necesidad lo obligó á regresar á Achaguas y más luégo á Calabozo, en donde se dió á pensar, colocado ya en una difícil y peligrosa situación y rodeado de enemigos, el partido que debiera tomar en semejante trabajosa extremidad.

Fué durante este tiempo cuando el Libertador hizo su marcha hacia la Nueva Granada en busca de la libertad de este país; enviando el *Pacificador*, apenas supo que el Ejército patriota remontaba la cordillera andina, al benemérito LATORRE en dirección á los valles de Cúcuta; siendo derrotado por el General Carlos Soublette, el 27 de Septiembre, en el Alto de las Cruces.

A consecuencia de esta derrota, LATORRE se vió obligado á retirarse á la Grita con unos pocos soldados extenuados por la fatiga y el cansancio, y en seguida á Mérida, en donde permaneció haciendo

gran presencia de ánimo hasta principios de 1820, sin recibir auxilio alguno de Morillo, quien, inmóvil en Tocuyo, no podía hacer otra cosa que estar en expectativa de Páez y de otros afortunados caudillos que no le permitían un sólo día de tranquilidad.

Para el mes de Mayo del año anotado, habiéndose propuesto el *Pacificador* hacer el Tratado de armisticio que se firmó en Trujillo, ordenó á LATORRE que se moviera sobre Calobozo, interesándolo en tal arreglo, en el cual observó este Jefe una conducta recta, digna y en extremo diplomática, que agradó mucho al Libertador, como hubo de manifestárselo personal y cordialmente en la entrevista del pueblo de Santana.

Concluída la negociación de armisticio, la cual, lo repetimos una vez más, facilitó á Morillo un medio honroso de abandonar la tierra que había empobrecido y en la que había hecho derramar tanta y tan preciosa sangre, se dirigió con LATORRE á Caracas, y en 14 de Diciembre le entregó el mando supremo de que estaba revestido, alejándose para siempre de América.

En el Convenio á que aludimos, se estipularon, como era lo natural, las posiciones que debían ocupar las tropas componentes de uno y otro Ejército, mientras se hacía el Tratado que asegurara definitivamente la paz. Y como LATORRE había opinado desde su llegada á la Costa-firme "que la guerra debía hacerse más con política que con armas,

y que lo que había faltado al *Pacificador* era, precisamente, la política," empezó á obrar con la mayor cordura posible, poniendo en libertad á muchos prisioneros libres que aun estaban retenidos en las cárceles, y ordenando á sus tropas, concentradas en Calabozo, Barquisimeto, Tocuyo, San Carlos y Caracas, y en los puertos de Cumaná, Maracaibo, Puerto-Cabello y la Guaira, un comportamiento decente y respetuoso al derecho de los patriotas.

Mas, á pesar de lo pactado en Trujillo, y de la conducta moderada y á todas luces honrosa de LATORRE, el 28 de Enero de 1821 se pronunció la ciudad de Maracaibo en favor de la Independencia, apoyada por las tropas que comandaba el General Rafael Urdaneta, con violación flagrante del armisticio, que tenía por base la suspensión de las hostilidades por seis meses.

El Jefe español, deseando se cumpliera el Tratado que él había observado con religiosa exactitud, se dirigió cortesmente á Urdaneta reclamándole el cumplimiento de un deber, y exigiéndole permitiera que la fuerza realista que estaba de guarnición en la citada plaza y que se había retirado de ella al acercarse las tropas republicanas, volviera á ocupar su puesto, "atajando, por otra parte, la insurrección de Maracaibo, cuyo ejemplo podía ser funesto en todo el país."

Urdaneta nada contestó á esta exigencia, y "el Libertador, sin darse por entendido de ella, escribió

al General español en 19 de Febrero, declarando que después del movimiento espontáneo del pueblo de Maracaibo, no devolvería la paz;" por razones que él ámpliamente expuso y que, á la verdad, no justifican el hecho de violar un compromiso faltando al respeto que se merece la fe prometida; á no ser que se tenga en cuenta la impaciencia que los patriotas tenían por acelerar el advenimiento de la libertad, por la cual habían hecho tantos y tan largos sacrificios y derramado mares de sangre.

LATORRE contestó al Libertador con la energía y respeto del caso, "pidiéndole respuesta de su oficio dirigido á Urdaneta; pero cuando menos lo pensaba, recibió de Bolívar una intimación para renovar las hostilidades en el término de cuarenta días." Convencido entonces el Jefe español, de que el plan de los libres era el buscar su independencia á todo trance, aprovechando para ello toda coyuntura y cuanto les fuera propicio, no creyó decoroso para su dignidad insistir en mantener una tregua equívoca, más fatal para él que la misma guerra, y aceptó el reto que se le hacía señalando el 28 de Abril para la apertura de la campaña.

La situación de los realistas era, sin duda, tan conflictiva, como ventajosa la de los independientes. LATORRE, hombre de juicio recto y tranquilo, comprendió el peligro en que estaba su causa, la cual no contaba yá con el apoyo de los pueblos, ni siquiera con el entusiasmo de los Jefes y Oficiales europeos,

quienes lamentaban el no haber abandonado el país con Morillo; pero para él la continuación de la lucha era, á pesar de todo, una cuestión de honor: la salvación de su reputación y de la justa gloria militar de que gozaba, y antes de entregarse haciendo caer sobre su nombre la ignominia consiguiente á semejante debilidad, juzgó lógico hacer un último extraordinario esfuerzo y perecer como leal.

Las nuevas hostilidades le iban á ser desesperadas, así por la brillante situación de sus enemigos, como porque varios de los Jefes del Ejército real, y entre ellos el vizcaino Morales, lo más perverso é intrigante entre los nacidos, deseando vengarse de LATORRE por el justo castigo que le hiciera en Bochica en 1815, "y furioso de que hubiese sido preferido por la Corte para ocupar un puesto á que aspiraba su ambición," no perdonaba intrigas ni malas artes para perderlo en la opinión de los pueblos y de las tropas. No obstante todo esto, sin contar para ello con la fortuna, pues que tenía bastante inteligencia para verse abandonado de la suerte, abrió operaciones con los once mil hombres que estaban á sus órdenes; proclamando antes á sus soldados, para que "en virtud de lo pactado sobre regularización de la guerra, y en honra á su causa y á los principios humanitarios, fueran respetuosos de la ajena propiedad, benévolos para con el enemigo y clementes para con todos."

Desencadenada de nuevo la tempestad, se hicie-

ron por una y otra parte increíbles y heroicos esfuerzos en busca de la victoria, obteniendo los patriotas favorables resultados en varios atrevidos encuentros. LATORRE, que veía perder sus fuerzas en combates parciales, resolvió al fin traer á su lado el mayor número de tropas, y ocupando á principios de Junio las llanuras de Carabobo, le pareció que debía jugar en este campo, en una sola jornada, la suerte de su causa.

Así fué que, tomando magníficas posiciones, colocó su Ejército constante de cinco mil quinientos hombres en puntos militarmente estudiados, y esperó á Bolívar y á Páez que, con seis mil guerreros de lo más notable de América, iban en su busca.

El 24 del mes indicado, á eso de la una del día, se dió principio á la batalla, peleando realistas y patriotas con un arrojo que no parecía de criaturas racionales, y especialmente parte del antiguo batallón Valencey y los jinetes de Páez. Mas, sucedió que en el momento preciso en que la victoria fluctuaba, cuando la caballería realista debía cargar á los lanceros de Apure, que apoyados por la división Tiradores de Bolívar, hacían estragos en la bizarra infantería española, Morales, que era quien mandaba dicha caballería y que preparaba con la caída de LATORRE su propia elevación y poderío, consumando una vergonzosa traición, huyó del campo arrastrando en su huida batallones ente-

ros, que cayeron en breve en poder de sus contrarios.

El Jefe español, que se había portado con la intrepidez y sangre fría de siempre, poniéndose en semejante peligroso trance á la cabeza de una parte del Valencey, que había quedado de reserva, se retiró del campo por la vía que de Carabobo conduce á San Carlos y Valencia, rechazando con admirable intrepidez y mediante maestras evoluciones militares, las terribles cargas de los jinetes republicanos, conducidos por sus mejores Jefes.

A las diez de la noche llegó al pie de la cordillera de Puerto-Cabello, é hizo allí frente, esperando los dispersos del famoso Ejército expedicionario, reducido á su más mínima expresión.

Retirado en seguida á Puerto-Cabello y bloqueado en aquel punto, esperó, como hombre generoso é hidalgo, el resultado de la campaña en que aun estaban comprometidos algunos de sus copartidarios, á varios de los cuales envió, á pesar de su desesperada situación, auxilios de hombres y de pertrechos. Al fin, el 12 de Diciembre, abandonó la plaza con mil doscientos hombres que había logrado reunir, y desembarcando en los Teques se unió al realista Carrera, venciendo á los libres en dos reñidos encuentros cuyos resultados le proporcionaron la ocupación de Coro, en donde dejó á aquel Jefe algunos batallones, ya que se obstinaba en continuar una guerra desesperada que él creía definitivamente concluída.

A principios de Marzo de 1822 volvió á Puerto Cabello, en donde permaneció hasta el 4 de Agosto, día en que entregó el mando á Morales, nombrado por el Gobierno español Capitán general de Venezuela: empleo por que intrigaba de mucho tiempo atrás aquel mal hombre, y que le fué concedido en recompensa de su conducta atrabiliaria, cruel y últimamente traidora.

X

Tal fué la campaña de LATORRE en América, desgraciada por cierto, pero hábilmente dirigida; pura de toda mancha y digna de su carácter y de la elevación de sus ideas. Bolívar y muchos de sus compañeros de armas, enemigos políticos de aquel guerrero eminente, le reconocieron su acrisolada probidad, su talento militar y otras dotes personales que lo distinguían y que lo hicieron profundamente simpático á los libres.

No hay que acusarlo, ni por qué recriminar su memoria, por el sólo hecho de haberse prestado, lo que personalmente no le convenía, á venir á la guerra de América. Procedió él en esto en virtud de una convicción sincera, tanto más respetable cuanto honrada.

No se ha visto que ninguna nación se desprenda de los beneficios que le reportan sus Colonias, á las

que considera como parte integrante de su propio territorio, bien las maneje por medio de los principios que aconsejan la justicia y el respeto que se merecen los hombres, cualesquiera que sean su estado moral, su cultura intelectual y su físico desarrollo, bien trate á los pueblos como esclavos, sujetos á un poder tan ignominioso cuanto despótico.

La España, al conquistar y colonizar la América, consumió no poca parte de su población y de su riqueza. La conquista, que empieza con el descubrimiento en 1492, y acaba en 1549 con la fundación de la Audiencia, que fué el primer paso dado por la madre Patria para el establecimiento del Gobierno civil en sus posesiones ultramarinas, le costó grandes esfuerzos, ingentes recursos pecuniarios y muchas vidas.

En la colonización, que se extiende propiamente desde la Audiencia hasta 1781, en que tuvo lugar la insurrección de los comuneros del Nuevo Reino de Granada, no dejó tampoco de hacer grandes trabajos, en el sentido de dar á los americanos, á quienes había sujetado por el fuego y el hierro, leyes y costumbres que cambiaran su condición salvaje.

Verdad es que hubo dureza y barbarie en la conquista, así como en la colonización una pésima organización administrativa, crueldad refinada para con los criollos, y mucha avaricia de dinero por parte de los gobernantes. Pero, qué otra cosa

han hecho siempre las naciones con sus Colonias, sino manejarlas por el rigor y sujetarlas á su insaciable codicia? En los tiempos actuales en que el filantrópico criterio de la caridad domina, podemos decirlo, todas las conciencias del orbe civilizado, no es ésta la conducta que observa la Inglaterra, uno de los pueblos más serios del mundo, en sus posesiones de la India?

Lógico y justo era que cuando las Colonias por su civilización, por sus recursos propios, por poder vivir con vida independiente, hubieron llegado á su madurez, la Metrópoli hubiera abierto la mano y trocado el imperio por el protectorado, la sujeción legal por la influencia moral, los deberes de los hijos menores por la respetuosa deferencia de los mayores emancipados, pero esto no aconteció, como tampoco que los Códigos de Indias, que son una legislación inteligente y benéfica, monumento levantado en honor de los Reyes que la formaron, llegara á tener debido cumplimiento en América: no sucediéndose estas cosas, lo repetimos, porque jamás el vencedor se extiende en su generosidad para con el vencido á límites tan amplios que perjudiquen sus propios intereses.

Las naciones, como entidades políticas, juzgan que Dios y la sociedad otorgan el derecho á aquellos á quienes dan la fuerza; y en este concepto la España, feudal desde su primitiva organización, si no daba amplitud en la libertad á sus propios hi-

jos, menos podía permitir que fueran libres aquellos á quienes había conquistado. Más poderosa que todas sus Colonias, opinaba sinceramente que tenía derecho á ellas; un derecho completo y perfecto, y en esta virtud los Reyes de la Península, desde el tiempo de Fernando el Católico hasta Fernando VII, tuvieron siempre la creencia de que para ser rectos en el conjunto de sus empresas, en cuanto ellas se referían al Gobierno de sus dominios de allende los mares, les era permitido faltar á la justicia en los detalles.

Teniendo, por otra parte, todo el que gobierna, la convicción de que la utilidad lo legitima todo, los Monarcas españoles iban derecho á sus fines, esto es, á sacar de sus Colonias el mayor provecho posible en beneficio de la Metrópoli; y para obtener este resultado no se paraban en medios, empleando las medidas más violentas y depresivas al carácter de los americanos.

La América española, como su propio nombre lo indica, era, pues, de España. Tal idea tenían desde el primero hasta el último de los peninsulares, y de aquí la razón por la cual no hay por qué censurar á los que vinieron á sucumbir la rebelión de las Colonias, por este sólo hecho, y mucho menos á aquellos que, como LATORRE, procedieron en su cometido dentro de la clemencia que demandan los fueros de la humanidad.

Que Morillo merezca las recriminaciones de la

justicia y de la historia, esto no puede revocarse á duda, no por haber aceptado la misión que se le confió de sucumbir con la insurrección de que nos ocupamos, sino porque desde el momento en que llegó á América, irrespetó la propiedad, vejó la dignidad de todos cuantos creía enemigos de la causa que defendía, llenó las cárceles de víctimas é hizo del cadalso y del destierro sus principales agentes de mando.

Durante su dominación en Venezuela y Nueva Granada, hombres puros, ciudadanos íntegros, patriotas irreprochables, que habían servido á la libertad, fueron perseguidos, al mismo tiempo que otros calumniados de criminales, confundiendo así la venganza y la iniquidad sus golpes.

“No contento con atacar las cosas y los hechos, llegó una época en la que, dando mayor impulso á su fanatismo político, se puso á hacer la guerra á las palabras, afanoso por destruir, no sólo todo lo que era la revolución, sino cuanto podía servir para recordarla.

“En su criminal delirio, si por casualidad un ciudadano, después de haber sido acusado sin motivo, era puesto en libertad, se remontaba en ira y ponía el grito de su indignación en el cielo. Contra el peligro de acabar con el terror, se armaba del crimen, suscitando recuerdos y depurando cuanta hiel podían contener estos recuerdos, á fin de servirse de los muertos para matar á los vivos.

“El *Pacificador* era impaciente, como dice el poeta :

“ De lavar en sangre sus manos ensangrentadas.”

Los horribles atentados de Mario, de Sila y de Tiberio, fueron igualados por las proscipciones y asesinatos de aquel héroe, que hizo por su conducta que la venganza divina se mostrara frente á frente, como una terrible acusación, contra el despotismo militar y político y los odios que engendran las preocupaciones.

Digno de estigma es, pues, Morillo, por su infame proceder, pero á LATORRE que era su antípoda y que no aceptó jamás esos hechos horribles que hacen estremecer á las almas honradas y piadosas, la historia imparcial debe sus homenajes, y los hombres de recto criterio sus simpatías.

XI

LATORRE al dejar la Costa-firme iba nombrado por la Corte de Madrid Capitán general de la isla de Puerto Rico. Este nombramiento, á lo que parece, había sido una intriga de Morillo, nó porque semejante hombre deseara favorecer el nombrado sacándolo de la peligrosa situación en que maliciosamente lo había puesto, toda vez que le profesaba sincera enemistad, sino por mantenerlo fuera de la

Península, á fin de no tener en la Corte, de que era por entonces valido, un testigo ocular, digno de entero crédito, de sus hechos en Nueva Granada y Venezuela.

Además, Morales á quien Morillo profesaba vivo cariño, como Boves lo había tenido á Zuazola, por su crueldad, su genio atrabiliario é irritable y su perverso carácter, deseaba la elevación de aquel inclemente caudillo á la primera Magistratura civil y militar de la Capitanía venezolana, y hubo de satisfacer esta aspiración, que acabó de consumir la Independencia de aquella tierra heroica y desangrada.

LATORRE, nó por súplica del Rey, sino por orden del Rey, iba á desempeñar un Gobierno pacífico, apartándose de la escena de la guerra de Colombia. La isla de Puerto Rico estaba regida á la sazón por la misma Constituctón de la Península y era mandada por un alto funcionario, llamado Gobernador superior civil, que presidía los Tribunales superiores de justicia.

La organización militar tenía por Jefe á un Capitán general, que era el mismo Gobernador de la isla, quien tenía á sus órdenes Comandantes residentes en la capital de cada Departamento en que estaba dividida la Colonia. Entraba, pues, LATORRE en Puerto Rico, en el ejercicio de un poder omnímodo, casi absoluto, el cual desempeñó científica y hábilmente, á contentamiento de todo el país, durante dos años : haciendo menos triste la condición de los

esclavos, á quienes, contra el querer de sus señores, otorgó ciertos derechos que hacían menos pesada su condición, asemejándolos á los hombres libres; organizando la hacienda pública de manera que los impuestos fiscales produjeran más rendimientos al Gobierno interior y á la Corona, con menos vejámenes para los ciudadanos y para la industria; y sobre todo, acabando con el despotismo militar, que había hecho de la administración oficial de la isla su patrimonio, en perjuicio de los intereses comunes.

“El mando del Mariscal don MIGUEL DE LATORRE en Puerto Rico, dice el escritor habanero José Neira de Soto, fué de gran juicio y seso; muy propio para la isla y de mucho progreso, tino y clemencia.”

XII

A fines de 1824 volvió LATORRE á España, resuelto á abandonar la carrera pública y la azarosa vida de los campamentos, para entregarse á los estudios como en su juventud, disfrutando con tranquilidad de la fortuna que aun le quedaba, pues que había perdido gran parte de su haber á consecuencia de las continuas guerras porque había pasado la nación y el abandono que había hecho de sus intereses. De América nada llevaba, fuera de la excelente reputación que le habían conquistado su he-

roísmo, sus benévolos procederes y la cultura, siempre firme, de sus modales.

Parece que al llegar á Madrid no fué bien recibido en la Corte. Morillo, que pesó eternamente sobre aquel ciudadano como una maldición de Dios, y que se gozaba en odiarlo, porque siempre la perversión y la envidia han de andar en rencores con el mérito modesto y la virtud, lo había puesto mal en España y en especial en la opinión del Gobierno; haciendo creer que habiéndolo dejado triunfante en Venezuela, había perdido esta Colonia por su conducta poco activa, contemporizadora y torpe; contribuyendo asimismo á quitar á la Metrópoli sus dominios de Nueva Granada, por falta de habilidad y pericia, cuando á fines de 1819, enviado á cortar el paso al Libertador en su viaje hacia este país, fué derrotado en las Cruces por el General Soublette, dando lugar á Bolívar á llevar á buen término su expedición.

Estas miserables acusaciones y calumnias que al cabo llegaron á tomar serias proporciones con la instrucción de un proceso contra LATORRE, á quien se llegó hasta acusar de traidor, mortificando así desapiadadamente su orgullo y delicadeza, llevaron la indignación á su corazón, nó contra sus detractores, porque dotado de nobles y generosos sentimientos, era incapaz de aborrecer á nadie, sino contra la ingratitude y la misma injusticia, que se gozan de continuo en destruir reputaciones dignamente ad-

quiridas por el trabajo asiduo é inteligente y las convicciones honradas.

Al principio cuando empezó á deprimírsele, viendo que la calumnia era el sólo premio de sus esfuerzos, sacrificios y peligros, y convencido de que el tiempo, juez incorruptible y severo, al fin le haría la debida justicia, miró con desprecio á sus detractores; pero tan luégo como vió que tenía que comparecer ante los Tribunales, no pudo ser indiferente á la trama que se le preparaba, sin desertar de un puesto de honor bien adquirido que hacía su gloria. Y á pesar de que no sabía adaptarse á las bajas maniobras y adulaciones de la Corte, quiso que nadie tomara su defensa y se presentó él mismo á sincerar su conducta con la serenidad de espíritu de quien nunca había faltado al cumplimiento de su deber.

Como á Colón á quien después de haber dado á la España un mundo, se le arruinó y encadenó haciéndolo morir de desesperación y de miseria, se pretendían con LATORRE idénticos resultados, en recompensa de los servicios que había hecho á su patria en las guerras de la Independencia, y en América en defensa de la causa española.

Era lo cierto que LATORRE no había querido proclamar ni jurar, en 1810, en las Cortes de León, por legítimo Rey de España á Fernando VII, Monarca que había puesto su corona á los pies de Napoleón, y que mientras los españoles derramaban su sangre para

conquistar el Trono que había miserablemente abandonado, “él se humillaba ante el poderoso conquistador, á quien llamaba su *augusto Soberano*, y le pedía yá un mando en sus ejércitos, yá una Princesa de su familia por esposa, yá el glorioso título de hijo suyo adoptivo y *Príncipe francés*;” y semejante acto de lealtad de aquel eminente ciudadano á sus convicciones y á la dignidad de la nación, era una ofensa que este Rey, tan ingrato cuanto vanidoso é inepto, no podía perdonar.

Al fin LATORRE que no había vendido jamás ni su espada, ni su conciencia, ni su inteligencia y que tenía una posición bien cimentada, fué absuelto; llevando, no obstante, en su alma, ese horrible desencanto que se apodera del hombre de bien, cuando se penetra de que á su paso por el mundo tiene que emplear toda su vida en combatir y salvarse de la injusticia, que siempre encuentra en la conducta de los hombres de mérito, expedientes para mortificarlos si nó para perderlos.

Libre de toda infamia y de toda ruindad, lo que más puede admirarse en aquel caudillo honorable, es esa piedad afectuosa que tuvo hacia sus semejantes, no entibiada nunca por ninguna circunstancia, ni siquiera por su posición de guerrero.

Los tiempos de perturbación social engendran ordinariamente las pasiones sombrías, las acciones bajas y violentas y las crueles venganzas, y no es el menor de los delitos de las guerras, el depravar los

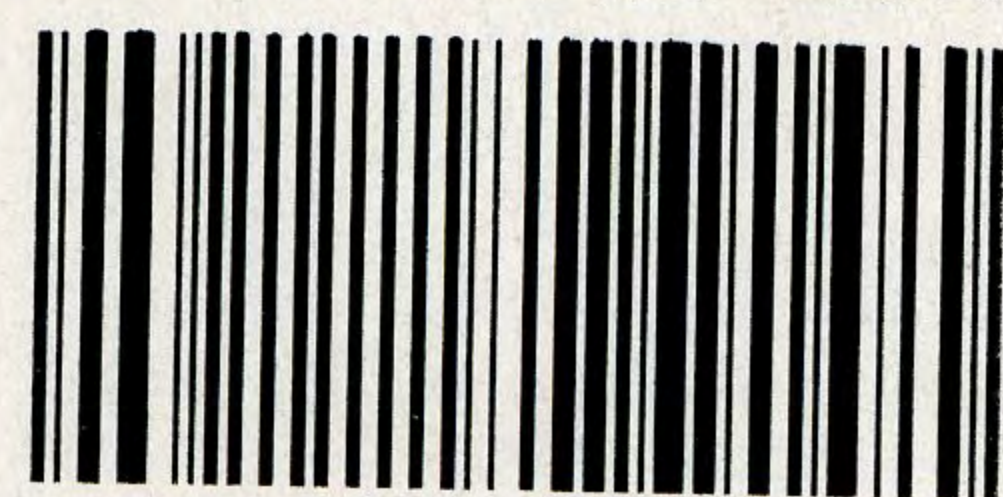
corazones con el odio y el desprecio de los hombres ; siendo privilegio de las almas grandes el conservar en medio del vértigo que causan las revoluciones, esa clemencia que sirve para ser honrado y para evitar el mal en los demás.

Habiendo agotado LATORRE su salud por las largas fatigas que había tenido durante diez y seis años, de 1808 á 1824, y habiéndose, además, apoderado de su espíritu la ansiedad y la desilusión, á fines de 1825 se retiró de Madrid á Teruel, y á pesar de que allí se propuso llevar una existencia tranquila, entregado á la meditación como lo había pensado, dejó de existir en Febrero de 1826, encontrando su tumba al lado de su cuna.

FIN DE LA ENTREGA PRIMERA.

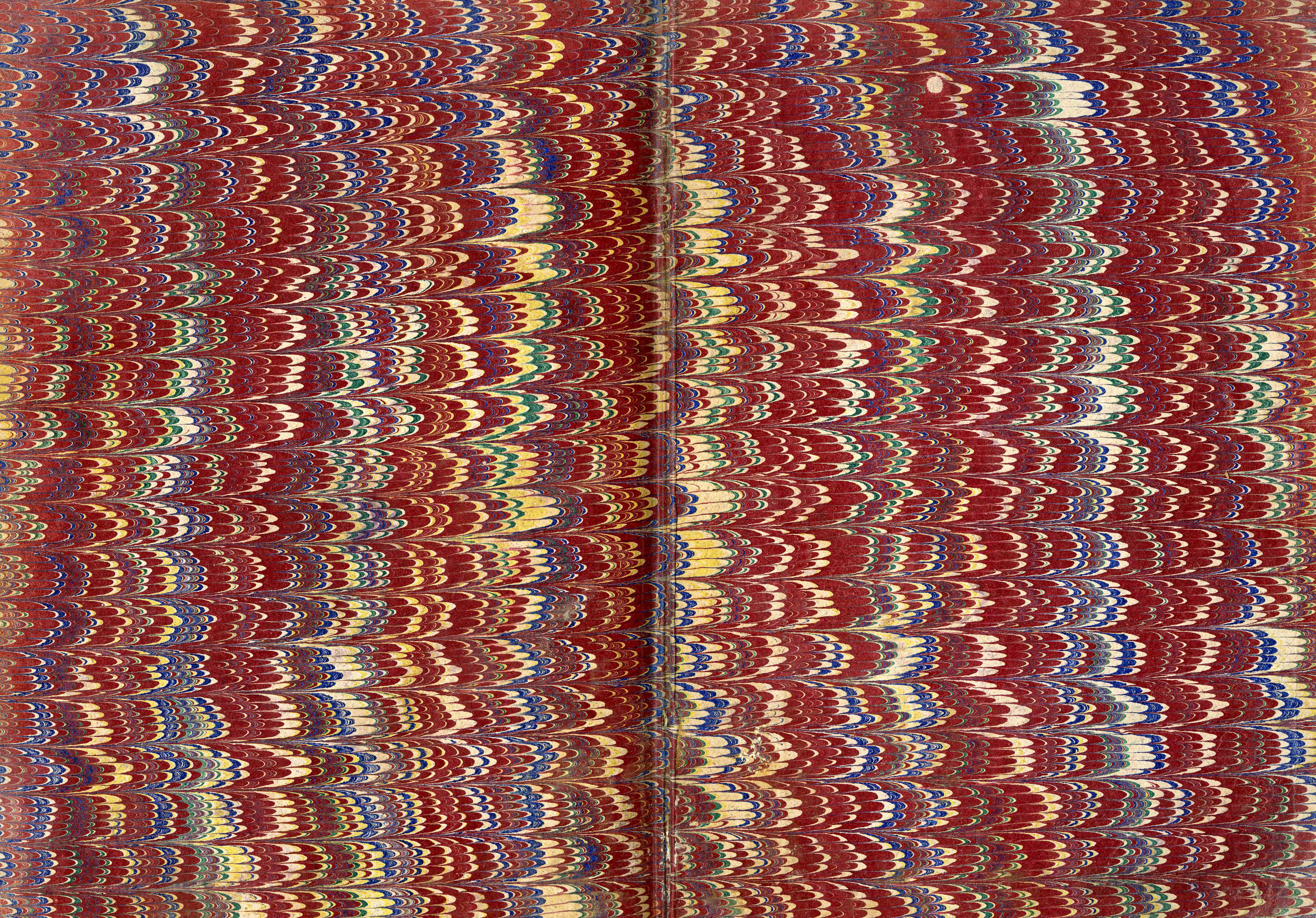
COLECCIÓN
PILAR MORENO

BIBLIOTECA
Universidad Eafit



6200000204481





Danie Aldana.